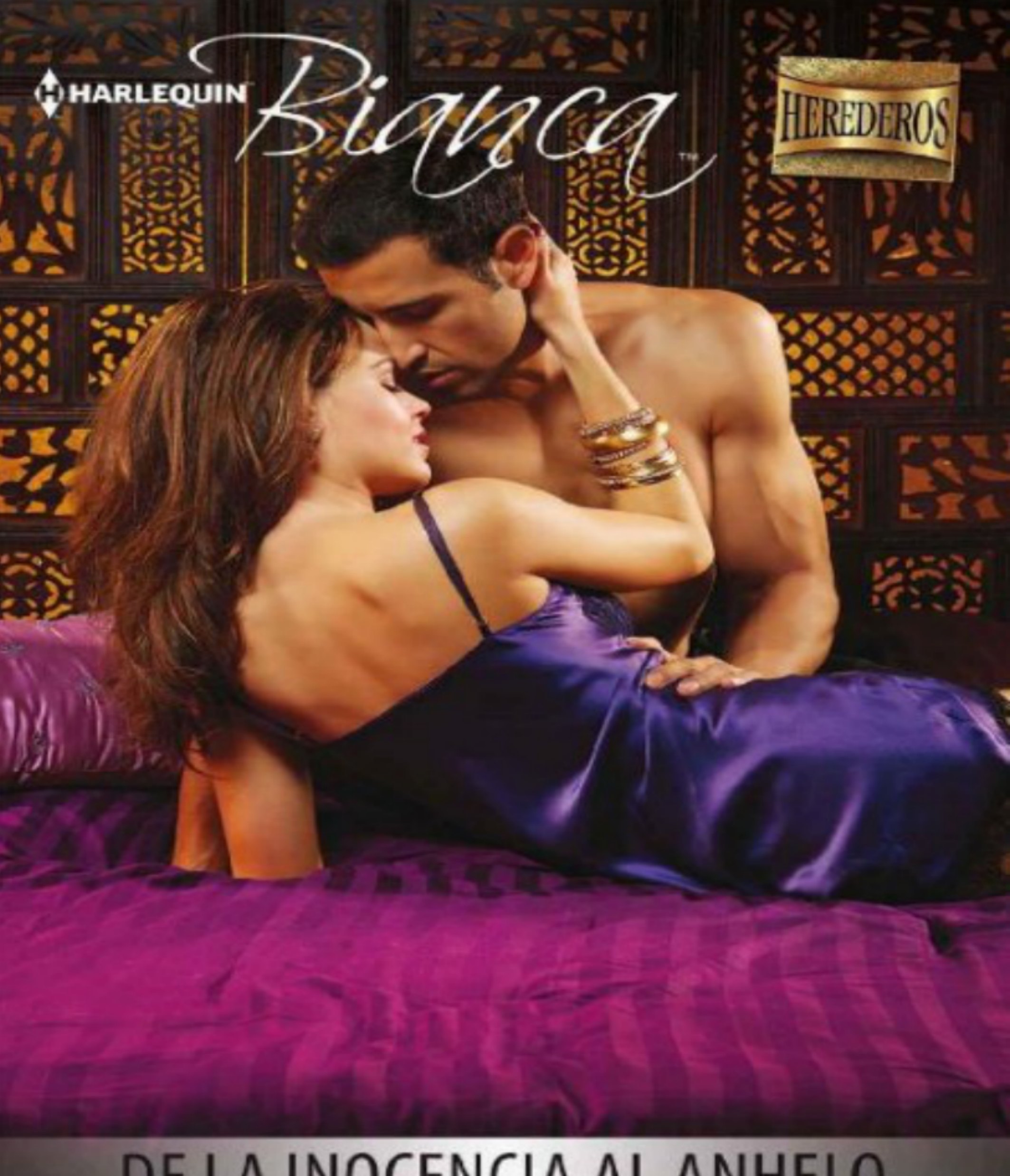

HARLEQUIN
Bianca
HEREDEROS
DE LA INOCENCIA AL ANHELO
CAROL MARINELLI



DE LA INOCENCIA AL ANHELO

CAROL MARINELLI





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

De la inocencia al anhelo, n.º 134 - noviembre 2017
Título original: Bound by the Sultan's Baby
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9170-549-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

GABI Deramo no había sido nunca una dama de honor, y mucho menos una novia. Sin embargo, las bodas eran toda su vida y pensaba en ellas a todas horas. Había vivido las bodas desde hacía mucho tiempo.

Era una soñadora.

De niña, ponía a sus muñecas en fila como si fuese un desfile nupcial. Una vez, para furia de su madre, vació dos bolsas de azúcar y una de harina por encima de ellas para que pareciera una boda en invierno.

–*Essere nerre nuvole* –le había reñido su madre, Carmel, diciéndole que vivía en las nubes.

Lo que ella no le dijo fue que todas las bodas que celebraba con sus muñecas eran la de su madre. Como si así pudiera invocar la presencia de su padre y fingir que no había abandonado a una embarazada Carmel para que se las apañara sola. Si bien no la habían besado mucho, como ayudante de una organizadora de bodas había participado en muchas escapadas románticas… y soñaba con lo mismo muchas noches… y soñaba con Alim.

En ese momento, estaba repasando la lista de asuntos pendientes en la tableta mientras se enrollaba en el dedo un mechón de su pelo largo y moreno e intentaba resolver cómo podía organizar una boda invernal muy precipitada y muy exclusiva en Roma.

Mona, la novia, salió del probador por tercera vez y el vestido seguía sin gustarle a Gabi. No le favorecía lo más mínimo. El encaje antiguo hacía que su piel morena pareciera amarillenta y la pesada tela no resaltaba su cuerpo delicado.

–¿Qué te parece? –le preguntó Mona mientras se daba la vuelta para mirarse en el espejo por detrás.

Gabi tenía experiencia y sabía lidiar con una novia que había elegido el vestido equivocado.

–¿Qué te parece a ti, Mona?

–No lo sé –Mona suspiró–. Me gusta bastante.

–Entonces, no es tu vestido –replicó Gabi–. Tiene que encantarte.

Mona había rechazado los consejos de la dueña de la boutique y había desechado completamente el vestido blanco, recto, radiante y ligeramente bordado que le había propuesto Gabi. En realidad, ni se lo había probado. Desechaban muy a menudo sus propuestas.

Era… una mujer con curvas y siempre llevaba el traje oscuro, serio y amorfo que Bernadetta, su jefa, se empeñaba en que llevara.

Por eso, las novias solían pensar que no tenía ni idea de por dónde iba la moda. Sin embargo, claro que lo sabía. No para ella, naturalmente, pero podía elegir el vestido más indicado para una novia a veinte metros de distancia… y tenían que dejar eso zanjado ese día.

Bernadetta estaba de permiso y tenía que resolverlo ella. Como siempre. Cuanto mayor era el presupuesto, más complicadas eran las instrucciones y más probable era que acabara teniendo que hacerlo ella. Estaban en esa pausa que se producía entre Navidad y Año Nuevo y, en realidad, la tienda de vestidos de novias estaba cerrada, pero ella tenía muchos contactos y le había pedido a Rosa, la dueña, que le hiciera el favor de abrirla. Rosa no iba a echarlas, pero a las cuatro tenían que encontrarse en el hotel Grande Lucia con Marianna, la coordinadora de actividades.

–¿Por qué no te pruebas el que ha propuesto Gabi? –preguntó Fleur, la madre del novio.

Era un poco raro. Normalmente, todo eso lo habría hecho con la madre de la novia, una hermana o una amiga, pero parecía como si Fleur tuviese la primera y la última palabra. Además, Fleur era inglesa, por lo que Mona y Gabi no hablaban en italiano para ser educadas.

Sin embargo, estaba siendo un día largo y agotador, ¡y al día siguiente tenían que volver con las damas de honor!

Mona, de muy mala gana, accedió a probarse el vestido que había propuesto Gabi y desapareció con una ayudante. Rosa, mientras colgaba el vestido desechado, vio que Gabi estaba mirando otro vestido. Era gris plateado y de una talla mayor. Cuando lo levantó, Gabi pudo ver la elegante caída de la tela. Rosa era una costurera con mucho talento.

–Te quedaría muy bien –comentó Rosa.

–Lo dudo –Gabi suspiró con melancolía–, pero es precioso.

–Cancelaron el encargo –siguió Rosa. ¿Por qué no te lo pruebas? Estoy segura de que vas a estar impresionante.

–No mientras estoy trabajando –Gabi sacudió la cabeza–. Aunque me quede bien, ¿cuándo iba a poder ponérmelo?

La pregunta quedó sin respuesta cuando se separaron las cortinas y salió una Mona sonriente.

–¡Mona…! –exclamó Gabi en voz baja.

El vestido era perfecto. Resaltaba la esbelta figura de Mona y el blanco resplandeciente era perfecto para el tono moreno de su piel.

–Si te hubiese hecho caso desde el principio… –comentó Fleur–. Vamos a llegar tarde al hotel.

–Todo está en orden –la tranquilizó Gabi comprobándolo en la tableta–. Vamos bien de horario.

En realidad, iban muy bien porque Gabi sabía que, una vez elegido el vestido, lo demás sería mucho más fácil. Se habían tomado las medidas, pero no se pudieron concretar las fechas para hacer las pruebas del vestido. Gabi le comentó a Rosa que la llamaría en cuanto hubiesen decidido la fecha de la boda.

Volvieron a montarse en el coche y las llevaron por las calles mojadas de Roma hacia el hotel Grande Lucia, pero Mona volvía a estar descontenta.

–Hace unos años fui a una boda en el Grande Lucia y era un poco… –Mona titubeó mientras buscaba la palabra para describirlo– deprimente.

–Ya no lo es –Gabi sacudió la cabeza–. Han cambiado la dirección, Alim ha sido… –le tocó titubear a Gabi, pero se repuso enseguida–. Alim ha sido el dueño durante un par de años y se han hecho unas mejoras… considerables. Está… espléndido.

Balbuceaba y se sonrojaba solo de decir su nombre. Había visto muy pocas veces a Alim, pero pensaba mucho en él. Sus caminos se cruzaban muy de vez en cuando, pero, si estaba organizando una boda en el Grande Lucia y él estaba alojado allí en ese momento, su corazón recibía un obsequio muy especial, y esperaba recibir uno ese día.

–A ver qué te parece cuando lo hayas visto –siguió Gabi–. Además, te recuerdo que es increíblemente difícil conseguir una reserva, sobre todo, con tan poca antelación.

–Fleur no cree que eso vaya a ser un inconveniente –replicó Mona en un tono inconfundible.

Gabi se fijó en que, además, le dirigía una mirada a la madre del novio. Por lo que había deducido, Fleur había aceptado financiar la boda con la condición de que se celebrara allí.

–No lo será –confirmó Fleur.

Gabi no estaba tan segura. Marianna, la coordinadora, era bastante inflexible y ellas querían celebrar la boda ¡dentro de dos semanas!

Tardaron bastante poco porque las calles estaban relativamente vacías. Ya se había pasado el trajín de la Navidad y hasta el Coliseo estaba cerrado a los visitantes. Gabi contuvo un bostezo y deseó poder ponerse un cartel de «No molestar» durante una temporada. Había esperado pasar las vacaciones de Navidad planeando su propia empresa, pero, en vez de eso, la habían llamado para que fuera a trabajar y estaba cansada. Casi demasiado cansada como

para mantener vivo el sueño de llegar a tener su propia empresa. Había empezado a trabajar en Matrimoni di Bernadetta cuando tenía dieciocho años y había esperado que le proporcionara la experiencia que necesitaba para volar sola algún día. Sin embargo, seis años después, cuando ya tenía veinticuatro, ese porvenir no estaba más claro. Bernadetta se había ocupado de eso, no le dejaba casi tiempo para pensar y mucho menos para seguir sus sueños.

Aun así, le encantaba su trabajo.

Levantó la mirada cuando apareció el impresionante edificio y aparcaron delante de la entrada. Ronaldo, el portero, les abrió la puerta del coche.

–*Ben tornato* –dijo Ronaldo.

Sin embargo, Gabi se dio cuenta de que estaba saludando a Fleur por su regreso, no a ella. Fleur debía de ser una huésped habitual y una muy especial, a juzgar por el trato que le daba Ronaldo.

Cuando se bajó ella, sintió una punzada de emoción ante la idea de que pudiera ver a Alim.

Él siempre era cortés aunque fuese algo distante. Ella no se lo tomaba como algo personal. Alim era igual con todo el mundo y siempre mantenía cierta distancia. Tenía un aire de misterio que la tenía encandilada. Vivía en todo un piso del Grande Lucia cuando estaba en Roma y así, mediante los rumores del hotel, ella sabía bastante sobre su reputación. Le encantaban las mujeres guapas y quedaba con todas las que podía, aunque lo más que iban a conseguir era pasar una noche con él. En realidad, ni el desayuno estaba incluido. Según Sophie, una doncella del Grande Lucia y amiga de Gabi, sus amantes, una vez despedidas, siempre lo calificaban de frío e insensible.

Ella no estaba de acuerdo porque siempre sentía la calidez de su mirada y, en el terreno laboral, su profesionalidad estaba fuera de toda duda.

Aun así, Sophie le había contado que, según los rumores, el tiempo en brazos de Alim se recompensaba con un diamante. Parecía una falta de consideración… hasta que lo veías.

Naturalmente, estaba muy lejos de su alcance y eso no era humildad por su parte. A él le gustaban las rubias esbeltas como supermodelos y que sabían lo que había que hacer en el dormitorio. Al parecer, no tenía ningún interés en enseñar. A ella le daba igual que fuese completamente inalcanzable porque soñar con él le parecía lo más seguro.

No había ni rastro de él cuando entró al impresionante vestíbulo del Grande Lucia por la puerta giratoria. Era casi perfecto. La

alfombra carmesí y las paredes de seda eran elegantes, incluso sensuales, y entonaban bien con los muebles de madera oscura. Era un espacio amplio con techos altos, pero transmitía sensación de intimidad desde que se entraba a pesar del delicioso bullicio del hotel. En el centro, había un enorme arreglo floral carmesí. Efectivamente, era casi perfecto. Ella tenía gusto para los detalles y ese arreglo le chirriaba. Además, no cambiaba nunca. Era un despliegue de rosas rojas y claveles que había llegado a ser un ligero motivo de controversia cuando había tenido que negociar en nombre de las novias.

Marianna salió a saludarlas y se las llevó a tomar café en uno de los pequeños salones anexos al vestíbulo. Una vez allí, repasaron algunos detalles y Marianna estuvo encantada de comunicarles que había un hueco al cabo de un par de semanas, pero no iba a ponérselo fácil a la novia.

–Tengo que confirmar las fechas con el propietario –comentó Marianna–. Estamos esperando a unos huéspedes VIP en enero y la seguridad será especialmente estricta. No sé si podremos recibiros entonces. Alim pidió que se le informara antes de que se cierre cualquier fecha… –hizo una pausa y levantó la mirada–. Ah, ahí…

Marianna no siguió y Gabi también levantó la mirada. Alim acababa de entrar en el vestíbulo con la rubia de rigor. Ella supuso que no quería que lo molestaran con detalles nimios cada vez que aparecía y Marianna no avisó a Mona y Fleur de su presencia. Sin embargo, su carisma era tal que las dos mujeres se giraron. Si bien Marianna estaba haciendo todo lo posible para no alterar el día de Alim, el de ella había dado un vuelco en el mejor de los sentidos.

Alim llevaba un abrigo oscuro y transmitía tanta magnificencia que las cabezas se daban la vuelta. Tenía el pelo moreno, lustroso y peinado hacia atrás. Era alto e iba tan recto que hacía que ella también echara los hombros hacia atrás. Notaba un cambio siempre que él estaba cerca, algo que le impedía centrarse en cualquier cosa que no fuese él, como si todo quedara relegado a un rincón para que él ocupara el centro de toda su atención.

–*Quanti ospiti?*

La voz de Marianna llegó desde muy lejos y fue Mona quien contestó cuántos invitados eran, no ella. Alim había mirado alrededor y sus ojos se habían encontrado.

Era hermoso. Tenía una elegancia natural y era cortés al máximo, era el agua serena contra la efervescencia de ella. Era una soñadora y eso quería decir que, aunque él no estaba a su alcance, tampoco estaba más allá de los límites de su imaginación, sería

inocente de cuerpo, pero no de mente… y esos ojos era de un gris oscuro con reflejos plateados que hablaban en silencio de la noche.

Ella sabía que era peligroso que su mirada la atrapara. El fuego crepitaba en la chimenea y sentía un calor que le subía del abdomen por el cuello. Quería disculparse, abandonar la conversación y seguir esa orden silenciosa. Quería que el trabajo desapareciese, que la amante de él desapareciese y que Alim la tumbase en un lecho de seda. Así de sencillo.

–Gabi… –Marianna la sacó del ensimismamiento.

–¡Alim! –le llamó la amante de él.

Sin embargo, él estaba acercándose.

–*Va tuto bene?*

Él preguntó si todo iba bien. Aunque su italiano era excelente, estaba condimentado con su propio acento y Gabi no pudo reaccionar porque no había esperado que él se acercara. Marianna sí reaccionó y le dijo la fecha que preferían para la boda.

–Está bien.

Alim asintió con la cabeza a Marianna y a las otras dos mujeres y, entonces, miró directamente a Gabi, quien miró fijamente su boca porque le pareció un poco más segura que sus ojos.

–¿Qué tal estás, Gabi?

–Estoy bien.

–Me alegro.

Él se dio la vuelta y se alejó y ella contuvo la respiración. No había sido nada, había sido algo tan insignificante que los demás ni siquiera se habían fijado, pero ella sobreviviría durante semanas gracias a eso. Él sabía su nombre…

–Podrías enseñar el salón de baile a Mona mientras yo comento los detalles con Fleur –le propuso Marianna.

Los detalles eran el dinero.

–Claro.

Gabi se levantó y se alisó la falda. Le espantaba ese traje negro con un logotipo dorado y una blusa de cuello vuelto holgado. de color crema Era la vestimenta perfecta para la directora de una funeraria, no para una organizadora de bodas. Si fuese su empresa, llevaría cuadros verdes con un toque rosa. Ya había elegido la tela. Además, tampoco llevaría esos zapatos de tacón negros que Bernadetta se empeñaba en que llevara. Se sentía demasiado alta y corpulenta mientras acompañaba a la novia por el vestíbulo.

Entonces, vio que Alim y la rubia entraban en su ascensor privado y ella frunció el ceño porque le daba envidia esa experiencia tan íntima que estaban a punto de vivir. La rubia estaba

apretándose contra él y le susurraba algo al oído.

Dio gracias a Dios por los ascensores cerrados porque eran fantásticos para recuperar el dominio de sí misma. La pareja desapareció dentro y Gabi se acordó de que había que organizar una boda. El salón de baile tenía unas enormes puertas dobles y Gabi las abrió para que Mona pudiera captar todo el efecto mientras entraba. Era impresionante de verdad. Las enormes arañas de cristal eran lo que primero llamaban la atención, pero era fastuoso en todas direcciones.

–*Molto bello*… –comentó Mona en voz baja otra vez en italiano–. El salón de baile no se parece nada a lo que yo recordaba.

–Alim, el propietario, lo ha reformado entero. Ha acuchillado el suelo y ha reparado las lámparas. El Grande Lucia vuelve a ser el hotel para una boda.

–Lo sé –reconoció Mona–. En realidad, es donde James y yo nos conocimos. Yo estaba aquí por el aniversario de mis abuelos y James estaba visitando… –Mona no dijo lo que había estado a punto de decir–. Lo que no me gusta es que Fleur esté tomando todas las decisiones solo porque su…

Mona volvió a cerrar la boca y dejó claro que no quería hablar demasiado. Gabi, curiosa por naturaleza, se quedó con las ganas de saber más. Fleur estaba siendo muy escurridiza y la lista de invitados por parte del novio era increíblemente corta. Solo iba a acudir un padrino de boda desde Escocia y no se decía nada del padre de James. Gabi se preguntaba si Fleur sería viuda.

Sin embargo, no estaba allí para hacerse preguntas y volvió a concentrarse, como siempre, en que esa fuese la mejor de las bodas.

–Me imagino lo que será bailar bajo esas lámparas –comentó Mona.

–No hay nada tan maravilloso –afirmó Gabi.

Entonces, señaló hacia un palco alargado que recorría la pared del lado oeste y se imaginó el selecto público que se sentaba allí en el pasado.

–El fotógrafo puede sacar unas fotos impresionantes desde allí. Quiero decir, un fotógrafo que emplea habitualmente Matrimoni de Bernadetta hace unas fotos increíbles desde el palco.

Pudo comprobar que Mona empezaba a emocionarse.

–Cuando dijiste que estuviste aquí por el aniversario de tus abuelos… –siguió Gabi para intentar tirarle de la lengua.

–Mis abuelos se casaron aquí –le contó Mona–. Algunas veces sacan el disco que bailaron la noche de la boda.

–¿De verdad?

–Incluso reconozco la pista por las fotos de su boda. Es como retroceder en el tiempo.

Hasta la pista de baile era increíble. Era un parqué de caoba, roble y secuoya que formaba un delicado mosaico floral.

–¿Tus abuelos todavía bailan con la canción de su boda…?

Mona asintió con la cabeza y Gabi pudo ver que ya estaba decidida. Habría un cuarteto de cuerda, pero a Mona le encantó la propuesta de Gabi para que James y ella abrieran el baile con el mismo disco que sus abuelos. Una boda, una boda preciosa, estaba empezando a gestarse por fin. Una novia resplandeciente volvió a la sala y charló encantada de la vida con Fleur y Marianna sobre sus planes.

Entonces, ella, perpleja, vio que la rubia cruzaba el vestíbulo con unas grandes zancadas y un gesto de rabia. No sabía por qué, pero habría apostado los ahorros de toda su vida a que Alim la había desenroscado de sus brazos.

Luego, mucho después, cuando todo empezaba a encajar en su sitio, llamó a Rosa con las fechas oficiales.

–Ya estoy trabajando en el vestido –comentó Rosa–. No creo que necesite muchos arreglos.

Después de un día largo y agotador ocupándose de los demás, Gabi hizo algo para sí misma. Estaba feliz por la brevísima conversación con Alim. Naturalmente, la marcha de su amante no podía tener nada que ver con ella, pero era una soñadora y su cabeza ya estaba dándole la vuelta a las cosas.

–¿Puedo ir a probarme el vestido gris?

Soñar con Alim era maravilloso.

Capítulo 2

ERA una boda preciosa de verdad, aunque Gabi no tenía ni un segundo para disfrutarla.

El padrino, espléndido con su falda escocesa, intentaba escapar de la dama de honor, que lo perseguía descaradamente. Fleur estaba tensa y pedía que se dieran prisa. Las niñas que llevaban los ramos de flores tenían frío y estaban llorosas mientras les sacaban fotos en la nieve. Ella se sentía como una pastora empapada que hacía malabares con los paraguas para proteger de la nieve a los novios e intentaba dirigir a los invitados como a una manada. Llevaba botas, pero era la única concesión que había hecho al frío.

Por fin se montaron en los coches y se dirigieron hacia la recepción mientras ella se cercioraba de que habían pagado al coro. Bernadetta se montó en su coche, fumando, y ella empezó a bajar, tiritando, las escaleras de la iglesia. Entonces, se resbaló en el hielo y se cayó sentada de la forma más desairada que podía imaginarse, pero nadie fue a ayudarla.

Se quedó un momento sentada e intentó recuperar el aliento y evaluar los daños. A jugar por lo que sentía, tenía el trasero amoratado. Hizo un esfuerzo para levantarse y vio que tenía la falda sucia y empapada. Además, se quitó la chaqueta y comprobó que se había descosido por la espalda. Para empeorar las cosas, Bernadetta estaba furiosa, sobre todo, porque no tenía ropa para cambiarse.

–¿Por qué no te has traído un traje de repuesto? –le preguntó con rabia–. Al fin y al cabo, eres una organizadora.

Gabi quiso contestarle que solo le había dado dos trajes, pero supo que no serviría de nada.

–Está en la lavandería.

Naturalmente, Bernadetta no pudo dejar de comentar que nadie tendría uno que le quedara bien a Gabi.

–Vete a casa y cámbiate –le ordenó entre dientes–. Ponte algo…

Bernadetta juntó las manos con un gesto de desesperación y como si quisiera decirle que consiguiera algo que pudiera reducir su tamaño. Además, no añadió, como siempre les decía a las otras empleadas, que no eclipsara a la novia. Se daba por supuesto que Gabi no tenía la más mínima posibilidad.

Quería dejar el trabajo. Estaba a punto de llorar cuando llegó a su diminuto piso y, naturalmente, no tenía nada en el armario que pudiera ponerse. Bueno, sí tenía algo. Tenía el vestido gris plateado que Rosa había hecho con sus manos prodigiosas, aunque a

Bernadetta le parecería que era excesivo. Tenía un corte muy sencillo, pero…

Se desvistió y comprobó que, efectivamente, tenía un moratón en el trasero y a la izquierda del muslo. Se duchó rápidamente, entró en calor y se sintió mucho más relajada. Los días de boda siempre eran tensos y se agradecía una pequeña pausa. Cuando tuviese su propia empresa, organizaría una rotación para que todos sus empleados pudieran descansar un poco entre la ceremonia y la recepción. Quizá también pudieran cambiarse de ropa…

Ya estaba soñando que algún día trabajaría por su cuenta, pero ¿cómo iba a conseguirlo cuando Bernadetta la tenía atada de pies y manos? Sin embargo, no tenía tiempo para darle más vueltas.

El vestido había sido un regalo de Rosa, pero ella, que sintió remordimientos por aceptarlo, se había permitido el lujo de comprarse el sujetador adecuado para el vestido y, naturalmente, unas bragas plateadas a juego. Se puso todo apresuradamente antes de enfundarse el vestido.

Verdaderamente, Rosa era prodigiosa con la tela. El vestido estaba cortado al bies y se adaptaba maravillosamente a sus curvas. Además, merecía más atención que la que solía dedicarse.

Se sentó en su pequeño tocador, se recogió el pelo y se hizo un moño alto en vez de dejárselo suelto. Se pintó ligeramente los labios, se maquilló un poco y le dio miedo haberse excedido porque, normalmente, no se molestaba con esas cosas. Sin embargo, no se lo quitó y se vistió para tener el mejor aspecto posible.

Esa noche no quería ser la directora de una funeraria ni la torpe que se caía por las escaleras ni la organizadora de bodas que iba corriendo de un lado a otro. Había tomado esa decisión en un abrir y cerrar de ojos. Se miró en el espejo. Esa era la persona que sería si trabajara por su cuenta y estuviera coordinando una boda por todo lo alto. En realidad, nunca se había parecido tanto a la mujer que se sentía por dentro.

Llegó al hotel con el impresionante vestido tapado por un abrigo, con botas y con los zapatos guardados en una bolsa. La seguridad era muy estricta y Ronaldo, el portero, aunque la conocía muy bien, se disculpó y le pidió una identificación.

–Hay unos VIPs alojados en el hotel –le explicó mientras daba patadas en el suelo por el frío.

–Los hay muchas veces –replicó Gabi.

–De la realeza –gruñó Ronaldo porque eso significaba mucho trabajo extra.

–¿Quién?

–Gabi… –Ronaldo tenía instrucciones muy claras, pero sonrió y decidió decírselo. Al fin y al cabo, solo era Gabi–. El sultán de los sultanes y su hija.

–¡Caray!

Le encantaría verlos, sería increíble. Dejó el abrigo en la conserjería y arrugó los labios al ver el enorme arreglo floral carmesí. El Grande Lucia era un hotel maravilloso, pero algunas veces parecía el Titanic.

Nerviosa y un poco cohibida, y haciendo un esfuerzo para que no se le notara, fue a la recepción de la boda y lo primero que se encontró fueron los reproches ácidos de Bernadetta.

–Si la novia hubiese querido un árbol de Navidad en el rincón, se lo habría cobrado –Gabi notó que se le esfumaba la poca confianza en sí misma que había encontrado–. Tenemos que comprobar que el gramófono está bien instalado y tenemos que encontrar la llave del palco para el fotógrafo.

El plural se refería a Gabi.

Se alejó para que la noche fuese lo más apacible posible para la feliz pareja, y parecían muy felices. El vestido de Mona era sublime y el novio era guapo, estaba relajado y… Gabi frunció el ceño. James le recordaba a alguien, pero no conseguía saber a quién. Quizá fuese que como era alto y rubio, como su madre, destacaba entre todos los invitados italianos.

Sin embargo, no tenía tiempo para darle vueltas ni para sentir una punzada de decepción porque no se veía a Alim por ninguna parte. Acompañó al fotógrafo al palco, volvió al vestíbulo y se reconoció a sí misma que el vestido, los zapatos de tacón, el peinado y el maquillaje se debían en parte a la remota posibilidad de que Alim la viera.

Alim estaba en el edificio, pero, por una vez, quería pasar desapercibido.

–No soporto que no podamos estar en la boda –se quejó Yasmin por enésima vez mientras apartaba el postre.

Alim no dijo nada, estaba acostumbrado a las escenas de su hermana.

–Nos dejan de lado como si fuésemos chusma –farfulló Yasmin mientras tiraba la servilleta.

–No creo que seamos chusma –replicó Alim.

No quería seguirle el juego porque, al fin y al cabo, estaban en la zona privada del suntuoso restaurante del Grande Lucia. Su padre

no los acompañaba porque solo habría llamado la atención y eso era algo que quería evitar por todos los medios. Al menos, esa noche. Sabía que los empleados del Grande Lucia estaban muy acostumbrados a los huéspedes importantes, pero estaban empezando a darse cuenta de que Oman, el sultán de sultanes, era su padre.

Él no usaba su título en el hotel; sultán Alim al–Lehan de Zethlehan. Tampoco lo usaba en su vida personal porque era una vida personal… subida de tono. Pagaba diamantes a cambio del silencio y la engrasada maquinaria de relaciones públicas del palacio borraba las indiscreciones.

La indiscreción más importante de Oman era el motivo para que esa noche estuvieran en ese comedor. Estaban cerca de la boda, pero no estaban en la boda. Esa noche, cuando la feliz pareja fuera a la suite nupcial, Fleur, la madre del novio, iría a su lujosa suite de varias habitaciones. Violetta, quien llevaba las relaciones públicas del palacio, había organizado las habitaciones con Marianna. Él no tenía que saber, aunque lo sabía, que la suite de Fleur era la contigua de la de Oman.

Fleur era la mantenida de Oman desde hacía mucho tiempo y había dado a luz al primer hijo del sultán de sultanes. James había tenido una vida privilegiada. Fue al colegio en Windsor y a la universidad en Escocia, y, además, tenía un fondo fiduciario que sería la envidia de la mayoría de las personas. Sin embargo, el nombre de su padre no aparecía en su partida de nacimiento y no tenía ningún título. Sencillamente, no existía para el pueblo de Zethlehan. Sin embargo, era hermano por parte de padre de Alim, Kaleb y Yasmin y lo querían. Kaleb, que era más pequeño que Alim, vería a la pareja en París, donde vivía. Los tres juntos llamarían la atención, pero esa noche se buscaba la discreción.

Yasmin, que vivía muy recluida en Zethlehan, había suplicado que la dejaran participar en la boda. Sin embargo, su padre no había atendido sus súplicas y Alim se había ofrecido para que Yasmin pudiera ver la boda desde cierta distancia. Había organizado que Yasmin y él estuviesen tomando un refresco en el salón cuando había llegado la comitiva nupcial desde la iglesia para que su hermana pudiera ver los vestidos y todo eso. Yasmin había disfrutado muchísimo.

–¿Puede saberse qué lleva? –había preguntado al ver al padrino.

–Una falda escocesa, es escocés –le había explicado él.

Sin embargo, ver la comitiva no era suficiente para ella. Aunque había organizado que comieran y bebieran lo mismo que en la

boda, era una celebración silenciosa. Alim le explicó que en ese momento estarían pronunciando los discursos y a él también le dolía no poder oírlos.

–Quiero verlos bailar –insistió ella con un gesto enfurruñado.

Estaba acostumbrada a salirse con la suya, pero Alim no estaba dispuesto a que lo hiciera esa vez. Había un montón de leyes ancestrales y tenía que cumplirlas hasta que él gobernara. Amaba a su país con toda su alma y respetaba muchas de sus tradiciones, pero había visto desde niño que necesitaba un cambio. Sin embargo, por el momento, intentó aplacar a su hermana.

–Mañana en el desayuno verás a Mona y James y podrás felicitarlos.

–¡No es lo mismo! ¿Por qué no puedo colarme un momento en el salón de baile para verlos? Tú vas a hacerlo, Alim.

–Yo voy a hacerlo porque soy el propietario del hotel y suelo comprobar cómo va todo. Tú llamarías la atención.

Yasmin, como sus hermanos, tenía la belleza de los al–Lehan y su entrada no pasaría inadvertida, y la gente no tardaría mucho en atar cabos. Aun así, Alim no podía soportar ver a su hermana desdichada, sabía lo mucho que había anhelado hacer un viaje al extranjero, algo que hacía poquísimas veces.

–Hay un palco en el salón de baile –siguió Alim–. El fotógrafo está ahí ahora, pero, cuando termine y baje, puedes subir un rato a ver el baile desde allí. Puedo darte una llave maestra para que vayas por otra puerta y esperes.

–¡Sí! –exclamó ella con un brillo de emoción en los ojos.

–Solo un rato corto –le avisó Alim–. El fotógrafo volverá al final de la celebración, así que vigílalo para ver cuando se marcha y subir ahí.

–Lo haré.

Le dio la llave y más instrucciones y fingió que no se daba cuenta de que se llevaba una botella de champán mientras salían del comedor. Yasmin estaba muy protegida y no tenía la libertad que habían tenido Kaleb y él. Se merecía un poco de diversión mientras estaba en Roma. La acompañó a la escalera y volvió a advertirle que se escondiese y no hiciese ruido.

–¡Gracias, Alim!

–¡No organices jaleo! Mira un rato y vete a la cama.

Una vez solo, fue él quien quiso ver a su hermano el día de su boda… y también quiso hablar con Gabi. Era un empresario muy avispado y reconocía el talento de Gabi. Había trabajado mucho para mejorar el estilo del hotel, pero sabía que todavía había que

hacer muchas cosas. Marianna estaba muy anclada en su estilo y, cuanto más lo pensaba, más quería que Gabi formara parte de su equipo.

No utilizaría la entrada principal del salón de baile porque quería ser discreto y salió a un patio para respirar aire fresco. Estaba nevando y se quedó oyendo los aplausos al final de los discursos. El maestro de ceremonias estaba diciendo que otra pareja se había casado allí hacía sesenta años y estaba anunciando el primer baile de los recién casados. Celebrar la boda allí había sido lo mínimo que había podido hacer por su medio hermano. Era posible que los empleados descubrieran que pertenecía a la realeza, pero era un precio bajo a cambio de poder participar de alguna manera en ese día. Se preguntó cómo se sentiría su padre en la suite real mientras su primogénito se casaba en la planta baja.

Entró por la puerta acristalada y miró a Fleur, quien estaba sentada con un aire algo distante. No tenía nada contra ella, al contrario, la apreciaba. Había sido una buena madre para James y nunca había causado ningún problema a su familia.

Él, sin embargo, sí estaba causándole problemas a alguien. Su entrada, aunque discreta, no podía haber llegado en peor momento para Gabi. Ella habría preferido que hubiese elegido cualquier momento menos ese. Normalmente, llegaba con un pequeño séquito, pero esa noche se había colado silenciosamente en el salón de baile cuando la feliz pareja estaba a punto de salir a la pista… y ese era el problema. Se había instalado un gramófono antiguo para que la historia se repitiera esa noche en el precioso salón de baile. Naturalmente, había una grabación por si la aguja se deslizaba o empezaba a saltar sobre el vinilo, o por si la mano de la ayudante de la organizadora de la boda empezaba a temblar solo de ver a Alim. Su mera presencia hacia que temblara como un flan. Había entrado desde el patio y, aunque fuese imposible a esa distancia, tiritó como si el aire frío hubiese entrado detrás de él. No podía mirarlo, tenía que fingir que no había entrado. Bajo la mirada poco tranquilizadora de Bernadetta, puso la aguja en el vinilo y los sonidos del ayer cobraron vida entre chasquidos. Los abuelos de la novia salieron a la pista, no el novio y la novia. El anciano abrazó a su esposa mientras la pareja de recién casados se acercaba a ellos. La pareja mayor y la más joven empezaron a bailar una al lado de la otra. Fue todo tan conmovedor que a Gabi se le empañaron los ojos. Eso hacía que todas las noches en vela merecieran la pena. Miró hacia arriba y vio que el fotógrafo estaba disparando la máquina. Serían unas fotos preciosas. Repasó la lista en la tableta y

vio que iban según lo previsto, que todo había salido como la seda.

–Otro éxito de Matrimoni di Bernadetta –Gabi apretó los dientes al oír a su jefa–. Espero que puedas ocuparte a partir de este momento.

Bernadetta hizo que pareciera como si estuviese haciéndole un favor enorme cuando, en realidad, estaba largándose temprano y dejándolo todo en sus manos, lo había dejado todo en sus manos desde el principio. Bernadetta había llegado esa mañana de vacaciones y había pasado casi todo el día dentro de su cálido y lujoso coche.

Se quedó conteniendo las lágrimas mientras Bernadetta se alejaba, aunque, naturalmente, se tomó su tiempo para hacer relaciones sociales. Sabía muy bien lo que tenía que hacer y era encantadora con cualquiera que pudiera servirle para prosperar. Se acercó a Alim y ella tuvo que ver cómo levantaba las manos con falsa modestia mientras aceptaba las felicitaciones por otra boda fantástica. Gabi solo pudo soñar que algún día lo haría sola, que algún día una noche como esa sería su éxito y ella recibiría las felicitaciones de Alim.

Así fue como él la vio, absorta en un sueño. Alim se acercó y sonrió cuando ella se dio la vuelta y lo miró. Se sintió resplandeciente, las críticas y los reproches se olvidaron cuando se vio abrazada por su mirada. Ningún hombre había conseguido que sintiera eso, ningún hombre había conseguido que se sintiera como si no tuviera que cambiar nada. Él lo conseguía con solo una mirada.

–Me preguntaba…

Alim empezó a decirlo con esa voz tan aterciopelada que tenía y ella estaba tan absorta en su sueño que dejó la tableta que estaba mirando e, instintivamente, dio un paso hacia él.

–Me encantaría.

Entonces, deseó que la tierra se la tragara. Naturalmente, no estaba esperándola con los brazos abiertos. Había pensado, absurdamente, que quería bailar con ella, pero se apartó y se convirtió en un bochornoso paso en falso. Ese fue el momento más bochornoso de todos lo que había vivido en su vida.

–Estamos trabajando, Gabi –le explicó Alim con delicadeza.

Sin embargo, su diplomacia no pudo evitar que se avergonzara. Naturalmente, no había ido a pedirle que bailara con él.

–Me preguntaba –repitió Alim– si podríamos hablar un minuto

Capítulo 3

GABI quería que la pista de baile se abriera bajo sus pies y se la tragara. Sin embargo, se quedó inmóvil mientras Alim hacía un gesto con la cabeza para indicar que se marcharan del salón de baile. Cuando Alim quería hablar con alguien, esa persona aceptaba inmediatamente aunque quisiera salir corriendo.

–A lo mejor… me necesita… la novia –balbució Gabi–. Bernadetta acaba de marcharse.

–Lo sé.

Alim habló con uno de los empleados mientras salían del salón de baile y le dijo dónde podían encontrarlos.

–Si alguien te busca, te lo comunicarán.

Gabi recogió la tableta, salieron del salón de baile y fueron a una mesa con sillas. Ella se sentó y él levantó una mano para detener a un camarero. Aquello era un asunto de trabajo.

Sin embargo, los ojos azules de ella resplandecían con las lágrimas del bochorno y sentía una opresión en el pecho por el rubor más mayúsculo de su vida.

Alim sintió compasión. Estaba más que acostumbrado a gustar a las mujeres, aunque solía moverse en terrenos más sofisticados. Gabi tenía que saberlo, ¿no?

–La boda y la celebración han salido muy bien –comentó Alim.

–Matrimoni di Bernadetta se esfuerza mucho –replicó ella.

–Los dos sabemos que Bernadetta, precisamente, no se ha esforzado nada en esta boda.

Gabi parpadeó por su claridad.

–Bernadetta no está aquí –siguió Alim–, habla conmigo, Gabi.

–¿Por qué?

–Porque podría ayudar. Valoro el trabajo y me gusta que se recompense el talento.

–Estoy bien pagada.

Él arqueó ligeramente una ceja. Los dos sabían que su sueldo era miserable.

–Sé que la idea del gramófono fue tuya.

–¿Por qué… lo sabes? –preguntó ella.

–Conozco al novio. Por eso tuve que pasarme para comprobar que todo iba bien.

–Ah…

–Él me contó lo impresionados que están contigo.

La verdad era que James no había ido a contarle lo maravillosa que era la ayudante de la organizadora de la boda, sino que él se lo había preguntado directamente. Su éxito no había llegado por casualidad, por la fortuna que tenía o porque sacaba a relucir su título. Ocultaba su pertenencia a la realeza todo lo que podía y, si bien su desmesurada fortuna había sido un punto de arranque, su empresa había prosperado gracias a la atención a los detalles. No se limitaba a aceptar los hallazgos, profundizaba. Si bien sabía que Matrimoni de Bernadetta estaba entre las mejores empresas de organización de bodas, conocía el funcionamiento del sector. ¡Bernadetta había elegido muy bien!

–¿Qué quieres?

Él supo que estaba nerviosa.

–¿Por qué elegiste esta profesión?

–Porque me encantan las bodas.

–¿Incluso ahora? –preguntó él–. ¿Incluso después…? ¿Cuántos años tienes?

–Veinticuatro y sí, las bodas siguen encantándome. Me han encantado siempre, desde que era una niña.

–¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Bernadetta?

–Seis años. Antes trabajé para una costurera y cuando estaba en el colegio…

Ella no siguió por miedo a aburrirlo.

–Sigue.

–Trabajé con una florista. Preparaba los ramos de las bodas los viernes por la noche. Me levantaba para ir al mercado antes del colegio…

Esa era la pasión que Alim quería que tuvieran sus empleados.

–Fui muy afortunada de que me aceptara Bernadetta.

–¿Por qué? –preguntó Alim.

–Bueno, yo no tenía ningún título. Mi madre necesitaba que yo trabajara y dejé los estudios a los dieciséis años. Además, Matrimoni di Bernadetta tenía fama.

–¿Cómo conseguiste una entrevista?

–Le escribí muchas veces –reconoció Gabi–. Al cabo de un año, accedió a concederme una entrevista, aunque me avisó de que la competencia era muy fuerte. Mi amiga Rosa me hizo un traje y yo… –Gabi se encogió de hombros–. Yo pedí que me hiciera una prueba.

–Entiendo.

–Bernadetta me enseñó lo que había preparado para una boda muy importante y me pidió ideas –Gabi le sonrió–. Ya sabes lo que

dicen, simúlalo hasta que lo consigas…

–¿Qué ibas a simular?

–Fingí que sabía lo que estaba haciendo.

–Porque sabías lo que estabas haciendo. Ya habías trabajado con una costurera y una florista…

–Sí, pero…

–¿Qué pasó cuando le diste las ideas para aquella boda tan importante?

–Incorporó algunas.

–Entonces, ¿qué estaba simulando?

–He aprendido muchísimo con Bernadetta –contestó Gabi con el ceño fruncido.

–Claro –concedió Alim–. Es una de las mejores y yo no vacilo al recomendarla. Aun así, sé que, últimamente, tú deberías llevarte casi todo el mérito. ¿No has pensado nunca trabajar por tu cuenta?

Ella volvió a ruborizarse. Él vio que se le oscurecían las mejillas y que apretaba los dientes. Supo que estaba rabiosa.

–No puedo.

–¿Por qué?

–Alim…

Gabi sacudió la cabeza. Era fiel aunque estuviese infravalorada y ya había metido la pata antes por soñar en voz alta.

–Cuéntamelo.

–¿Por qué?

–Porque es posible que pueda ayudarte.

–Bernadetta se enteró de que soñaba con trabajar por mi cuenta y me recordó una cláusula de mi contrato.

–¿Qué cláusula?

–Que, durante seis meses, no puedo trabajar con ninguno de sus… contactos. Tendría que buscar contactos nuevos.

–Pero ya solo trabajáis con los mejores.

–Efectivamente.

Gabi se alegró de que lo hubiese entendido a la primera. Se había pasado horas intentando explicárselo a su madre, quien solo decía que debería alegrarse de tener un empleo. Era fantástico hablarlo con Alim.

–Además, esos contactos no eran todos de Bernadetta –Gabi se lo había guardado tanto tiempo que le aliviaba soltar algo de un frustración–. La novia de esta noche llevaba un vestido de Rosa. Yo cortaba tela en su salón.

–Cuéntamelo.

–Cuando empecé a trabajar con Bernadetta, tuvimos una novia

que solo tenía un brazo. Muchos diseñadores la rechazaron porque no querían que llevara uno de sus vestidos. Yo me puse furiosa y le propuse a Bernadetta que probara a Rosa. Ella lo despreció al principio, pero acabó aceptándolo. Rosa consiguió que la novia pareciera una princesa. Era una boda por todo lo alto y empezaron a llegarle encargos. Rosa trabaja ahora en la mejor calle de Roma. Rosa es un contacto mío, pero, naturalmente, no lo pensé en su momento.

Alim vio que Gabi se hundía un poco en su asiento, como derrotada. Hizo un esfuerzo para no sonreír cuando ella se llevó una mano al pelo y se enrolló un mechón en un dedo. Volvió a levantarse al cabo de un rato. Había empezado a airear sus agravios y no podía parar.

–Las flores de hoy, las gardenias… La idea de imitar el ramo de su abuela fue de la florista –Alim se fijó en que Gabi no se atribuía ningún mérito que no fuese suyo y eso le gustó–. La florista, Angela, es la mujer con la que trabajaba cuando estaba en el colegio. Entonces, trabajábamos en una tienda diminuta, hoy es una de las mejores floristas de Roma.

–Eso quiere decir que tendrías vedados los mejores contactos.

–Durante seis meses. No creo que pudiera aguantar tanto tiempo. Eso, suponiendo que alguien me contrate como organizadora de su boda. No creo que Bernadetta vaya a dar buenas referencias de mí.

–Hablará mal de ti.

Él lo dijo como una certeza y tenía razón. Había creído que tenía la solución. En ese momento, podría estar ofreciéndole a Gabi que trabajara para él y dando por zanjada esa conversación. Sin embargo, ya era mucho más complicado. No porque él le gustara a ella, estaba muy acostumbrado a eso, sino porque ella le gustaba a él. Lo reconoció en ese momento, aunque se aseguró a sí mismo que solo era un poco.

Sin embargo, durante dos años, el hotel le había parecido más cálido cuando Gabi estaba allí. Durante dos años, se había sonreído para sí mismo cuando ella cruzaba el vestíbulo con esos zapatos de tacón espantosos, o había farfullado un improperio en voz baja. Nunca se había permitido reconocer su belleza, pero no podía negarla en ese momento.

Estaba impresionante.

El pelo se le escapaba de sus límites y el vestido destellaba levemente sobre sus curvas. ¿Cómo era posible que no la hubiese recibido entre sus brazos para bailar? Sin embargo, aunque él lo

negara, la respuesta era cada vez más clara a medida que hablaban; llevaba mucho tiempo resistiéndose a ella.

La semana anterior no había estado de muy buen humor. La Navidad siempre daba mucho trabajo en un hotel, pero eso no explicaba su humor sombrío. Los asuntos en su país eran cada vez más acuciantes, pero tampoco se trataba de eso. Había sentido cierto descontento, aunque no había querido buscar el motivo. No había querido llamarlo por su nombre y no lo había hecho.

Fuera del trabajo, había sido el mismo libertino de siempre, pero un día, entre Navidad y Año Nuevo, había entrado en el vestíbulo del Grande Lucia y había comprobado que Fleur le había hecho caso y había contratado a Matrimoni di Bernadetta para que organizara la boda. No habían organizado una boda allí desde hacía mucho tiempo y él se había dado cuenta de que había echado de menos la presencia de Gabi. El aire parecía distinto cuando ella estaba por allí.

Hizo un esfuerzo para volver a concentrarse en el trabajo.

–¿Qué harías de una forma distinta que Bernadetta?

Gabi frunció el ceño porque le parecía una entrevista, pero contestó.

–Me libraría del traje oscuro.

–Ya lo has hecho.

Él no dejó de mirarla a los ojos mientras lo decía, pero le transmitió que se había fijado en que había cambiado su atuendo habitual.

Ya no le pareció una entrevista y tuvieron que hacer un esfuerzo para no coquetear. Gabi porque no quería volver a hacer el ridículo y Alim porque no se salía del trabajo cuando estaba trabajando.

–Hubo un fallo de vestuario en la iglesia –contestó Gabi con cautela.

–¿Un fallo?

–Me caí –contestó Gabi–. Afortunadamente, fue después de que se hubiesen marchado los invitados, pero me descosí la chaqueta.

–¿Te hiciste daño?

–Un poco.

Él quiso desvestirla para examinar los moratones, quiso sentarla en sus rodillas. Sin embargo, no dejó de mirarla a los ojos y la conversación se mantuvo dentro de un cauce correcto.

–Entonces, te librarías del traje oscuro ¿a cambio de qué?

–He visto una tela a cuadros verdes y rosas, como una tela escocesa. Suena espantoso, pero…

–No –le interrumpió Alim–. Parece distinta. ¿Tienes una foto?

Claro que la tenía. Tardó un segundo en buscarla en la tableta y se la enseñó a Alim. Él la miró. Era más delicada que como la había descrito ella y, efectivamente, sería la elección perfecta.

–¿Qué cambiarías en el Grande Lucia? –le preguntó él mientras le devolvía la tableta.

Él esperó que titubeara porque no había tenido tiempo de preparar la respuesta, pero ella sabía muy bien qué cambiaría lo primero.

–Prohibiría completamente los claveles rojos en todo el hotel.

Ella vio él leve gesto de sus preciosos labios. Alim dominaba mucho terrenos, pero las flores no era uno de ellos.

–No suelo entrar en los arreglos florales –reconoció él.

–Yo, sí –Gabi sonrió–. Esas cosas me obsesionan.

–¿De verdad?

–De verdad.

–¿Qué elegirías?

–Las rosas del Sahara siempre dan buen resultado, aunque creo que el arreglo floral debería cambiar a lo largo de la semana y lo cambiaría los fines de semana para que se adaptara a la celebración principal.

–¿Lo harías ahora?

–Tú lo has preguntado.

–¿Las rosas del Sahara son tus flores favoritas?

–No –contestó Gabi.

–¿Cuáles son?

–El guisante de olor o arvejilla –ella sonrió–. Marianna se desmayaría solo de pensarlo y diría que no son lo bastante sofisticadas para el Grande Lucia, pero cuando se ponen bien…

El rostro de ella se iluminó y él sonrió. Gabi era un torrente de ideas nuevas y el entusiasmo de la juventud mezclado con el conocimiento de Marianna… Sin embargo, cada vez le costaba más pensar en el trabajo. Mucho más.

–¿Quieres beber algo? –le ofreció Alim.

–Estoy trabajando.

Él esbozó una sonrisa ligeramente irónica.

–Gabi… –empezó a decir él antes de callarse.

Tenía que pensarlo antes de ofrecerle ese empleo. Si trabajaba para él, podía ser un embrollo. Él no pasaba de las aventuras de una noche y por eso mantenía su vida personal donde tenía que estar, en la cama. Quería lo mejor para sus negocios, pero, cosa rara, también quería lo mejor para ella y se le ocurrió una alternativa.

–¿No has pensado en asociarte con Bernadetta?

–¿Asociarme? –Gabi lo miró con incredulidad–. Se moriría de risa si se lo propongo.

–Y cuando dejara de reírse, le dirías que serías mejor socia que rival.

Jamás se le había pasado por la cabeza.

–O si sigues trabajando para ella, pon tus límites, dile a Bernadetta lo que estás dispuesta a hacer, lo que se te da bien, lo que te da resultado…

Sin embargo, no quería perderla. Podía ser un embrollo, pero cuanto más lo pensaba, más le gustaba la idea.

–Hay otra posibilidad…

–¡Gabi! –una voz la llamó otra vez, se dio la vuelta y vio que se acercaba un camarero–. El fotógrafo quiere hablar contigo.

–Discúlpame.

Alim, siempre un caballero, se levantó mientras ella se marchaba.

Alim fue al salón de baile, miró hacia el palco, vio la puerta abierta y sonrió al imaginarse a Yasmin que se colaba. Luego, al darse la vuelta, se encontró con su hermano.

–Enhorabuena –dijo Alim

–Gracias.

Eso fue todo lo que pudo decirle en público.

James tenía la piel y el pelo más claros, pero el parecido no pasaba inadvertido cuando estaban juntos. Tuvieron que apartarse antes de que alguien viera la relación.

Alim contestó una llamada de Violetta que le dijo que el sultán de sultanes quería verlo. Las cosas estaban tensas entre Oman y él. Oman envidiaba la libertad de Alim y estaba amargado porque Fleur era el amor de su vida. Alim, en cambio, aunque lo respetaba en apariencia, lo censuraba en el fondo porque amaba a su madre y le disgustaba cómo la había tratado.

Inclinó la cabeza cuando entró en la suite real y le contó a su padre cómo transcurría la boda.

–Todo va como la seda.

Sin embargo, saber eso no mejoraba las cosas para Oman porque no podía ver cómo se casaba su hijo.

–¿Dónde está Yasmin? –le preguntó su padre.

–Hemos cenado y está en sus suite –contestó Alim sin alterarse–. La recepción acabará enseguida y verás a James y Mona mañana por la mañana.

Fleur acudiría allí muy pronto y supuso que su padre lo despacharía, pero no lo hizo y sacó una conversación muy antigua y

que siempre estaba presente.

–Quiero que vuelvas.

Alim no estaba de humor para eso, pero disimuló su irritación.

–Estuve el mes pasado en Zethlehan y volveré de visita oficial…

–Me refiero a que vuelvas para siempre –le interrumpió Oman.

–Eso no voy a hacerlo.

Ya lo habían discutido muchas veces. Alim se negaba a ocuparse del país para que su padre pudiera viajar más al extranjero, no iba a hacer nada para facilitar la humillación de su madre.

–Alim, tienes treinta y dos años. Ya ha llegado el momento de que te cases.

Alim no dijo nada, pero le indicó con la mirada que no necesitaba las instrucciones de un hombre que tenía esposa y amante. Él no engañaba nunca. Era muy claro en todas las relaciones y todas sus amantes sabían que solo ofrecía una aventura esporádica. Algunos decían que era arrogante, pero lo prefería a crear falsas ilusiones.

–Te elegiré una novia y te verás obligado a casarte –le amenazó su padre.

–Siempre tenemos alternativas.

Alim había probado una y otra vez el consejo que le había dado a Gabi hacía muy poco tiempo, hacía mucho tiempo que le había dicho a su padre cuáles eran sus límites y lo que no estaba dispuesto a hacer.

–Elegirme una novia sin mi consentimiento solo serviría para abochornar a la novia y a todo el país cuando el novio no se presente –le avisó Alim–. No voy a casarme por obligación.

–Alim, estoy mal.

–¿Cómo de mal?

Él no se fiaba de que su padre no estuviera exagerando para salirse con la suya.

–Necesito tratamiento y voy a tener que estar alejado de la vida pública durante seis meses por lo menos.

Alim escuchó los problemas de salud de su padre y tuvo que conceder, de mala gana, que iba a tener que librar una batalla.

–Ya sabes que haré lo que haga falta.

Sin embargo, esa no era la respuesta que quería su padre y presionó un poco más.

–Nuestro pueblo necesita buenas noticias y una boda podría complacerlos.

Alim no estaba dispuesto a que lo manipularan y se mantuvo firme, como siempre.

–Nuestro pueblo querría ver al sultán de sultanes en esa celebración. Mi boda sin la presencia de su padre daría a entender que el padre no aprueba la novia elegida por su hijo, y eso crearía nerviosismo entre nuestro pueblo –Alim vio que su padre apretaba los dientes–. Volveremos a hablar de esto cuando estés bien.

Su padre habría seguido discutiendo, pero Alim notó que Oman miraba hacia la puerta contigua y supuso que la amante de su padre había llegado.

–Nos veremos en el desayuno.

Alim inclinó la cabeza y se marchó. Recorrió el pasillo con el ánimo sombrío aunque pareciera tranquilo por fuera. No podía posponer para siempre la elección de una novia, pero tampoco quería vivir la vida que habían vivido sus padres. Pensó en su madre, que estaría sola en el palacio. Ella siempre había puesto buena cara y había sonreído a sus hijos como si todo estuviese bien. ¿Cómo iba a estarlo? No quería una novia elegida por su padre, quería… ¿Qué?

El desánimo no iba a mejorar. Se recordó que su amigo Bastiano iba a pasar por la ciudad la semana siguiente y que, seguramente, lo animaría. Sin embargo, Bastiano era otro rico playboy y los clubs y los casinos ya no le atraían tanto como antes. La verdad era que estaba cansado de su agotadora vida privada. Ya no sentía la emoción de la caza porque, después de haber pasado dos años en Roma, las mujeres lo cazaban a él.

Cruzó el vestíbulo y comprobó que los últimos invitados estaban marchándose. Subió las escaleras, abrió la puerta y entró en el palco. No vio a su hermana y supuso que estaría sana y salva en su suite. El fotógrafo había dejado parte de su equipo y se dijo que no podía olvidarse de cerrar con llave la puerta. Miró hacia el impresionante salón de baile. Los empleados estaban recogiendo las copas y las mesas, pero dejarían casi todo para el día siguiente. Todo había terminado.

La boda había sido su regalo a la pareja y Fleur había conseguido que se celebrara en el Grande Lucia, pero él no había participado casi en los preparativos. Había sido una boda maravillosa, pero, para él, habían sido un día y una noche desastrosos, menos el tiempo que había pasado con Gabi. Miró y la vio en medio de salón vacío. Había ido a pedirle que trabajara para él, pero había decidido que, dado cómo se sentía, sería una necedad, como mínimo, implicarse excesivamente. Entonces, sonrió al acordarse de cómo se había ruborizado ella cuando creyó que iba a pedirle que bailara con él. Además, él ya no estaba trabajando.

Capítulo 4

GABI quería irse a casa y que se le pasara el bochorno. No dejaba de darle vueltas en la cabeza a ese momento espantoso cuando había creído que Alim iba a sacarla a bailar.

Estaba en el salón de baile vacío y supervisaba el ligero caos que dejaba a su paso una boda que había salido bien. Los empleados habían recogido los platos y los vasos, las mesas estaban sin manteles y se habían amontonado las sillas. Solo tenía que llevarse el gramófono al coche y guardar con cuidado el disco de vinilo de los abuelos de la novia.

Sin embargo, podía esperar un momento. Era un salón de baile sencillamente magnífico. Se habían apagado las arañas de cristal y estaba iluminado por los deslumbrantes focos del techo que habían encendido cuando cesó la música y llegó la hora de que los invitados se marcharan. Fue a la caja de interruptores y fue apagándolos hasta que se quedó a oscuras. No encendió las arañas de cristal. No necesitaban electricidad para ser preciosas porque la luz de la luna entraba por las ventanas y era como si estuviese nevando dentro del salón. Hasta aparecieron unos árboles porque las sombras de las ramas se reflejaban en las paredes plateadas. Era como estar en un bosque gélido, tanto que hasta podía imaginarse el aliento condensado.

¿Qué había estado a punto de decirle Alim? Podían pasar semanas o meses hasta que volviera al Grande Lucia. Quizá no lo supiera nunca.

Oyó que se abría la puerta y se dio la vuelta dando por supuesto que era algún empleado que iba a llevarse los restos de la boda. Sin embargo, era Alim.

–Estaba…

¿Qué estaba haciendo? Estaba pensando en él. No se lo dijo, naturalmente.

–Todo ha salido muy bien –comentó él.

–Gracias.

En ese momento, debería recoger sus cosas y marcharse a casa, pero se quedó donde estaba. Estaba ardiendo por el rubor mientras Alim cruzaba la habitación y no supo qué hacer cuando él fue hasta el gramófono. Entonces, se estremeció. No fue porque hiciese frío, la temperatura era perfecta, se estremeció por un placer íntimo cuando oyó que la aguja rascaba el vinilo. Los sonidos del pasado volvieron a cobrar vida y se le grabaron en el corazón para siempre

cuando él se dio la vuelta, se dirigió hacia ella y, sin decir una palabra, la invitó a bailar.

Ella, sin decir una palabra, aceptó.

Su abrazo fue delicado y firme a la vez y su olor embriagador tenía algo desconocido que no podía identificar, pero, claro, todo le parecía desconocido esa noche.

Normalmente, se saludaban con cortesía. Sin embargo, las cosas habían cambiado esa noche y hasta el diplomático Alim parecía aceptar que estaban al borde de algo.

–Escucha –él le habló al oído y su voz grave fue cálida y placentera–. Solo doy problemas.

–Lo sé.

Él notó que ella asentía con la cabeza contra su pecho y que el tono de ella era de aceptación, no de resignación, por eso quiso dejar las cosas más claras.

–Si te gusto, el problema es el doble.

–Ya sé todo eso –replicó Gabi.

En ese momento, el problema estaba entre los brazos de él. A Gabi le daba igual y levantó la cara para mirarlo. Esa noche era su noche. Conocía su reputación y aceptaba que no fuera nada más que una noche, pero llevaba años amando platónicamente a Alim. Podría vivir con las consecuencias, pero también podía evitarse las lamentaciones. Se había imaginado su cuerpo durante años y lo había anhelado y, en ese momento, estaba apoyada en él. Era fuerte y delgado y se movía con tanta destreza al ritmo de la música que, por primera vez en su vida, no solo se sentía coordinada, sino que se sentía liviana. Se miraban fijamente a los ojos. No quería abandonar la calidez de su mirada y no tenía que hacerlo por el momento.

Alim, durante toda su vida, había hecho todo lo que había podido para mantener separadas la vida laboral y la personal. Le había parecido lo sensato, pero nada tenía tanto sentido como los pensamientos que se le pasaban por la cabeza en ese momento.

Una mujer.

Pensó en los muchos viajes a su país que le esperaban y en que volvería al Grande Lucia y que Gabi estaría en su cama. Pensó en ellos trabajando juntos y eso no le disuadió porque tendría ventajas para los dos.

Bajó la cabeza, sus labios rozaron los de ella y Gabi supo que nunca lamentaría eso. Su fantasía había sido un beso delicado, como uno dirigido a la mejilla que cambiaba de dirección a mitad de camino. Sin embargo, ese beso, su primer beso, era concluyente

y se derritió de felicidad.

Fue como si sus labios supiesen qué hacer porque se movieron y se adaptaron a la delicada caricia de los de Alim.

Él estaba acostumbrado a la esbeltez, pero sus manos recorrían unas curvas voluptuosas. Notó sus pechos en el pecho y, de repente, le pareció que nunca había tenido menos motivo para ser prudente. Quería tener a Gabi en la cama y no solo esa noche, por eso apartó la boca de la de ella.

–¿Estás saliendo con alguien? –le preguntó él.

Aunque estaba abrazándola y aunque notaba su erección en el abdomen, su pregunta fue tan aséptica y directa que a Gabi volvió a parecerle una entrevista.

–¿De dónde va a sacar tiempo una organizadora de bodas para tener vida social? –murmuró ella aunque estaba ansiosa de que volviera a besarla.

–Entonces, ¿es un problema para tus relaciones?

Él estaba tanteando, aunque descaradamente. Ella era sincera y eso la honraba.

–No ha habido ninguna relación.

Sus palabras lo alcanzaron directamente en las entrañas y Gabi notó que su erección se endurecía un poco más mientras la estrechaba contra él con las manos en las caderas. Cuando volvió a besarla, tuvo la extraña sensación de pánico sin miedo. El sabor íntimo de él la desconcertó un instante. La intensidad y profundidad del beso era mejor en la realidad que en sueños. Cuando lo imaginaba, no sabía bien qué hacer, pero allí, entre sus brazos, contenía el aliento en la boca mientras él recibía el beso de ella.

Creaban un sabor de avidez ilícita. La punta de su lengua tenía que ser como néctar para él porque la paladeaba con voracidad mientras ella se deleitaba con esa sensación nueva que era el roce de su mentón. Los pechos se le endurecían debajo del vestido al sentir las manos que le recorrían las curvas y al notar que le clavaba los dedos en las caderas para restregarse contra ella.

La dignidad no era el fuerte de Gabi. Se había resbalado y caído muchas veces. Esa noche, sin embargo, estaba bailando con el hombre de sus sueños. Se dijo a sí misma que solo era un baile, pero su cuerpo lo rebatió. Era mucho más que un baile.

Él se movió un centímetro y a ella le dio miedo dejarse llevar, volver a interpretar mal la situación, pero le pareció como si estuviesen destinados a acabar en la cama. Abrió los ojos dispuesta a más y se encontró con la mirada de pasión insaciable de él.

–¿Puede saberse en qué estaría pensando? –preguntó Alim.

Todavía no podía creerse que hubiera eludido aquel baile. Ella no entendió la pregunta y, como Alim no se la aclaró, tampoco intentó contestarla.

–Vamos a la cama –añadió él en nombre de los dos.

Capítulo 5

LE tomó la mano y salieron de la pista de baile, pero la soltó cuando llegaron a la puerta doble.

–Tenemos que ser discretos para que esto salga bien –comentó Alim.

Alim estaba hablando de las semanas y meses que quedaban por delante y ella solo estaba pensando en esa noche, pero, aun así, asintió con la cabeza. Estaba sonrojada y con la cabeza rebosante de hormonas y agradecía que él pudiera pensar en lo que ocurriría por la mañana. Su consideración hizo que ella también pensara en el día siguiente.

–Tengo que recoger mi abrigo o sabrán que me he quedado toda la noche.

–Muy bien. Despídete y diles que vas a recoger algunos vestidos…

Él sabía lo que hacía ella porque se había fijado… Normalmente, antes de marcharse a casa, Gabi subía la suite donde se cambiaban las damas de honor y se marchaba del hotel con los brazos llenos de tul. Ella parpadeó al darse cuenta de que lo sabía.

–Iré subiendo –añadió Alim–. Tengo un ascensor privado…

–Ya lo sé.

–Lo mandaré abajo otra vez.

Alim salió del salón de baile y ella lo siguió un rato después. No se parecía a ninguna otra noche. Él fue hasta su ascensor y abrió la puerta antigua mientras Gabi sonreía a Silvia, la recepcionista que estaba de servicio esa noche.

–Solo me falta recoger algunos vestidos y habré terminado –comentó Gabi–. ¿Puedo recoger también mi abrigo?

–Claro.

Gabi pasó detrás del mostrador, entró en un pequeño vestidor para empleados y se puso el abrigo. Luego, cruzó el vestíbulo como si fuera una noche cualquiera. Había una pareja muy ruidosa que esperaba al ascensor y ella supo que eran unos invitados a la boda. Además, giró la cabeza y vio un grupo de personas muy refinadas que entraban por las puertas giratorias. Nadie se fijaba en ella.

Las puertas del ascensor eran muy pesadas y, por un instante, no consiguió abrirlas y se preguntó si él se habría olvidado de desbloquearlas. Casi estaba fuera de sí, pero, entonces, las puertas se deslizaron hacia un lado. Entró y las cerró otra vez. El exótico olor de él seguía flotando en el aire y se apoyó en la pared

acolchada. La luz era tenue y tardó un segundo, quizá fueran diez, en grabarse ese momento en la memoria porque sabía que las cosas entre ellos no podían volver a ser así. Aceptaba que solo sería una noche, pero sería la noche de su vida y nunca se arrepentiría, se juró a sí misma.

Fue al pulsar el botón, pero el ascensor dio un salto y ella supuso que Alim habría adivinado que ya estaba dentro y que estaba esperando con impaciencia que llegara

Él había acelerado los acontecimientos porque estaba impaciente. Era una persona metódica. Estaba haciendo planes incluso mientras el ascensor la elevaba hacia él. Esa noche no era el momento de ofrecerle un puesto en el hotel y como su amante. Esperaría al día siguiente, cuando tuviera la cabeza más despejada. Por el momento, la llevaría a su habitación y haría el amor con ella muy despacio porque sabía que no tenía experiencia y que se merecía miramientos. Entonces, por primera vez, pensó en el día siguiente. Efectivamente, hacía planes… pero, en ese momento, ella apareció. Estaba sonrojada y sus manos se encontraron cuando fueron a abrir la puerta. Todo se precipitó. Los ascensores con puertas enrejadas no eran nada buenos para el dominio de uno mismo porque empezaron a besarse a través de las rejas. Fueron besos enfervorizados mientras se agarraban las manos. Era absurdo porque podrían estar juntos con solo separarse un segundo para abrir las puertas, pero les parecía que hasta un segundo era demasiado tiempo para estar separados.

Ella, por el bien de todos, se apartó mientras Alim abría la reja y, en vez de portarse con timidez, como había hecho en sus sueños, se abalanzó sobre él.

Él se preguntó cómo había podido resistirse tanto tiempo a ella.

–Me espantó que subieras con aquella rubia…

Eso indicaba celos, pero le pareció que podía decirlo y él supo muy bien a qué se refería.

–Recordarás que la mandé abajo otra vez –replicó él mientras la besaba contra la pared.

–¿Por qué? –preguntó él.

–Corría el riesgo de decir tu nombre.

–¿Por qué?

–Sabes por qué –en medio del pasillo, lejos todavía de la entrada de su salón, y más lejos todavía de su dormitorio, él recordó el incidente–. Porque estaba excitado por ti.

Estaba excitado por ella en ese momento. Ella tenía las manos entre su pelo y, aunque su beso era inexperto, su boca era tan ávida

que el esfuerzo se veía recompensado. Él la agarraba del trasero mientras se besaban y ella dejó escapar un «¡Ay!» cuando le hundió los dedos en el moratón.

–Me duele ahí –le explicó ella–. Es donde me caí.

Claro…

Parecía como si su piso estuviese en Venecia porque el pasillo era demasiado largo para los dos, tendría que acabar arrastrándola, como un corredor de maratón al llegar a la meta. Conservaba la decisión, pero había perdido la fuerza de voluntad en el mismo momento que él.

Él seguía besándola contra la pared, su lengua la obligaba a separar los labios y le agarraba las muñecas a los costados. Ella anhelaba tocarlo, pero la sujetaba con fuerza mientras la besaba, hasta que la soltó.

–A la cama –dijo él.

–Por favor –le pidió ella.

Cruzaron la puerta por fin y les recibió la calidez y el olor a madera de una chimenea encendida. Eso sorprendió a Gabi, quien se había esperado lujo, pero no calidez. Él estaba detrás de ella y la intención era llevarla a la cama, pero la habitación estaba tan cálida y era tan tentadora que empezó a bajarle la cremallera.

–Enséñame dónde te duele.

Gabi cerró los ojos con todas sus fuerzas porque quería estar completamente a oscuras antes de quedarse desnuda, pero el vestido ya estaba cayendo al suelo. Se había sentido guapa con él puesto, pero, en ese momento, le dio miedo que el contenido no pareciera tan delicioso al desenvolver el paquete. Sin embargo, oyó un leve gemido mientras él le pasaba un dedo por la espalda.

–Alim… –susurró ella cuando notó que él empezaba a bajarle las bragas.

Entonces, él se arrodilló y ella notó su boca y su aliento cálidos en el trasero. Le temblaron las piernas mientras las sacaba de las bragas. Él le separó los muslos con las manos y se quedó de pie con los preciosos zapatos de tacón puestos y las piernas un poco separadas. Le besó el interior de los muslos y el moratón, fue un placer, pero un placer que no podía durar porque los dos necesitaban más para que ese placer se mantuviera.

Entonces, él se levantó, le quitó el sujetador y le dio la vuelta. Estaba completamente vestido, como si acabara de entrar para comprobar cómo estaba su empleada, nada indicaba que hubiese estado entre sus muslos.

–Me siento en desventaja –reconoció ella, que solo llevaba los

zapatos puestos.

–Sin embargo, tienes toda la ventaja.

Ella podría ponerlo de rodillas otra vez si quisiera. En cambio, se quitó los zapatos porque hacían que se sintiera inestable… o era Alim. Él no dejó de mirarla a la cara mientras se quitaba la chaqueta. Gabi se quedó muy quieta, aunque jadeaba como si hubiese estado corriendo. Le tomó un pezón entre el índice y el pulgar y miró hacia abajo. Ella tragó saliva mientras él bajaba la cabeza y se lo lamía. Para equilibrarse, le puso una mano en la cabeza, pero él se la quitó. Sintió el pecho húmedo y frío de su boca mientras él se quitaba la camisa y la corbata.

Llevaba mucho tiempo queriendo verlo. Tenía la piel del color del caramelo quemado, su pecho era ancho y sus brazos, fuertes. Miró el vello que lo cubría en parte y la piel más oscura de sus pezones. También quiso lamerlos, pero se contuvo porque había otras exquisiteces.

Le pasó una mano por el brazo, algo inesperado para Alim, aunque le gustó la caricia delicada de su mano y el leve pellizco de sus dedos. Entonces, ella miró la hilera de vello y la protuberancia que se vislumbraba más abajo. Se mordió el labio inferior porque supo que esa noche iba a dolerle.

–Seré delicado.

–¿De verdad?

Lo preguntó con cierta ironía y en un tono provocador que ella no se había oído jamás a sí misma. Estaba acariciándole el vello del abdomen y llevó la boca a su pezón plano. Le lamió la piel salada y esa vez fue Alim quien le agarró la cabeza y gimió por el suave mordisqueo de sus dientes… y fue Gabi quien le bajó la cremallera.

Alim había previsto cierta reticencia, pero lo acarició con avidez. Los dos estaban desnudos y ninguno tenía la más mínima desventaja. Ella podía ver, notar y tocar el deseo de él, y le acarició el sexo antes de dejar la erección para reclamar su beso. Él estaba duro y húmedo contra su abdomen y ella estaba ardiendo por dentro. Había soñado con que la besaría en su cama, pero no pasaron de la chimenea. Se arrodillaron sin separar las bocas, sin dejar de darse besos húmedos y abrasadores mientras se sentaban en los talones. Tenía un cuerpo magnífico y le acarició los amplios hombros.

Siempre se había sentido rellenita, pero esa noche no se lo sentía. Él notó que esbozaba una sonrisa.

–¿Qué pasa? –preguntó Alim mientras separaba un poco la cabeza.

–Que siempre haces que quiera sentarme más recta.

–Entonces, siéntate más recta.

Tuvo que hacer un esfuerzo porque quiso doblarse por la mitad cuando le pasó la lengua por la clavícula. Luego, volvió a lamerle un pecho mientras le tomaba el pezón endurecido del otro entre el índice y el pulgar.

–Siéntate recta –repitió él cuando ella empezó a hundirse por sus diestras caricias, que cada vez bajaban más.

Apoyó las manos en sus hombros cuando introdujo los dedos en su abertura contraída. Ella dejó escapar un gemido de dolor y placer cuando la dilató para prepararla.

Ella no podía seguir sentada y él la tumbó en el suelo sin dejar de besarla y acariciarla. No la apremió con los dedos, aunque tampoco cesó ni un instante. Ella quiso apartárselos en un momento dado porque hacía que quisiera gritar, pero apretó los dientes en cambio. Él dijo algo en árabe y sus palabras, aunque no las entendió, reflejaban el mismo deseo incontenible que sentía ella. Era apasionado y sensual, no era nada frío mientras la llevaba por esos últimos pasos.

–Llega…

Él se pasó la lengua por los labios y ella supo que, si no llegaba sola, los labios de él se ocuparían de que lo hiciera. Sucumbió al placer y se dejó llevar. Estaba contraída alrededor de los dedos de él y levantó el trasero con los muslos muy pegados. Observar su placer era muy potente y tuvo que hacer un esfuerzo para dominar la necesidad de tomarla. También estaba sin respiración mientras ella estaba tumbada, saciada por el momento y con su propia mano sobre el triángulo de vello.

Además, no había mentido como habían hecho otras porque tenía sangre en los dedos cuando los retiró. En ese momento, irían al dormitorio, aunque volvió a acariciarle los muslos. Ella, sin darse cuenta, los separó y esperó su beso en la boca. Él se debatió con la tentación y perdió.

–Va a dolerme –comentó ella dividida entre el miedo y el deseo.

–Un poco –reconoció él.

Sin embargo, estaba húmeda y entró con cierta facilidad a pesar del tamaño. No se parecía nada a lo que se había imaginado. En sus sueños, la tomaba con delicadeza y naturalidad mientras le decía que la amaba. En la realidad, le rasgaba la carne y le dolía cada vez más mientras la penetraba. Sin embargo, prefería lo segundo.

–Gabi…

Había jurado que solo entraría un poco, pero era demasiado

tentador y el olor del sexo lo apremió tanto que embistió a fondo. Ella se lamentó en voz alta y él se maldijo por su falta tacto. Se quedó inmóvil. Ella tardó un momento en adaptarse, en reponerse, y entonces le pidió que lo repitiera. Alim obedeció una y otra vez.

Dieron vueltas mientras se besaban, se dieron un placer inimaginable y ella, la virgen, lo arrastró al límite, aunque hizo un esfuerzo para no llegar. Su vida, su identidad y hasta su simiente estaban protegidas.

Sin embargo, tenía el abdomen tenso. No se retiró ni ella se resistió. Al contrario, le rodeó la cintura con las piernas y esa vez, cuando Gabi alcanzó el clímax, fue con toda su gruesa extensión dentro. Él notó la palpitación de ella.

–Alim…

Fue una súplica para él, quien se olvidó de contenerse y explotó dentro de ella. El gemido de él hizo que ella dejara escapar un grito, que él sofocó con un beso. Se quedaron tumbados hasta que la habitación y sus cuerpos se enfriaron. Sin embargo, el fuego de la pasión no se había apagado.

–A la cama –dijo Alim mientras se levantaba y la ayudaba.

Capítulo 6

SIEMPRE había sido cuidadoso. ¡Siempre! Hasta esa vez.

Esa noche no podía compararse con las demás. Habían vuelto a hacer el amor y después, en vez de quedarse dormidos, se habían quedado hablando y bebiendo agua muy fría. Era refrescante y hasta los errores se perdonaban.

–Mañana me ocuparé de que te vea un médico –le dijo a Gabi mientras hablaban de la píldora del día siguiente.

–Yo lo resolveré –replicó ella, que no iba a ver a un médico allí.

–Te pido disculpas.

–No lo hagas, por favor.

Ella no lo cambiaría. Si acaso, si pudiera, habría estado mejor preparada y habría tomado la píldora, pero jamás podría haber previsto que esa noche sus sueños se harían realidad. Había anhelado a Alim durante años, en la distancia, y en ese momento estaba allí y era mejor incluso que lo que había soñado. Era posible que no tuviese experiencia, pero conocía lo bastante a Alim como para que le sorprendiera que después hablaran con esa naturalidad. Había sabido que sería un amante magnífico, pero le sorprendía que después se sintiera como si estuviese charlando con un amigo. Jamás se había imaginado que pudiera pasar con Alim. Sin embargo, estaban hablando de lo irreflexivos que habían sido e hicieron planes para remediarlo ese mismo día.

–Lo resolveré –repitió ella–. Te aseguro que no me apetece acabar como…

–¿Como quién? –preguntó Alim cuando ella no acabó la frase.

–Como mi madre. No quiero decir que no quiera parecerme a ella, quiero decir que no quiero lamentar…

Lo dijera como lo dijera, iba a sonar mal.

–Cuéntamelo.

Él se lo dijo como se lo había dicho cuando hablaron fuera del salón de baile, pero esa vez estaba entre sus brazos.

–Fue un accidente –le explicó Gabi–. Un accidente que todavía está pagando.

–No puede ser –replicó Alim–. ¿Y tu padre?

–No sé quién es ni falta que hace, no necesito saberlo…

Sin embargo, sí lo necesitaba. Muchas veces, la necesidad de saberlo era tan fuerte que no podía soportarla. Sin embargo, le quitó hierro, como hacía siempre.

–Habían aceptado a mi madre para que estudiara en la

universidad, pero tuvo que renunciar para criarme.

–Tú no tienes la culpa de que no siguiera sus sueños.

–Yo lo siento así –reconoció Gabi–. Si no me hubiese tenido a mí…

–Entonces, habría buscado otra excusa.

–Eso es implacable.

–Es posible –reconoció él con una sonrisa cuando ella lo miró.

–¿Siempre eres tan directo?

–Siempre.

Esa vez fue Gabi quien sonrió.

–Entonces, ¿organizar bodas es tu sueño?

Gabi asintió con la cabeza. Le contó lo de la harina y el azúcar que sacaban de sus casillas a su madre cuando era una niña.

–Cortaba flores en el parque para el ramo y me pasaba todo el día cerciorándome de que todo estaba perfecto –se quedó pensativa un momento–. Estaba muy preocupada por esta boda. Fue muy precipitada, pero, cuando vi bailar a James y Mona, supe que todo saldría bien.

–¿Por qué lo sabes?

–Se nota –contestó Gabi–. Ella fue una novia muy complicada, pero parecen muy felices cuando están juntos.

A él le gustó oírlo porque quería que su hermano fuese feliz. Era algo que no buscaba para sí mismo. No creía en los matrimonios felices. Lo habían criado con la idea de que el matrimonio era un acuerdo interesado y una obligación, que la felicidad se buscaba en otro sitio. Naturalmente, las cosas eran distintas para James porque él no tenía la carga de ser el heredero de su padre. Efectivamente, en ese momento reconocía que a veces le parecía una carga.

La noche se desvanecía, pero no pensaban en dormir cuando estaban charlando. Gabi le trazaba círculos en el pecho con los dedos y a él le parecía relajante y un poco excitante. Le gustaba la curiosidad que sentía por su cuerpo y su conversación hacía que él sonriera mientras se quejaba de Bernadetta y el infierno que había sido sacar esa boda adelante… hasta que se pasó de la raya.

–Va a pagarla la madre del novio.

–¡Gabi! –le regañó él.

–¿Qué?

Estaba pesando darle un puesto de mucha responsabilidad y ella divulgaba información confidencial sin ningún reparo.

–No deberías hablar de esas cosas.

–Vamos… No estoy en la barra del bar, estoy en la cama con el jefe. Ella te paga a ti, ya deberías saberlo.

Entonces, ella sonrió y fue como un arco iris, y él también sonrió.

–De acuerdo –concedió él antes de tirar de ella para que apoyara la cabeza en su pecho.

–Sin embargo, es raro –siguió ella aunque estaba pensando en voz alta, algo que le resultaba muy fácil cuando él estaba acariciándole el pelo–. Normalmente, pagan los padres de la novia, o a medias…

–Es posible que los padres de Mona no sean ricos –replicó Alim encogiéndose de hombros.

–Es posible –Gabi bostezó–. Fleur, evidentemente, sí lo es. Me intriga.

–¿Quién?

–Fleur –contestó Gabi–. La madre del novio.

Alim no dijo nada.

–No consigo saber si está divorciada, si es viuda o si es soltera como mi madre.

–¿Importa algo? –preguntó Alim.

–Seguramente, no.

Claro que importaba, pensó Alim, o pronto importaría. Sabía que los empleados cotilleaban mucho y Gabi se enteraría muy pronto del título que tenía él, y quedaría muy claro que los invitados reales que estaban esa noche en el hotel eran familiares suyos. Quizá su debacle llegase cuando Gabi viera las fotos de la boda. Habían hecho el amor y se habían mirado al fondo de los ojos. Él sabía que era una versión morena de James, y Gabi también podría verlo. Era lo suficientemente perspicaz como para atar cabos.

Sin embargo, no le aclaró nada en ese momento, ya tendría tiempo al día siguiente. Quería que no quedara en una noche, pero sabía que tenía que pensar bien las cosas. Además, Gabi estaba dormida en ese momento.

Cuanto más intentaba disuadirse a sí mismo de los planes que estaba haciendo, más sentido tenían. Sabía que los meses venideros, con su padre enfermo, iban a ser complicados. No podía posponer el matrimonio para siempre, pero sí podía retrasar las cosas. ¿Y qué retraso más delicioso que ese?

No esperaba que Gabi estuviese a su entera disposición mientras él seguía a lo suyo, sería fiel. Un año quizá. Daría resultado para los dos. Sus evaluaciones se basaban en el sentido práctico. La carrera de ella prosperaría una vez lejos de Bernadetta y durante ese año complicado podría volver a Roma con Gabi. El palacio no tendría que sortear ningún escándalo, sobre todo, cuando él empezara a

tener un papel más relevante durante el tratamiento de su padre.

Era lo bastante arrogante como para dar por supuesto que Gabi no tendría ningún inconveniente con lo que estaba a punto de proponerle. Al fin y al cabo, las mujeres nunca lo habían rechazado y nunca había ofrecido a una mujer lo que iba a ofrecerle a Gabi. Aparte del compromiso con su país, era el mayor compromiso que había adquirido y lo había hecho en la tranquilidad de la noche mientras ella estaba dormida.

El cielo era gris con tonos plateados mientras el sol salía en un día muy frío y pensó en el vestido de ella, que estaba en el suelo de otra habitación, y en el cuerpo cálido y suave que abrazaba.

Gabi se despertó al notar sus manos y giró la cara suponiendo que estaría dormido, pero lo encontró despierto y mirándola.

Él vio que parpadeaba levemente y que giraba la cara para mirarlo. Temió que pusiera una expresión de disgusto o de pánico cuando recordara la noche anterior, pero ella sonrió y sus ojos somnolientos se clavaron en los de él.

–La mejor de las noches –comentó ella.

Lo había sido y esas eran las palabras exactas que él quería oír, porque no había ni rastro de arrepentimiento en su sonrisa ni en sus ojos, solo había deseo… y él seguía sintiendo lo mismo.

Había estado pensando mientras Gabi estaba dormida y, efectivamente, seguía queriendo más de una noche.

–Fleur no pagó la boda.

Vio que ella fruncía el ceño por el tema de conversación tan raro que había elegido cuando estaban abrazados y deberían darse un buen beso. Ella no captaba todavía que era la conversación más íntima que había tenido Alim en toda su vida.

–Fue mi regalo a Mona y James.

–¿Por qué?

–Porque James es medio hermano mío.

Ella frunció más el ceño y se pasó la lengua por los labios mientras intentaba asimilarlo. En ese momento, después de que él lo hubiera dicho, podía ver que James y Alim se parecían. Había empezado a verlo la noche anterior, cuando observó a la pareja bailando, o, mejor dicho, había visto algo en James que le había resultado raro. En ese momento, cuando lo sabía, se sintió ridícula por no haberlo visto mucho antes.

–Fleur es la amante de mi padre –le explicó Alim.

–No lo entiendo.

–Te lo contaré –hubo algo en su tono y su mirada que le indició a Gabi que iba a contarle algo muy importante–. Fleur era la

amante de mi padre, pero mi abuelo no la consideraba una novia adecuada. Cuando se quedó embarazada de James, mi abuelo llamó a mi padre y concertó su matrimonio con mi madre aunque él amaba a Fleur.

–¿Por qué aceptó casarse con una mujer si amaba a otra?

–Porque no tenía alternativa. Su padre era el sultán de sultanes y su palabra era la ley. Ese título lo tiene ahora mi padre.

Notó que a ella se le ponía la carne de gallina.

–¿Y en qué te convierte eso a ti?

–En sultán, y gobernaré algún día.

–¿Por qué me cuentas todo esto?

–Porque mi padre está en el hotel y los empleados verán enseguida nuestra conexión familiar, y tú también la habrías visto.

–Pero ¿por qué me lo cuentas ahora? –insistió ella.

–Porque las cosas están cambiando en mi país. Mi padre está enfermo y voy a tener que ir allí muchas veces durante los próximos meses…

Ella siguió mirándolo con perplejidad y él se lo aclaró un poco más.

–Quiero pasar más tiempo contigo cuando esté en Roma. Anoche iba a pedirte que fueras la coordinadora de actividades del Grande Lucia.

Era la oferta de su vida, era increíble, le abría la puerta a un porvenir brillante y Gabi se dio cuenta de que podía haberlo tirado por la borda por pasar una noche en su cama. Aun así, no la habría cambiado por nada del mundo.

–¿Estás reconsiderando la oferta porque ha pasado algo entre nosotros? –preguntó Gabi.

–La he corregido –contestó él con una sonrisa–. ¿Qué te parece un contrato de un año?

–¿Un año?

–Eso te libera de Bernadetta. Aquí conseguirías muchos contactos durante ese tiempo.

–¿Acostarme contigo entra en el contrato?

–Gabi… –él captó la indignación de ella, pero contestó con serenidad–. Creo que, después de anoche, no vamos a poder trabajar juntos y mantener una relación estrictamente laboral. Naturalmente, seremos discretos delante de los empleados, pero…

–Lo tienes todo muy pensado, ¿no?

–Sí, la verdad es que lo he pensado mucho.

Ella había entrado allí la noche anterior con el convencimiento de que habría acabado por la mañana, y, en realidad, eso la había

tranquilizado. Alim había reconocido que era un libertino y el corazón de ella no tenía la elasticidad necesaria para ir cuando él quisiera a su dormitorio y que acto seguido no le hiciera ningún caso. Estaba atónita.

–¿Qué pasará cuando aparezca otra?

Ella fue directa y a él le gustó.

–Alim, me tomo en serio mi profesión…

–Y te admiro por eso. No voy a alterarla. Además, no habrá nadie más.

–¿Por qué un año?

–Porque me reclamarán en mi país para que me case.

Fue despiadado decírselo mientras la abrazaba.

–Gabi –siguió él al sentir que se había quedado rígida–, por favor, escúchame. Cuando Fleur se quedó embarazada, mi abuelo impuso un mandato prematrimonial a mi padre. Es una ley muy severa destinada a someter a un novio reacio y dice que no puede tener amantes salvo en el desierto.

–¿En el desierto? ¿Te refieres a un harén?

–A eso se refería entonces. Podrían haberlo sorteado, pero Fleur se negó a ser su amante del desierto.

–No me extraña.

–Cuando James iba a nacer, mi madre estaba embarazada de mí. Fleur dio a luz en Londres y mi padre no pudo acudir. Sin embargo, más tarde, cuando tuvo herederos, las cosas fueron más fáciles para los dos y mi padre pudo viajar más…

Gabi no quería oírlo. Se sentó y se cubrió con la sábana.

–Esta conversación es medieval.

No le gustaba lo que estaba oyendo, la desasosegaba, pero Alim siguió sin perder la calma.

–Cuando veas al médico esta mañana, quizá deberías hablarle de tomar la píldora. Puedo organizar que venga a verte aquí…

–Yo organizo mis citas, Alim, y no necesito que me digan lo que tengo que pedir. No necesito tomar la píldora porque no voy a ser tu mantenida.

–Amante –le corrigió él porque eran dos papeles muy distintos.

–No voy a ser tu amante durante un año hasta que tu padre te reclame.

–Lo he pensado mucho.

–¿De verdad?

–No veo el inconveniente.

–Para empezar, que lo hayas dado por supuesto.

Gabi se levantó de la cama y fue a la ducha. Estaba dolorida por

la noche anterior y la cabeza le daba vueltas por todo lo que le habían dicho. Además, él estaba equivocado cuando decía que no alteraba profesiones… Salió de la ducha, se cubrió con una toalla y volvió al dormitorio.

–¿Qué me dices de Marianna? Le ha entregado años de su vida al Grande Lucia y la despachas así.

Quiso chasquear los dedos, pero los tenía mojados y no pudo.

–Quiere trabajar menos horas –contestó Alim–. Le daría un papel consultivo.

Ella lo miró y, durante un segundo, le pareció que no era tan despiadado. Entonces, alargó una mano, le quitó la toalla y la dejó desnuda. Sería despiadado para su corazón, pero su cuerpo lo anhelaba. Sería una estupidez no tomar la píldora porque, en ese momento, lo único que quería era volver a la cama.

–Ya sé que son muchas cosas –siguió él–, pero piénsalas por lo menos.

Él no entendía la rabia de ella. Al fin y al cabo, la mayoría de las mujeres ansiaban estar más tiempo con él.

–¿Habrías preferido que solo hubiese sido una aventura de una noche?

–Sí –ella se rio con cierta incredulidad–. Sí –repitió porque no podía lidiar con todo eso.

–Mentirosa.

Gabi lo miró a los ojos y dejó de reírse porque empezó a darse cuenta de que él lo decía en serio.

–¿Un año a tu disposición? –le preguntó en tono burlón.

–Funciona en los dos sentidos –contestó Alim–. Yo también estaría a tu disposición.

Vio que a ella se le sonrojaban las mejillas y el pecho porque intentaba indignarse. Observó que se levantaba para ponerse las bragas y que volvía a sentarse para ponerse el sujetador. Él también se sentó, se lo enganchó y le dio un beso detrás del cuello. Se lo lamió mientras se movía para sentarse desnudo detrás de ella y le acariciaba los pechos.

–Alim…

Él sabía que ella no podía levantarse e introdujo una mano por dentro de sus bragas. Estaba irritada e inflamada por la noche anterior y sus dedos no estaban allí para aliviarla. Ese amor dolería y sería amor, quizá ya lo fuera, pero un año a su entera disposición solo lo cimentaría.

–Alim…

Quería darse la vuelta entre sus brazos y abrazarse a él, pero él

solo aumentó la presión y siguió recorriéndole el cuello con la boca mientras alcanzaba el clímax.

Entonces, la soltó y ella consiguió levantarse.

–La oferta está hecha –comentó él.

El placer quizá hubiese sido para ella, pero Alim sabía que había compensado contenerse porque ya se anhelaban el uno al otro.

Vestirse y marcharse era lo que más iba a costarle en su vida, pero necesitaba el frío gélido de la mañana de invierno para aprender a respirar otra vez y para intentar pensar. Sin embargo, él no había terminado de desconcertarla.

Alim abrió el cajón de su mesilla. Los rumores eran ciertos porque allí, en un platito, como si fueran chocolatinas de menta para después de la cena, había una colección de diamantes. Brillaban a la luz invernal y solo uno de ellos podía facilitarle mucho los meses venideros.

–Elige uno –dijo Alim–. Luego, mañana…

–No voy a ser tu… prostituta.

–La tradición de mi país es…

–Estamos en Roma, Alim –le interrumpió ella.

Apretó los labios con rabia, lo miró fijamente y salió a la sala para buscar su monedero. Él le daba confianza en sí misma y se sentía envalentonada. Era como si él le diera permiso para ser ella misma… y estaba furiosa.

–Toma…

Abrió el monedero y lo vació en la cama. No era gran cosa, muchas monedas y algunos billetes, pero los sacó todos para que él se convirtiera en el prostituto.

–Disfruta, cariño.

Ella se alejó y él, para sorpresa de los dos, se rio. No se reía nunca, y menos por la mañana, pero eso era lo que estaba haciendo. Además, cuando oyó el portazo, Alim estuvo seguro de una cosa, la quería en su cama otra vez.

Capítulo 7

EL sultán de sultanes ya puede recibirlo.

Alim le dio las gracias a Violetta cuando lo llamó para decirle que su padre ya estaba preparado. Se había duchado, se había puesto unos pantalones de lino negro y una camisa blanca e, impacientemente, había esperado que lo llamara.

Había esperado con impaciencia ir a desayunar con los recién casados para hablar tranquilamente con ellos. En ese momento, sin embargo, esperaba con impaciencia el resto del día… y el año que se avecinaba.

Sabía que había abrumado a Gabi y que era difícil asimilarlo, pero estaba seguro de que habría esperanzas para ellos una vez que lo hubiese pensado. No esperaba con impaciencia solo las noches que lo esperaban, sino también los días de trabajo. Se había enamorado de ese hotel a primera vista. Estaba en mal estado y un tanto abandonado, pero él le había devuelto la vida. Con Gabi de coordinadora de actividades, esperaba con impaciencia muchas cosas en distintos terrenos.

Violetta estaba esperándolo en la puerta de la suite real. Le sonrió mientras se acercaba y llamó tres veces para indicar que había llegado. Él abrió la puerta y entró esperando encontrarse con su familia, pero solo estaba su padre.

–Alim –le saludó su padre en un tono no muy acogedor.

–¿Dónde están Mona y James? –preguntó él después de haber inclinado la cabeza.

–De camino a París –contestó Oman–. Les pedí que pasaran por aquí un poco antes.

–Estoy seguro de que han agradecido que les llamaras temprano la mañana siguiente a su boda.

Alim sabía que el sarcasmo era una pérdida de tiempo con su padre. Sin embargo, también sabía desde hacía mucho tiempo que, si quería tener una relación con James, tendría que labrársela él solo. Cuando descubrió que tenía un medio hermano, en vez de pasarlo por alto, como les habría gustado a sus padres, él quiso conocerlo. Había mantenido viva esa relación con su hermano mediante llamadas, mensajes y visitas, y seguiría haciéndolo. Vería a los recién casados cuando volvieran a Roma o podría encontrarse con ellos en París. También le gustaría ver a Kaleb.

–¿Dónde está Yasmin?

–Violetta me ha dicho que se siente mal –contestó Oman–. Creo

que tiene una migraña; anoche pasó demasiadas emociones.

O bebió demasiado champán, pensó Alim aunque no dijo nada y dejó que su padre siguiera hablando.

–No me importa mucho porque quería hablar contigo a solas. Hay que hablar de muchas cosas después de lo que te dije anoche.

–Muy bien.

Se había preparado una mesa de nogal resplandeciente y un auténtico festín esperaba en un enorme carro de plata. Alim se dio cuenta de que no había ningún empleado, como era la costumbre cuando iba a tratarse algún asunto oficial. Alim no estaba de humor para un desayuno de trabajo, pero sabía que habría que resolver muchas cosas por la enfermedad de su padre. Si hubiesen estado en Zethlehan, quizá hubiese estado presente un anciano por si surgían asuntos delicados, pero, en ese momento, estaban ellos dos solos.

Alim sirvió a su padre y luego se sirvió a sí mismo. Oman prefería fruta y, normalmente, él también, pero esa mañana se sirvió una ración generosa de *shakshuka*, unos huevos escalfados con una salsa especiada. Había varios cocineros en el Grande Lucia, y, entre ellos, dos de Zethlehan que había llevado él mismo.

–El brunch de Oriente Próximo del hotel gusta cada vez más. Ahora hay que reservar mesa con antelación –comentó Alim mientras se sentaba.

Oman no dijo nada. No aprobaba que Alim tuviera inversiones en el extranjero y le molestaba especialmente la pasión que sentía su hijo por ese hotel.

Entonces, Oman lo dijo. No levantó la mirada, lo dijo con la misma despreocupación que si hubiese pedido más té.

–Llevo un tiempo pensando en apelar al mandato prematrimonial.

Alim, quien había previsto muchas cosas para el año que se avecinaba, no se había imaginado eso en ningún momento. En ningún momento. Su padre detestaba ese mandato que le habían impuesto a él y él no podía creerse que fuese a aplicarlo a su hijo.

–No hace falta –replicó Alim sin inmutarse aunque, inusitadamente, estaba alterado.

–Pues lo parece. Llevo muchos años queriendo elegirte una novia.

–Y yo te he dicho que no me voy a casarme por imposición –replicó Alim en un tono todavía sereno aunque ligeramente amenazante.

Alim miró a su padre. Eso no era solo inesperado, era vengativo.

–Tú detestas ese mandato –le recordó Alim.

–Tiene sus virtudes. Mi padre eligió bien. Tu madre es una reina ejemplar y nuestro pueblo la adora.

–Y tú detestas que no pudieras casarte con Fleur.

Dijo su nombre en voz alta, no era el momento de andarse con evasivas.

–Detestas que tu primogénito no tenga un título y que no se reconozca a la mujer que amas –Alim intentó mirar a su padre, pero Oman no lo miró a los ojos–. No puedes hacer eso.

–Ya lo he hecho. Informé esta mañana a los ancianos. A partir de ahora, eres sultán electo.

Eso significaba que Alim era sultán a la espera, entre otras cosas, de tener pareja. A partir de ese momento, tenía que mantener… abstinencia sexual para no avergonzar a una posible novia. No podía… aliviarse salvo en esos momentos discretos en el desierto.

–No puedes obligarme a que me case –repitió Alim elevando la voz.

Él no gritaba jamás, pero esa mañana gritó. Oman no se inmutó y, efectivamente, su padre quería vengarse porque esbozó una sonrisa sombría antes de replicar.

–Sin embargo, sí puedo hacer que tu vida de soltero sea un infierno. Ya te has divertido, Alim, ya es hora de que madures.

Un año.

Gabi se había ido a casa hecha una furia por lo que le había propuesto Alim. Sin embargo, su piso estaba frío y se acordó de la calidez que acababa de abandonar y de la felicidad de la noche anterior.

Ya debería haber acabado. En ese momento, debería estar aceptando que ya no iba a estar más con él, aunque hubiese sido maravilloso. Sin embargo, su cabeza le daba vueltas a la posibilidad de que hubiese algo más.

No le había dado tiempo ni de hacerse un café cuando Bernadetta la llamó.

–Esta tarde tengo una cita con una novia, pero me ha vuelto el vértigo y no voy a poder acudir…

Gabi cerró los ojos mientras Bernadetta seguía dándole una de sus excusas.

–¿No puede posponerse para mañana?

Ella, aparte de todo lo que había pasado con Alim, había trabajado hasta medianoche y todavía tenía que hacer muchas cosas ese día. Tenía que devolver el gramófono y el disco a los abuelos,

que vivían bastante lejos, tenía que recoger vestidos y tenía que hacer centenares de cosas que pasaban desapercibidas, pero que conseguían que la boda del día anterior fuera perfecta para la familia.

–No quiero defraudar a un posible cliente –contestó Bernadetta–. Gabi, no tengo fuerzas. Es una boda de verano que se celebrará en el Grande Lucia. Tú vas a estar allí en cualquier caso.

–No tengo traje –le recordó ella a su jefa–. Bernadetta…

Gabi no siguió y se dio cuenta de que había estado a punto de negarse, había estado a punto de plantarle cara a Bernadetta y no solo por la fuerza que le daba la oferta que le había hecho Alim esa mañana. Había recordado la conversación de anoche. Estaba cansada de que la llevaran de un lado a otro y sabía que valía mucho más que el trato que le daba Bernadetta, pero se mordió la lengua por el momento.

Tenía que meditar bien el paso siguiente y, en vez de mantenerse firme, se cepilló la falda, cosió la chaqueta lo mejor que pudo y volvió al Grande Lucia. Había mucho ajetreo en el vestíbulo y se sacaban enormes carros de latón con maletas muy caras.

–¡Gabi!

Se dio la vuelta y sonrió al ver al fotógrafo.

–¿Qué tal te fueron las cosas anoche? –le preguntó ella.

–Seguramente, no tan bien como a ti –contestó él mientras sacaba una de las cámaras–. La dejé en el palco y la programé para que sacara fotos intermitentemente hasta las doce.

Gabi empezó a ruborizarse al darse cuenta de lo que podía haber captado. Le enseñó la cámara y ella no pudo mirar la pantalla porque le aterraba lo que podía ver.

–No es parte el álbum para los novios, pero es una imagen preciosa –comentó el fotógrafo.

Gabi pensó que había sido otra metedura de pata y se arrugó, pero hizo un esfuerzo para mirar la pantalla. Entonces, volvió toda la magia de la noche anterior. Allí estaba ella, en la impresionante pista de baile, dando vueltas en brazos de Alim. Era tan bonita como cualquier foto de boda profesional, pero era casi imposible hacerse a la idea de que era su primera noche juntos y de que, en ese momento, no se habían besado siquiera. Sabía el segundo exacto en el que se había sacado la foto. Había sido cuando Alim le había avisado de que solo daba problemas y ella había levantado la cara. Había captado perfectamente el momento porque ella lo miraba a los ojos y Alim la abrazaba con delicadeza y firmeza a la vez.

–¿Quieres que la borre? –le preguntó el fotógrafo.

–No.

–Eso me había imaginado. Te la mandaré.

El fotógrafo se marchó y Gabi quiso gritarle que no se olvidara de mandársela, pero vio a Fleur, que le hacía un pedido a una doncella en uno de los salones adyacentes. Esa mujer siempre la había intrigado, pero nunca tanto como en ese momento. ¿Sería solitaria la vida de Fleur? Claro que tenía que serlo, pero Alim no le había propuesto lo mismo. El suyo era un plan casi laboral, un plazo soportable. Un año. Se lo repitió otra vez, pero con más emoción. No había salido con un hombre, pero sabía por lo que le habían contado sus amigas que la mayoría de las relaciones no llegaban a durar tanto. Lo que le había indignado había sido que él hubiese dado por sentado que accedería sin dudarlo.

–¡Gabi! –Anya, la recepcionista, la llamó y ella se dio cuenta de que el ajetreo del vestíbulo había aumentado–. ¿Te importaría apartarte? Hay unos VIPs que están a punto de marcharse.

–Claro.

Unos hombres con traje oscuro cruzaron el vestíbulo y ella supo que eran del servicio de seguridad del hotel, y que estaba a punto de ver al sultán de sultanes. Miró mientras el séquito recorría el vestíbulo. Había una joven con una melena morena, un vestido de terciopelo color mostaza y unos zapatos planos con joyas. Era muy hermosa aunque tenía los ojos tapados por unas gafas de sol. Entonces, vio a un hombre con una túnica negra y una kufiya de color plateado. Notó que el aire le quemaba los pulmones porque sabía que era el padre de Alim. Era su versión madura y tenía su mismo aire de autoridad y elegancia.

El gerente estaba en el vestíbulo para despedir a los huéspedes reales. Normalmente, lo habría hecho el propietario, pero daba la casualidad de que el propietario era su hijo. Todo cobraba sentido. Desde la insistencia de Fleur para que se celebrara allí hasta los pocos invitados por parte del novio.

Entonces, todo acabó. La comitiva salió, se montó en los coches que les esperaban y se marchó. Ella miró a Fleur, quien estaba en el salón, sentada muy recta y muy digna, pero espantosamente sola. Vio que sacaba un pañuelo del bolso y que se lo llevaba un instante a los labios para dominarse. El sultán de sultanes no le había dado un beso de despedida, ni siquiera le había dirigido una mirada. No había recibido ni el más mínimo reconocimiento público del hombre al que había dado un hijo.

Sin embargo, lo que Alim le había propuesto esa mañana era distinto. Era un año de su vida y, hasta la noche anterior, no había

conocido la vida amorosa. Solo había trabajado, lo que le encantaba, naturalmente, pero podría disfrutar de las dos cosas durante un año.

¿Qué pasaría después?

Vio que Fleur se dirigía hacia los ascensores y que, por primera vez, tenía los hombros un poco hundidos. Estaba derrotada. Sin embargo, eso no le pasaría a ella porque sabía perfectamente dónde se metía. El propio Alim le había dicho que sería una amante, no una mantenida.

¿Qué pasaría después? No podía pensar en eso en ese momento porque iba a aceptar.

No había tenido que pensarlo durante días. Solo había tardado unas horas y, una vez tomada la decisión, sentía el corazón rebosante de esperanza.

Entonces, como si quisiera corroborar su decisión, vio que se abría la puerta del ascensor privado que la había llevado a su suite. Alim salió y el corazón le dio un vuelco. Estaba recién afeitado e inmaculado. Sin embargo, en vez de no hacer caso a Fleur, como había hecho antes, vio que se paraba y hablaba con ella.

Fue una conversación tensa.

–Intenté disuadirlo, Alim –afirmó Fleur–, pero los dos sabemos que no me hace mucho caso.

Alim dejó escapar una risotada amarga porque acababa de hablar por teléfono con su madre. Le había implorado que intentara que Oman cambiara de idea, pero su respuesta había sido casi idéntica.

–Te hace más caso del que crees –replicó Alim–, lo que pasa es que no le plantas cara.

–¡Entonces, inténtalo tú! –exclamó Fleur en un tono cansado.

Lo haría. Respetaba el título de su padre, pero no siempre respetaba a la persona en sí. Sin embargo, era el sultán y su palabra era la ley.

Él había intentado convencerse de que no todo tenía que cambiar porque se hubiese apelado al mandato. Tendría más obligaciones mientras durara el tratamiento de su padre, pero podría seguir con su trabajo allí. Entonces, vio a Gabi en el vestíbulo con ese traje espantoso. Sin embargo, en ese momento, después de haberse acostado con ella, le parecía más hermosa que nunca y se dio cuenta de que todo había cambiado.

Las verdaderas repercusiones empezaban a asaltar su mente.

Ni siquiera se trataba de sexo porque no podría mantener una conversación íntima ni trabajar con una mujer que le hacía pensar

en eso. Además, era posible que ni siquiera pudiera cumplir la ley cuando Gabi estuviera cerca. Solo podía esperar que siguiera de uñas contra él, como cuando se había marchado esa mañana, para no tener que hablar con ella.

En ese momento, solo podía pensar en los minutos siguientes y cruzó el vestíbulo sin hacer caso de la mirada de ella. Quería salir y pasear por las calles de Roma.

Cuando llegó a la puerta giratoria, ya había cambiado de opinión porque él no eludía los problemas. Dio media vuelta y se dirigió hacia Gabi vio su sonrisa y supo que iba a aceptar la propuesta que le había hecho. También vio que se le esfumaba la sonrisa a medida que se acercaba.

–Esa oferta…

Alim titubeó. Había tenido razón cuando había dicho que sería imposible trabajar juntos y no acostarse.

–Sí…

No era el lugar para explicarle el mandato, pero tampoco podían estar solos. Se acordó de ella esa mañana en la cama, de cuando se envolvió en la sábana mientras él intentaba explicarle las leyes y que los amantes solo podían estar solos en el desierto. Ella lo había descrito como medieval.

Sabía que lo más considerado, y necesario, sería terminar en ese momento sin más.

Sin embargo, podía captar el olor a manzana de su champú y podía ver la ligera inflamación de sus labios, un resto de los besos ardientes de la noche anterior. Se acordó de lo dispuesta a recibirlo que había estado y pensó en cuánto deseaba hacer el amor con ella. Sus cuerpos estaban anhelantes, pero, desde esa mañana, estaban vetados.

Decidió acabar con cualquier esperanza para los dos.

–La oferta ya no sigue en pie.

Vio que se quedaba pálida y que parpadeaba, pero no podía hacer nada para consolarla.

–Entiendo –replicó ella aunque no entendía nada.

Aun así, intentó mantener la dignidad. La dignidad le pareció como un trapecio al que tenía que agarrarse, pero no era una acróbata. Solo había aceptado cierta esperanza, una breve posibilidad para ellos dos, y él se la arrebataba. Había sabido que le haría daño algún día, pero, después de cómo la había tratado esa mañana, no se había imaginado que fuese ese mismo día.

Ni siquiera podía preguntarle el motivo ni exigirle una explicación porque estaba intentando no desmoronarse. Se había

clavado las uñas en las palmas de las manos, pero le costaba respirar y se sentía un poco mareada.

–¿Te ocuparás de lo que hablamos? –preguntó Alim.

Gabi lo miró y decidió que era un malnacido de los pies a la cabeza. Ella se habría conformado, encantada de la vida, con una noche, pero él se lo había impedido al hacerle vislumbrar un sueño. Se aferró con una mano al trapecio imaginario y esperó que la alejara rápidamente de allí para que pudiera llorar sin que la viera nadie.

–Claro –contestó ella.

–Gabi…

La voz le salió ronca y no terminó lo que había estado a punto de decir. Fue ella quien llenó ese silencio.

–Tengo que marcharme. Bernadetta me ha dado una buena lista de tareas.

Y las llevó a cabo, consiguió superar el primer día. Marianna y ella se reunieron con la novia y su madre.

–Tenemos libre el último sábado de julio –les comunicó Marianna.

–No, quiero agosto –replicó la novia.

–Lo siento –Marianna sacudió la cabeza–, pero las bodas de verano hay que reservarlas con mucha antelación.

–¡Pero si faltan más de seis meses! –insistió la novia.

–Tiene suerte de que tengamos esos días libres.

Gabi se limitó a quedarse sentada. Normalmente, habría hecho algún sonido para rebajar el tono ligeramente hosco de Marianna. Pensó con espanto que había estado a punto de renunciar a su empleo. Había confiado tanto que casi le había presentado la dimisión a Bernadetta. El aturdimiento dejó paso a una rabia abrasadora cuando vio que Alim cruzaba el vestíbulo. Apuesto y elegante, parecía como si no tuviera ni una preocupación en la vida. Los rumores eran ciertos, era frío e insensible. No miró hacia ella y supo que la había borrado de su vida.

Entonces, la rabia se disipó y empezó a sentir un vacío al que pronto siguió el miedo.

Capítulo 8

GABI no se ocupó de las cosas, como le había ordenado el sultán. Aunque no fue por negligencia o despecho.

Los primeros días fueron como un vacío, pero no podía llamar a nadie para explicárselo. ¿Qué iba a decir? «Bernadetta, me acosté con Alim y me prometió el mundo, pero luego me ha dejado tirada». En el mejor de los casos, era una necia por habérselo creído.

Sin embargo, la actitud de él no tenía sentido para ella. No le había ofrecido nada llevado por la pasión, se lo había ofrecido en la tranquilidad de la mañana y, según él, después de haberlo pensado durante horas.

Por fin había conseguido acordarse de respirar mientras intentaba no llorar y había hecho todo lo que había podido para seguir con su trabajo. Además, cuando la neblina se había abierto un poco y había podido ocuparse de algo que no fuesen los segundos más inminentes, había ido a la farmacia y había comprobado que lo había dejado para demasiado tarde.

Tarde.

Se convirtió en la palabra que más usaba. Al ver que se le había retrasado la regla un día lo había achacado al estrés. Pasó una semana sin que le viniera, pero eso pasaba a veces. Luego, llegó tarde dos días seguidos al trabajo porque hasta el olor del café de la mañana, su olor favorito, hacía que tuviera que salir corriendo al lavabo del cuarto de baño.

El pavor se convirtió en su mejor amigo. No solo estaba embarazada, estaba embarazada de Alim. Cuantas más cosas averiguaba de Zethlehan y cuanto más sabía sobre el poder que tenía su familia real, más intenso era el pavor.

–¿Embarazada?

–Sí –le contestó Gabi a su madre.

Era una magnífica mañana de primavera. Acababa de llegar de pasar un fin de semana en los impresionantes viñedos Castelli, donde la boda había salido muy bien y ella se había dicho a sí misma que ya era hora. Había tardado tres meses en reunir el valor para decírselo a su madre.

–¿Quién es el padre? –le había preguntado Carmel.

Su madre le había dado una bofetada cuando no había contestado. Carmel, madre soltera, había querido que su hija única no pasara nunca por esa prueba.

–Ahí se quedan tus sueños –había añadido Carmel.

–No.

Gabi sabía que las cosas se complicarían, pero estaba decidida a seguir con sus sueños. Lo que le parecía una perdida insoportable era la falta de contacto con Alim. No le había dicho nada sobre el bebé. Además, su madre daba por supuesto que, como no quería decir quién era el padre, eso significaba que no lo sabía.

En ese momento, casi se alegraba de no habérselo podido decir. Estaba asustada. No tanto por su reacción como por las repercusiones. Era el sultán Alim de Zethlehan, el sultán electo. Era el heredero del trono y, cuanto más leía sobre su reino, más miedo le daba él. Alim era más poderoso de lo que podía imaginarse. Su país era rico, increíblemente próspero, y adoraban a la familia real. Tenía un hermano y una hermana. Alim era el mayor y el que llegaría a ser sultán de sultanes. No sabía cómo tratarían a un hijo ilegítimo. Su única referencia era Fleur y nunca se convertiría en ella, se juró a sí misma.

Sin embargo, ¿no estaría cometiendo una injusticia con Alim?

Había pasado por delante del Grande Lucia varias veces y había intentado reunir valor para entrar. Hablaba con Ronaldo de vez en cuando y fingía que solo estaba pasando por allí. Había llegado a entrar un par de veces, pero ya se sabía que Alim era de la familia real y la seguridad era más estricta alrededor de él.

–¿Está Alim? –le preguntó Gabi a Anya.

–¿Tienes cita?

Antes, se habría limitado a asentir o negar con la cabeza o le habría llamado por teléfono para avisarle.

–No –contestó Gabi–. No tengo.

–Entonces, puedo ver si Marianna está libre.

–No pasa nada.

Gabi sacudió la cabeza, se dio media vuelta, miró hacia el salón y se acordó de Fleur allí sentada, sola y relegada. También se acordó de James. Ella no quería esa vida para su hijo, aunque, probablemente, ni siquiera era una posibilidad para ellos. El sultán de sultanes amaba a Fleur, mientras que Alim había zanjado todo con frialdad a la mañana siguiente de que hubiese pasado la noche en su cama. También le había dicho que tomara la píldora del día después y no ni una ni dos veces, hasta tres veces.

Estaba asustada, pero dispuesta a arreglárselas sola por el momento.

La siguiente persona a la que se lo dijo fue a Bernadetta, y su reacción fue de rencor absoluto. Le enfurecía tener que pagarle la

baja por maternidad y decidió exprimirla en el trabajo mientras pudiera. Le endosó todas las bodas que pudo y tuvo que aguantar todas las llamadas de novias llorosas o de madres de novias estresadas. La última pareja no había salido casi de la iglesia y Bernadetta ya había desaparecido. No tenía ni tiempo para pensar, estaba demasiado ocupada trabajando mientras Bernadetta era cada vez más exigente.

–No quiero que se te note –fue su respuesta cuando Gabi le preguntó si podía llevar un vestido en vez del espantoso traje.

Era mediados de verano y había adelgazado, o, mejor dicho, no había engordado según el médico. Siempre había tenido curvas y no se le notaba casi que estaba embarazada de siete meses, pero Bernadetta no se conformaba con eso.

–Nuestros clientes quieren creer que solo estás pendiente de tu trabajo, no del bebé.

–Estoy pendiente del trabajo –replicó ella.

Sin embargo, siguió llevando el traje. La única concesión fue que podía llevar la blusa por encima del pantalón. Sin embargo, quizá fuese acertado disimular el embarazo porque pronto sería la boda en el Grande Lucia, la boda que concertó el día que todo su mundo dejó de tener valor alguno. Aunque Alim no iba a fijarse en ella y lo más probable era que tampoco fuera a verlo.

Ya no iba casi nunca por allí. Ronaldo le había contado que había vuelto a Zethlehan y que, desgraciadamente, el Grande Lucia estaba en venta. Los empleados estaban muy preocupados por sus empleos.

Sin embargo, el viernes anterior a la boda fue a un desayuno de trabajo con Marianna y le pareció que todavía era precioso. Primero hablaron de la coordinación, de la llegada de los coches y los fotógrafos y de cosas como esas. Gabi estaba concentrada, sobre todo, en la boda. A Marianna, aunque daba importancia a la boda, también le preocupaba la comodidad de los demás huéspedes y que no les molestaran demasiado. Gabi, una vez más, insistió en que cambiaran las flores del vestíbulo.

–No, siempre ha sido un arreglo floral rojo –Marianna sacudió la cabeza–. A nuestros clientes habituales les gusta comprobar que las cosas siguen como siempre.

–¿No quieres atraer a clientes nuevos?

Marianna arrugó los labios cuando Gabi insistió.

–Algunos de los hoteles con los que trabajo adaptan los arreglos florales al tema de la boda…

–El Grande Lucia no compite con otros hoteles –le interrumpió

Marianna–. Ya estamos en lo más alto.

Gabi pensó que eso era gracias a Alim. Además, Marianna pecaba de arrogancia al creer que podían desdeñar la competencia solo porque les iba bien. El hotel lo había pasado mal durante mucho tiempo, hasta que Alim se hizo cargo. Mona había acertado cuando lo describió, el hotel había parecido deprimente y muchas posibles novias le habían dado la espalda cuando ella lo había propuesto. El Grande Lucia era próspero gracias a Alim y todo el mundo lo sabía.

–He oído decir que va a tener otro propietario –comentó Gabi.

–Sí. Alim va a traer posibles compradores durante todo el fin de semana.

–¿Está aquí? –preguntó ella en un tono apremiante antes de dominarse–. Creía que había vuelto a Oriente Próximo.

–Está allí casi todo el tiempo, pero este fin de semana es importante. Hoy está aquí el señor Raul di Savo y tiene carta blanca para mirar por donde quiera. Mañana le tocará al señor Bastiano Conti.

Gabi notó que el alma se le caía a los pies. Muchas veces, se tardaba siglos en vender un hotel, pero esos eran dos pesos pesados del sector. Matrimoni di Bernadetta había celebrado muchas bodas en el precioso hotel que Raul tenía en Roma y también sabía que Bastiano era un nombre muy importante dentro de la hostelería

–Si te encuentras con alguno de los dos, sé educada, por favor –le pidió Marianna.

–Claro.

–Es posible que te hagan alguna pregunta.

Gabi asintió con la cabeza.

–Por favor, cerciórate también de que todo se organiza con discreción y de que no se molesta a los huéspedes. Alim va a casarse pronto y quiere deshacerse del Grande Lucia lo antes posible.

Gabi se quedó allí sentada. Lo había leído, naturalmente, pero le dolía oírlo. Hasta el propio Alim le había dicho que tenía compromisos en su país y que su relación solo podía durar un año. Cuánto le habría gustado haber disfrutado de ese año… o quizá no, se dijo a sí misma mientras intentaba imaginarse lo que habría sido estar más cerca de él que lo que estuvo aquella noche, conocerlo mejor, amarlo más… Efectivamente, a pesar de la rabia y el despecho, ya sabía que era amor, al menos, por su parte.

–Gabi… –Marianna frunció el ceño porque la reunión había terminado y Gabi no se movía–. ¿Queda algo más?

–No creo.

No quedaba esperanza para ellos.

Fue un día muy ajetreado en el que tuvo que lidiar con la florista y con un chef muy temperamental que se puso furioso cuando le informó de que había algunos cambios de última hora.

–Ya tengo la lista puesta al día –replicó él.

–No, hay muchos más cambios.

Al chef no le hizo gracia y declaró, como si ella tuviese la culpa, que el mundo había dejado de comer gluten. También llegaron los vestidos y trajes y ella tenía que ocuparse de que, al día siguiente, se entregaran en las suites correspondientes. También habló con la maquilladora y el peluquero para que todos los detalles estuviesen bien atados. Estaba cansada y todavía tenía que hacer muchas cosas. Fue al salón de baile para comprobar cómo estaba todo.

–Hay que hacer algunos cambios en los puestos de los comensales –le dijo Bernadetta a modo de saludo–. La exesposa no quiere estar cerca de la tía…

Gabi suspiró. Había estado trabajando en los sitios de los comensales hasta altas horas de la noche y la novia no había dejado de llamarla con cambios.

–Te dejaré que te ocupes tú sola –le dijo Bernadetta.

Ya ni siquiera fingía que estuviese enferma o que tuviese que reunirse con un cliente. Se limitaba a marcharse y a dejarlo todo en manos de Gabi.

Era viernes a última hora de la tarde y todo el mundo estaba preparándose para el fin de semana, pero su trabajo no había hecho nada más que empezar. Bernadetta aparecería al día siguiente, hacia las once, cuando los invitados empezaran a llegar. Sin embargo, una de las ventajas de que Bernadetta se hubiese marchado era que podía quitarse los zapatos. Los tacones altos no eran lo ideal después de un día con ellos puestos y la espalda empezaba a dolerle.

Además, estaba segura de que ese fin de semana sería la última ocasión que tendría de decirle a Alim que estaba embarazada antes de que naciera su hijo. Matrimoni di Bernadetta no tenía bodas en el Grande Lucia en los siguientes tres meses. Para entonces, ya habría tenido a su hijo y el hotel se habría vendido.

La verdad era que no sabía qué hacer.

Su poder le asustaba y, si era sincera, su despiadada forma de desprenderse de ella le enfurecía. Más aún, había dejado muy claro que no quería consecuencias de aquella noche.

Una patada en el abdomen hizo que sonriera. El bebé era diminuto, pero se hacía notar. No había querido saber su sexo, no porque no tuviera curiosidad, porque no quería que eso influyera en la conversación si se lo decía a Alim.

Si se lo decía…

Todavía tenía dudas. Estaba en el salón de baile, miró la lluvia de estrellas que producía la lámpara de techo y recordó lo feliz que fue al bailar allí con Alim y al pasar la noche con él. Le dio mucho placer.

El fotógrafo no se había olvidado y la foto de los dos bailando ya estaba en su tableta. Había sido su salvapantallas durante algún tiempo, pero había sido tan doloroso que la había quitado y ya no la miraba casi. Siempre le había dolido mucho mirarla, pero era posible que el tiempo lo curara todo porque no había podido recordar con claridad lo feliz que había sido con él… hasta ese momento. Esa tarde, con el bebé moviéndose dentro de ella, recordaba las sombras de los árboles en las paredes y cómo le había pedido, sin decir una palabra, que bailara con él. Efectivamente, era una soñadora, pero se había dejado arrastrar por ese recuerdo… y así fue como él la encontró.

Había sido un día muy ajetreado para Alim y unos meses infernales. Su hermana Yasmin había provocado un escándalo en aquella boda de hacía unos meses y él había intentado mitigarlo.

Además, supo en cuanto se apeló al mandato que no podría estar cerca de Gabi sin desearla, y se tomaba muy en serio las leyes de su país. Entonces, entró en el salón de baile con el primero de los posibles compradores y se encontró a Gabi mirando al techo con los zapatos en la mano. Era más seguro, mucho más seguro, que se hubiese marchado.

–¿Todo en orden, Gabi? –le preguntó él en un tono un poco tajante.

–¡Oh!

Ella se dio la vuelta y lo vio por primera vez desde aquella mañana. Llevaba un traje azul marino y estaba impresionante, como siempre. Estaba descalza con ese traje que le sentaba fatal y jamás se había sentido tan desastrada. Él estaba con Raul di Savo. Esbozó una sonrisa e intentó ser cortés, pero tenía el corazón acelerado.

–Sí, todo en orden. Estaba intentando pensar cómo colocar las mesas para el sábado.

–Tenemos una boda muy grande –le explicó Alim a Raul.

–Y los padres de las dos partes están divorciados –Gabi puso los ojos en blanco y siguió hablando mientras se inclinaba para ponerse los zapatos e intentaba mantener las cosas en el terreno laboral–. Es una pesadilla decidir dónde debería sentarse todo el mundo…

–¡Gabi! –la regañó Alim antes de dirigirse a Raul–. Gabi no es una empleada nuestra, nuestros empleados suelen ser mucho más discretos. –Alim sacudió una mano para despedirla–. Discúlpanos, por favor.

Así se deshizo de ella.

Supo que le había hecho daño. Aquella lejana mañana se había abierto un mundo de posibilidades para ellos y, en ese momento, lo miraba con ojos sombríos, pudo captar todo su dolor y desconcierto.

Él quería decirle a Raul que se largara del salón de baile, que quería acostarse con ella.

Gabi no se marchó en silencio. Dio un portazo y Raul y él se quedaron en el salón de baile con el reflejo del sol del atardecer en los cristales de las lámparas.

–¿Cuál es el motivo verdadero para que lo vendas? –le preguntó Raul.

Raul sabía que el hotel iba viento en popa y quería saber por qué se desprendía de él. También sabía que podría delegar la gestión del hotel cuando volviera a Oriente Próximo.

Alim lo había llevado allí para darle la respuesta sincera y tenía que hacer un esfuerzo para concentrarse otra vez en la venta cuando el olor de Gabi seguía flotando en el aire y él se acordaba de la vez que bailaron.

–Cuando compré el hotel, hacía años que no limpiaban las lámparas –contestó Alim señalando las magníficas lámparas y recordando el reflejo de la luz de la luna en ellas–. Ahora, se bajan y se mantienen adecuadamente. Es una tarea inmensa. Hay que cerrar el salón, no se pueden celebrar actos y corres el riesgo de que pierdan el interés.

–Yo dejo que mis directores se ocupen de esas cosas –replicó Raul.

–Yo también suelo hacerlo, pero cuando compré el Grande Lucia, se habían recortado muchos gastos y estaba convirtiéndose lentamente en otro hotel. Naturalmente, no se trata solo de la iluminación del salón de baile. Lo que intento explicarte es que el hotel se ha convertido en algo más que una inversión para mí. Cuando vuelva a mi tierra, no podré prestarle toda la atención que se merece.

–Es posible que el próximo propietario tampoco se la preste –

replicó Raul.

–Eso es asunto suyo, pero, mientras sea mío, no quiero participar en su decadencia.

–Me has dado tiempo para pensar –reconoció Raul.

–Perfecto –Alim sonrió–. El Grande Lucia se merece el mejor de los cuidados. Por favor –Alim quería transmitirle que el día de reuniones había llegado a su fin porque necesitaba estar solo–, tómate el tiempo que quieras para echar una ojeada y disfruta del resto de tu estancia.

Alim salió del salón de baile sin saber qué hacer. Quería buscarla y, lo que era más preocupante, quería encontrar una posibilidad para ellos dos, pero el único sitio donde podían hablar era el desierto… ¡y podía imaginarse la reacción de Gabi si se lo proponía!

Le comunicaron que Bastiano Conti acababa de llegar al hotel desde Sicilia. Eran amigos y solían ir juntos a casinos y clubs. Sin embargo, esos días despreocupados ya habían pasado y no eran los que él anhelaba. Anhelaba a una mujer y la esperanza de pasar una noche más con ella podía ser su perdición.

Fue a saludar a Bastiano y le alegró oír que tenía planes para esa noche.

–¿Nos veremos mañana? –le preguntó Bastiano.

Él estuvo a punto de aceptar. Había que vender el hotel y Raul no parecía dispuesto a comprarlo. Sin embargo, sus problemas eran mayores que los inmobiliarios. Miró a su amigo y posible comprador, quien arqueó una ceja con sorpresa cuando Alim, un anfitrión siempre impecable, cambió los planes.

–Bastiano, lo siento muchísimo, pero voy a tener que cambiar la visita. Tengo que volver a mi país esta noche.

Era imposible que estuviese en el mismo país que Gabi y cumpliera las leyes, y mucho menos si estaban en el mismo edificio. Sin embargo, no había sido necesario que saliera precipitadamente del Grande Lucia porque ella ya no estaba allí. Cuando su avión privado se elevó en el cielo, ella estaba en el hospital.

Había cerrado la puerta del salón de baile dando un portazo y creyó que se había doblado por la mitad por la impresión de verlo y de que la tratara con esa frialdad. Hasta que rompió aguas…

Los empleados del Grande Lucia estaban muy acostumbrados a llevar con discreción los pequeños dramas que se presentaban de vez en cuando, pero Anya se quedó atónita.

–¿Estás embarazada? –le preguntó la recepcionista sin salir de su asombro–. ¿Puedo llamar a alguien? –siguió mientras la llevaba a

un cuartito que había detrás de la recepción.

–Todavía no.

Tendría que decírselo a Bernadetta, pero ni siquiera podía pensar en ella en ese momento. También tendría que decírselo a su madre, claro, pero su rabia y resentimiento ya le habían hecho mucho daño.

En ese momento, solo quería estar sola.

Esperaron a que llegara la ambulancia y la angustia hizo que dijera su nombre sin darse cuenta.

–Alim…

–No te preocupes –la tranquilizó Anya–. Nadie ha visto lo que ha pasado y, además, él ya se ha marchado.

La recepcionista creyó que Gabi estaba preocupada porque podía haber creado un problema para el hotel cuando Alim estaba enseñándolo a posibles compradores.

–¿Se ha marchado?

–Tomó el avión para volver a su país hace un rato. ¿Quieres que llame a Marianna y le diga lo que está pasando?

Gabi no contestó, estaba asimilando la noticia de que Alim se había marchado. Remotamente, había esperado que la buscara más tarde después de haberla visto otra vez en el salón de baile.

Al parecer, eso no iba a suceder y Alim no había podido dejarle más claro que no tenía el más mínimo interés por ella.

La ambulancia no llegó a la puerta principal para no generar preocupación ni molestar a los clientes. Gabi salió por la puerta de empleados para dar a luz al hijo del propietario del Grande Lucia y sultán de Zethlehan.

–Es demasiado pronto –le dijo al médico en el hospital.

Sin embargo, las contracciones seguían y no le dejaban tiempo para recuperar el aliento y serenar la mente acelerada.

Alim… Quería que estuviera allí y volviera a abrazarla. Sin embargo, no se lo había dicho y esa noche iba a dar a luz sola. Se acordó de Fleur mientras gritaba. Ella también había pasado por eso sola. Aunque se juró que nunca sería como ella.

Su hija nació poco después. La dejaron encima de su vientre y pudo estrecharla contra el pecho y mirarla. Era muy guapa, tenía el pelo moreno y los ojos negros tenían forma almendrada, como los de su padre.

–Ahora tenemos que llevarla a la incubadora –le informó la enfermera.

Le dolió físicamente separarse de ella, pero su madre llegó enseguida y fue un consuelo.

–Me tienes a mí –dijo Carmel.

–Lo sé.

Le gustaba saberlo y estaba agradecida por otras cosas. Su niña era fuerte. Muy fuerte, le dijo la enfermera cuando fue a verla, solo necesitaba un poco de oxígeno, por lo demás estaba bien.

–¿Tiene pensado un nombre? –le preguntó la enfermera.

Ella había pensado que iba a tener un hijo, había estado segura de que la historia iba a repetirse y que ella, como Fleur, iba a tener el primogénito del sultán. Sin embargo, la historia no se había repetido.

Aun así, era guapísima, como un rayo de luz, y supo en ese instante cómo iba a llamarla.

–Lucia.

–Es un nombre muy bonito –comentó la enfermera.

Era el sitio donde había tenido su manifestación el amor. Gabi supo, dolorosamente, que Alim tenía que saber que tenía una hija. Sin embargo, no todavía, cuando estaba tan sensible y agotada. Le daba miedo lo que podía llegar a conceder. Ya decidiría cómo decírselo cuando estuviese más fuerte.

Su madre fue a la incubadora a ver a su hija. Era casi medianoche y Carmel había estado haciéndole recados; le había hecho la maleta y también le había comunicado a Bernadetta que su eficiente ayudante no iba a ir a trabajar al día siguiente y que, además, había dejado sin hacer muchas cosas esa noche.

–Bernadetta no se quedó muy contenta –comentó su madre–. Quiere saber si resolviste cómo sentar a los invitados.

–No –contestó Gabi sin dejar de mirar a su hija.

Por una vez, Bernadetta lo resolvería todo. En ese momento, Lucia era su prioridad, y lo sería siempre independientemente de lo que le deparara el futuro.

Capítulo 9

BASTIANO sigue teniendo los contratos? –Alim frunció el ceño cuando Violetta le dio la noticia–. Esto ya debería haberse resuelto.

A pesar de la precipitada marcha de Alim, se había hecho y aceptado una oferta por el Grande Lucia, pero habían pasado tres meses y la venta parecía estancada. ¡Tenía que deshacerse del hotel!

Se sentó en el lujoso despacho del palacio e intentó ocuparse de los asuntos cuando tenía la cabeza en otras cosas. Efectivamente, volver a ver a Gabi había sido su perdición. La tentación era mayor cada día, pero nunca la había sido como en ese momento. Ese fin de semana iba a celebrarse una boda allí y habían contratado a Matrimoni di Bernadetta. Tenía el programa de actividades abierto en el ordenador y lo ojeó con la esperanza de ver el nombre de Gabi o de leer alguna nota que hubiese escrito al margen, como hacía muchas veces. No había nada.

–¿Quiere que me ponga en contacto con su abogado? –preguntó Violetta.

–No, hablaré yo mismo con Bastiano –contestó Alim.

Incluso, era posible que hablase cara a cara. Estuvo muy tentado de pedir el avión real con la excusa de reunirse con Bastiano, aunque en realidad fuese para tener la posibilidad de ver a Gabi. Estaba peligrosamente cerca de incumplir el mandato.

–Nada más –añadió Alim.

Una vez despedida Violetta, intentó ocuparse de la correspondencia del día, pero no llegó muy lejos.

Habían pasado meses desde que volvió a ver a Gabi, pero los sentimientos no se habían desvanecido. Si acaso, se habían intensificado porque no estaba más cerca de aceptar una boda a pesar de la presión de su padre y los ancianos.

Tenía la cabeza en Roma, no en Zethlehan, donde debería estar, y pensaba en los días en el Grande Lucia, en aquellos días que tanto le habían entusiasmado. Pensaba en Gabi, que solía llegar temprano por la mañana y se iba cansando a lo largo del día. También pensaba en las noches de bodas, cuando ella se relajaba por fin y disfrutaba mientras observaba el espectáculo que había organizado.

La echaba de menos.

No echaba de menos esa vida disipada que había llevado, echaba de menos esos pequeños momentos que se habían terminado hacía mucho tiempo, cuando entraba por la puerta giratoria y veía a Gabi sentada en una sala con Marianna. Saber que iba a haber

otra boda y que podría volver a verla le había dado un placer que no había apreciado en su momento. Ella había hecho que el tiempo que había pasado en el hotel fuese mejor, el olor a flores que llegaba del salón de baile y Gabi dirigiendo enormes carros de latón llenos de regalos… Echaba de menos esos tiempos y pronto formarían parte del pasado para siempre.

Había hecho todo lo que había podido para cortar sus lazos con Roma, pero era como si su corazón se hubiese quedado allí. Levantó la cabeza cuando su madre llamó a la puerta del despacho, que estaba abierta, y sacudió la cabeza.

–Ahora, no –dijo Alim.

–Ahora, sí –replicó Rina mientras entraba.

Siempre había sido educado, aunque un poco distante, con los demás, pero en ese momento era un témpano. El enorme palacio le parecía demasiado pequeño y no quería la compañía de nadie, menos la de Gabi.

–¿Qué tal estás, Alim?

Alim no se molestó en fingir que estaba bien y se limitó a encogerse de hombros.

–Estoy intentando revisar los contratos de venta del Grande Lucia. Creo que es posible que tenga que viajar a Italia.

–¿Cuándo?

–Pronto.

Alim sabía que tentaría a la suerte si iba ese fin de semana, pero tenía que ver a Gabi.

–Acabo de tener la reunión matutina con tu padre y cree que una boda podría animar a Yasmin.

–No voy a casarme para levantarle el ánimo a mi hermana.

–¿Y tu ánimo, Alim? No estás contento.

–No, pero tampoco hace falta que esté contento para hacer mi trabajo –como había trabajo pendiente, hizo un gesto para que su madre se sentara–. Se acerca el treinta cumpleaños de Kaleb…

Sin embargo, su madre no había ido allí por eso.

–Estoy preocupada, Alim. Creí que estarías feliz cuando vinieras, pero ya hace meses…

–Adoro a mi país.

–Pero no haces ningún compromiso que te obligue a quedarte.

–¿Te refieres a una novia? –la conversación siempre llegaba a eso–. Una novia no es la solución.

–Entonces, dime cuál es el problema.

–No.

No hablaba con los demás de lo que pensaba, y mucho menos de

lo que sentía. En realidad, nunca había analizado sus sentimientos, hasta hacia muy poco. La vida siempre había sido trabajo y obligaciones, y solucionar los problemas con sentido común. En ese momento, por primera vez en su vida, no podía solucionar el dilema que se le planteaba.

–Alim, habla conmigo –le pidió su madre.

Él no sabía ni cómo empezar.

–Es posible que te entienda –insistió ella.

Efectivamente, pensó él, era posible porque tampoco se había casado por amor.

–Conocí a alguien justo antes de que se apelara al mandato –empezó a explicarle él aunque se dio cuenta de que eso no era verdad del todo–. Lleva gustándome desde hace un par de años, pero nunca había dado un paso. Las cosas se pusieron más serias justo antes de que me reclamaran aquí. La dejé sin darle ninguna explicación de verdad y el mes pasado, cuando volví a Roma…

No acabó la frase. No podía explicar la tristeza que había visto reflejada en los ojos de Gabi y tampoco quería revelar el dolor de su corazón ni lo que lamentaba que les hubiesen privado de pasar ese año juntos. Sabía que nunca habría pasado de un año, que su padre nunca habría dado el visto bueno a Gabi.

Su novia sería de Zethlehan. En realidad, su padre ya las había reducido a tres y elegiría a la que cumpliera la tradición, sirviera mejor al país y conociera más profundamente las costumbres.

–Estoy pensando ir a Roma para verla.

Su madre no dijo nada durante un buen rato y cuando habló, lo hizo en un tono tenso y cargado de miedo.

–¿Has incumplido el mandato, Alim?

–No.

Su madre respiró con alivio.

–Entonces, no pasa nada.

–¿Cómo no va a pasar nada?

Lo único que les importaba era que cumpliera las leyes, sin importarles el precio que tuviera que pagar.

–Alim, ahí fuera hay un desierto –contestó Rina.

Él se levantó y miró por la ventana. El reproche en su voz fue dirigido contra sí mismo porque, naturalmente, lo había pensado.

–Gabi no vendrá al desierto, ni se lo planteará siquiera.

–No tiene que vivir allí –replicó Rina–. Podría ir de visita de vez en cuando y, cuando te hayas casado, cuando ya tengas un heredero… –era una conversación complicada–. Bueno, las leyes son más flexibles.

–¿Crees que le haría a mi esposa lo que mi padre te hizo a ti?

Por fin iban a hablar de ese secreto a voces.

–Yo nunca impondré un matrimonio sin amor a una mujer –añadió Alim–. No soporto cómo te han tratado.

Se los imaginó sonriendo en el balcón del palacio o saludando con la mano y charlando cuando llegaban a un acto. Luego, el silencio volvía a caer sobre sus vidas privadas, su madre se retiraba a sus aposentos y su padre a los suyos.

–¿Parezco infeliz, Alim? –le preguntó Rina.

Él la miró. Su rostro estaba relajado y, como casi siempre, tenía una sonrisa afable.

–No os comunicáis casi.

Su madre sacudió la cabeza.

–Acabo de tener una reunión con tu padre, la tenemos todos los días laborables.

Era verdad, pero solo era para dirigir el país, no existía una vida privada entre ellos.

–Dormís en distintas alas del palacio.

–Porque yo lo pedí –replicó Rina–. Alim, quiero a mi país. Desde pequeña sabía que era muy probable que me eligieran y que algún día llegaría a ser reina. Cumplí con mi deber. Tuve tres hijos maravillosos y los crié bien. Sigo trabajando mucho por mi país y vivo una vida muy privilegiada.

Rina supo que tenía que decir más cosas. Conocía bien las leyes, las había estudiado a fondo. Efectivamente, Zethlehan era progresista en muchos sentidos, se satisfacían todas las necesidades, menos en el amor porque la leyes no lo tenían en cuenta. Aun así, era un asunto delicado y Rina lo pensó un momento antes de seguir hablando.

–Alim, que no me casara por amor no significa que no conozca el amor.

Él estaba pensando en Gabi y tardó un momento en asimilar lo que había dicho su madre. ¿Estaba diciéndole que tenía un amante? ¿Estaba diciéndole que, después de todo, no estaba tan sola cuando su marido se marchaba y que tenía sus propios motivos para vivir en alas separadas del palacio? Se hizo un silencio tenso, pero Rina sacudió levemente la cabeza.

–No quiero decir nada más que eso.

Fue como si todos los granos del desierto se hubiesen movido de sitio mientras su madre le decía, sin detalles, que era feliz, que su relación estaba hecha para que les saliera bien a ellos dos.

–Tu padre y yo hemos conseguido que salga bien para todo el

mundo… –Rina vio que Alim apretaba los dientes y se corrigió–. Lo siento por James. Se merece más de su padre –era la primera vez que su nombre se decía en voz alta dentro de esos muros–. Ese asunto debería haberse llevado mejor, pero es tu padre quien hace las leyes.

Alim asintió con la cabeza.

–Habla con tu amor, Alim.

–No he dicho nada de amor.

–Entonces, habla con tu amante. Esa es la solución de todos los males.

–Ella nunca irá al desierto.

–Lo he estudiado con detenimiento –Rina sonrió y golpeó con un dedo la aborrecible carpeta de cuero que tenía sobre la mesa–. En el mandato no se dice nada de teléfonos.

Alim sonrió.

–Si hay alguien que puede resolver las cosas, ese eres tú.

Alim no estaba tan seguro, pero sí sabía que ni la distancia ni el silencio estaban sirviendo de nada. Por eso, descolgó el teléfono y, en vez de buscar a Bastiano por la venta del hotel, llamó al mostrador de recepción del Grande Lucia.

–¿Puedo hablar con Gabi?

–¿Gabi…?

No conocía la voz de mujer que había contestado y, además, no parecía saber de quién estaba hablando.

–Está por ahí organizando una boda –le explicó él.

–¡Ah, esa Gabi! Creo que todavía está de baja por maternidad.

–¿De baja por maternidad?

El palacio debía de estar asentado sobre una falla sísmica porque era la segunda vez que le parecía que el suelo se movía.

–Creo que se confunde de persona…

Sin embargo, la recepcionista no estaba escuchando, estaba hablando con un compañero de trabajo. Entonces, la recepcionista corrigió sus palabras.

–Me he confundido.

Alim no tuvo tiempo para sentir alivio porque ella volvió a hablar.

–Al parecer, Gabi ha vuelto hoy de la baja.

Alim empezó a darle vueltas a la cabeza. Si Gabi había estado de baja por maternidad, ese bebé tenía que ser de él. Habían pasado casi nueve meses desde que durmieron juntos y había sido virgen con toda certeza. Pensó en la última vez que la vio y no le había parecido que estuviera embarazada, pero también era verdad que

había intentado no mirarla.

Tenía que hablar con Gabi a solas, pero ¿cómo?

Estaba empezando a ocurrírsele una posibilidad, pero habló con serenidad porque muy pocas veces expresaba sus sentimientos.

–En realidad, ¿podría hablar con Bernadetta en vez de con Gabi?

–¿Puedo preguntar quién llama?

–Soy Alim.

Él pudo oír que ella contenía la respiración por el asombro.

–El sultán Al…

Alim la interrumpió porque estaba perdiendo la paciencia.

–Dígale a Bernadetta que se ponga.

Se levantó y salió a la terraza por la puerta acristalada. Necesitaba aire, como cuando su padre apeló al mandato. Esa vez, al contrario que aquella, hacía calor y el aire era seco, aunque lo tranquilizó y lo respiró con alivio con los ojos entrecerrados por el sol del desierto. Podía hablar con Gabi desde allí, sin que nadie lo oyera. Solo desde allí podrían hablar de todo.

Evidentemente, todo el Grande Lucia estaba buscando a la esquiva Bernadetta y eso le dio tiempo para pensar mejor el plan.

–Sultán Alim… –Bernadetta intentó poner un tono almibarado, pero le salió algo más parecido a un graznido–. Cuánto me alegro, hacía mucho tiempo que no…

–Me preguntaba si Matrimoni di Bernadetta tiene capacidad para organizar una boda real aquí, en Zethlehan –la interrumpió él.

Se hizo un silencio que le indicó que ella se había quedado boquiabierta.

–Claro, no solo sería un honor, sería un placer…

Bernadetta empezó a adularlo, pero él volvió a interrumpirle.

–Entonces, necesito que Gabi esté aquí mañana.

–¿Gabi? ¡No voy a mandar a mi ayudante! –exclamó Bernadetta inmediatamente–. Me ocuparé personalmente…

–Bernadetta –Alim la interrumpió por tercera vez–, tienes buena cabeza para los negocios y contratas a los mejores, pero los dos sabemos que Gabi es quien hace que una boda se convierta en una creación inolvidable –él sofocó su vanidad inconmensurable, pero fue al grano–. Quiero que venga Gabi.

–Gabi es fantástica, desde luego, pero es posible que no pueda viajar. Es que hace poco…

Alim la interrumpió una vez más porque no quería que le dijera que Gabi había tenido un hijo. Sabía que, si Gabi se enteraba de que él lo sabía, no habría manera de que fuera a Zethlehan, y quería que Gabi se lo dijera en persona.

–Me da igual lo ocupada que esté con la boda que está organizando y me da igual su vida personal y si tiene planes que no puede cambiar. Si quieres el contrato de la boda, Gabi tiene que estar aquí mañana.

Alim habló como el sultán que era y Bernadetta contestó como correspondía.

–Y allí estará.

Alim resopló con una sensación de alivio que no tenía nada que ver con lo que acababa de averiguar. Vería a Gabi por fin, la había echado de menos más de lo que quería reconocer.

–Si le preocupa algo cuando se encuentre con Gabi…

–No voy a encontrarme con ella –Alim preveía que Gabi no querría ir allí–. Yo solo voy a hacer este primer contacto y no quiero ocuparme de los detalles. A partir de este momento, Violetta, la relaciones públicas del palacio, se ocupará de todo.

Comentó un par de cosas más con Bernadetta y dio por terminada la llamada. Volvió a mirar el desierto y se sintió más tranquilo porque allí encontraría mejor las soluciones. Entró otra vez en el despacho e intentó asimilar que era posible que fuese a ser padre. También intentó imaginarse por todo lo que debía de haber pasado Gabi.

Llamó a Violetta. Estaba más que acostumbrada a lidiar con los escándalos, y no solo por su padre y James. Ahora sabía que, al parecer, su madre también tenía una vida secreta que él había desconocido por completo.

Un bebé… No sabía si era niño o niña, pero sí sabía todos los problemas que podía acarrear. Sin embargo, a pesar de todo, sentía alivio mientras esperaba a Violetta. Gabi iría pronto allí.

Levantó la cabeza cuando Violetta entró sin llamar y se acercó a la mesa después de cerrar la puerta.

–Necesito tu discreción.

–La tiene.

Violetta también hacía muy bien su trabajo.

Capítulo 10

GABI! ¡Gabi!

Bernadetta cruzó el vestíbulo casi corriendo. Gabi llevaba un florero con rosas del Sahara para subirlo a la suite nupcial. Ya debería haberlo subido la gobernanta, pero las cosas estaban un poco descuidadas en el Grande Lucia desde que Alim no estaba allí.

–Sí… –contestó ella con cansancio.

Era el primer día que volvía a trabajar y parecía como si no se hubiese ido nunca. Le había costado abandonar a Lucia, pero su madre le había prometido que la llevaría a la hora del almuerzo para que le diera un abrazo. Ella solo esperaba tener tiempo para dejar de trabajar un poco a la hora del almuerzo.

Había muchas cosas que deberían haberse resuelto hacía mucho tiempo y que habían quedado pendientes para cuando ella volviera. Por ejemplo, acababa de tener una discusión muy acalorada con ese chef tan temperamental.

–Ya sé que va impresionarte… –dijo Bernadetta.

Gabi ni siquiera puso los ojos en blanco porque ya se había llevado bastantes impresiones esa mañana. Había comprobado que la tarta estaba prevista para el *próximo* sábado. Las flores se habían entregado, siguiendo las instrucciones de Matrimoni di Bernadetta, en el sitio donde se celebró la última boda. El caos era absoluto. Nadie le había dicho al chef que dieciocho invitados querían el menú sin gluten, que cuatro eran veganos, que otros cuatro eran kosher y que cinco eran halal. Efectivamente, había pocas cosas que pudieran impresionarla, ¡menos que el novio se hubiese fugado con otra!

Sin embargo, pronto iba a comprobar lo equivocada que estaba.

–Matrimoni di Bernadetta va a organizar la boda del sultán Alim…

Gabi estuvo a punto de soltar el florero. ¿Podía saberse en qué estaba pensando Alim? Mejor dicho, no estaba pensando en nada, o, al menos, no en ella. Había que organizar su boda y se había limitado a llamar a los mejores sin importarle el daño que podía hacerle a ella.

Entonces, Bernadetta siguió hablando.

–Alim ha pedido que vayas allí mañana para que te reúnas con su relaciones públicas.

Esa vez, soltó el florero porque, en ese momento, no había nadie más despiadado que Alim. Se hizo añicos contra el suelo y el agua y

los cristales se mezclaron con las maravillosas rosas. Sin embargo, ni Gabi ni Bernadetta lo miraron.

–No puedo ir –replicó Gabi–. Es imposible, tengo una hija…

–Lo sé.

–No puedo dejarla –el miedo le atenazó el corazón porque quizá Alim lo supiera y estuviese planeando que la llevara…–. No le han puesto todas las vacunas…

–Por el amor de Dios –Bernadetta resopló–. ¿Crees de verdad que iba a mandarte con un bebé para un trabajo tan importante?

–¿Le has hablado de ella?

Gabi estaba de rodillas e intentaba no llorar mientras recogía los cristales y le daba vueltas a la cabeza con miedo de que Alim estuviese tramando arrebatarle a Lucia. Efectivamente, era una soñadora, pero algunos de esos sueños eran pesadillas.

–Claro que no le he dicho nada al sultán. ¿Qué iba a importarle a él? Ha pedido que le organicemos una boda real –Bernadetta estuvo a punto de ponerse a gritar–. No le interesa tu vida personal.

–No quiero ir –replicó Gabi–. Manda a otra persona.

–Alim quiere que vayas tú. Dice que tienes ojo para la atención y… –Bernadetta estuvo a punto de atragantarse al decir lo siguiente–. Me dijo que quiere que se te pague como es debido…

Entonces, le dijo la cifra que le ofrecía Alim por ese breve viaje. ¿Era su forma de disculparse? ¿Era la extraña manera que tenía de reparar lo que le había hecho? Sophie se acercó para ayudarla a recoger el estropicio y ella se sentó en los talones mientras intentaba aclarar las ideas, aunque Bernadetta no le dio ni un segundo.

–Gabi, si me privas de este contrato, no te molestes en volver por aquí a trabajar. Además, no creo que tuviera que explicarle a nadie que fuiste tú quien rompió el trato.

Bernadetta se marchó y ella se quedó allí sentada.

–Puedo fregar alrededor de ti.

Sophie sonrió y la ayudó a levantarse.

–No quiero dejar a mi hija.

–Entonces, no vayas –replicó Sophie–. Dile que se vaya a paseo.

Gabi sonrió porque Sophie era siciliana y más batalladora que ella, pero le tembló la sonrisa y las lágrimas se acercaron peligrosamente.

–No quiero organizar su boda.

Supo que había hablado demasiado, pero Sophie era su amiga más querida, aunque no se imaginaba siquiera que Alim era el padre de Lucia.

–¿Te quedaste prendada de él? –le preguntó Sophie.

Su madre, cuando llevó a Lucia, no se quedó muy contenta ante la idea de que su hija fuese a viajar a Oriente Próximo. Se encontraron en el vestíbulo y solo tuvo tiempo de darle un abrazo muy fugaz a su hija mientras le contaba la noticia a su madre.

–Gabi, ¿no ha llegado el momento de que busques un empleo más… cómodo?

–Me encanta mi trabajo y lo hago bien.

–Claro, pero tienes que renunciar a algunos sueños cuando tienes un hijo. Cuando yo me enteré de que estaba embarazada de ti, tuve que renunciar a los estudios…

Gabi cerró los ojos porque ya lo había oído muchas veces. Sin embargo, la historia no iba a repetirse. Levantó a Lucia y captó su olor de bebé. Lucia, si acaso, hacía que quisiera llegar más lejos, el amor que sentía por su hija hacía que quisiera ser mejor. Además, efectivamente, le costaría dejarla, pero el dinero les vendría bien y esa ocasión sería un impulso para su profesión.

Sin embargo, sobre todo, podría contarle su historia a Lucia porque habría visto el país de Alim sobre el terreno. Ella se había criado sin saber nada sobre su padre, pero a su hija no iba a pasarle lo mismo.

–¿Puedes cuidar dos noches a Lucia?

–Sabes que sí.

Gabi la dio las gracias a su madre. Sabía que Lucia estaría en buenas manos y, aunque era su preocupación principal, no era la única. Quería estar segura de que no estaba cayendo en una trampa y llamó al número que le había dado Bernadetta. Conocía la voz de Violetta y se acordó de que había tratado con ella algunos asuntos de la boda de Mona y James.

–A Alim le preocupa que los invitados europeos no entiendan las costumbres de Zethlehan –le explicó Violetta–. Dijo que tienes buen ojo para los detalles. Queremos que la boda vaya como la seda y que se satisfagan todas las necesidades de los invitados.

–¿Con quién voy a tratar?

–Sobre todo, conmigo, pero también con el director del hotel donde se alojarán los invitados. Tú también te alojarás ahí para que puedas tener una idea general.

–Entiendo.

No había una fecha fija todavía, pero Violetta repasó la lista de invitados. Conocía algunos nombres. Bastiano Conti estaba entre

ellos y ella sabía que era amigo de Alim y que estaba a punto de ser el nuevo propietario del Grande Lucia.

Le pareció que no era una trampa.

Era más complicado y lujoso que todo lo que había hecho hasta ese momento, pero acabó pareciéndole que solo era una boda más.

–¿Dónde se celebrará?

–Habrá dos celebraciones –le explicó Violetta–. Primero habrá una reunión pequeña e íntima con la familia y los ancianos, pero nosotros nos ocuparemos de esa. Luego, se celebrará una recepción en el palacio. Tú tendrás que ayudarnos a transportar a los invitados y te cerciorarás de que llevan un atuendo adecuado –le explicó la etiqueta a Gabi–. También te ocuparás de los distintos tipos de comida que exigen. Una vez aquí, podrás hablar con el cocinero jefe del palacio. Estaría bien que trajeras algunas propuestas que él pueda añadir. Será un banquete tradicional, pero queremos algunas alternativas para satisfacer todos los paladares.

–Entiendo –Gabi tragó saliva e hizo un esfuerzo para ahondar un poco más–. Cuando esté allí y hable con el sultán Alim, podré preguntarle…

–¡No! –la interrumpió Violetta–. Ya sé que trabajaste con el sultán en el Grande Lucia, pero las cosas son muy distintas aquí. No tendrás trato con el sultán, tratarás directamente conmigo.

Ese fue el verdadero motivo para que aceptara. Necesitaba contactos, y no los normales y corrientes, y Violetta sería uno muy bueno. Algún día tendría que hablarle a Alim de Lucia y, como estaba comprobando, no se podía llamar al palacio y pedir que la pusieran con el sultán.

Entonces, para el inmenso placer de Bernadetta, Gabi aceptó.

–Tienes que irte a casa para prepararte –por primera vez, Bernadetta le dijo que se fuera antes–. ¿Tienes pantalones negros…?

Gabi había recuperado las curvas y notó la mirada de censura de Bernadetta.

–Sí, los tengo.

Solo esperaba que pudiera ponérselos.

–¿Qué va a pasar con esta boda? –le preguntó Gabi a Bernadetta–. Todavía hay que hacer muchas cosas.

–Creo que puedo apañarme –contestó Bernadetta–, aunque si pudieras ocuparte de las flores antes de marcharte…

Era una vaga hasta el final. Sophie le encontró otro florero y Gabi arregló las flores con las manos temblorosas. Entonces, oyó que entraba un correo electrónico. Vio que era de Violetta y tomó la tableta para leerlo. El vuelo salía al día siguiente a mediodía y era

en primera clase. Todo resultaba un poco abrumador. No el viaje y que fuese a abandonar a la pequeña Lucia, sino que fuese a casarse el hombre al que amaba. Salió con las flores y no podía entender que el corazón pudiera latirle mientras organizaba su boda.

–Hola.

Un hombre la saludó mientras iba a llevar las flores a la suite nupcial y ella, distraída, saludó con la cabeza al atractivo desconocido.

–¡Gabi!

–¡Ah! –se paró cuando oyó su nombre y se dio cuenta de que era Raul, uno de los posibles compradores del hotel. También se acordó de por qué la conocía–. Estaba en el salón de baile cuando Alim…

No terminó la frase al acordarse de que Alim la había regañado y se había desentendido de ella. ¡Había sido el día que nació Lucia! Se había enfadado mucho con Alim, aunque ese desconocido no tenía la culpa de nada.

–Esperaba verlo.

–¡Que tenga suerte! –Gabi puso los ojos en blanco–. Ha vuelto a su país.

–Ah…

–Para casarse.

–Entiendo.

–En realidad, estoy organizándole la boda.

Gabi se sentía como si estuviese a punto de llorar.

–¿Podría decirle que tengo que hablar con él?

–Soy una organizadora de bodas –contestó Gabi dando rienda suelta a un poco de su rabia–, no tengo trato directo con el sultán.

Le costó muchísimo despedirse de Lucia. Había pasado el fin de semana en casa de su madre. Había vuelto al trabajo el día anterior y le había parecido que abandonar a su hija durante doce horas era un tormento, pero iba a tener que marcharse durante dos días y dos noches.

Pasaría un día viajando a Zethlehan y dormiría en un hotel muy lujoso. Al día siguiente se reuniría con Violetta y volvería Roma por la noche. Luego, podría volver a ver a Lucia por fin. No había podido amamantarla y no había inconveniente con eso, pero le dolía verla dormida en la cuna y saber que estaba a punto de marcharse.

–No la despiertes –le avisó Carmel cuando vio que su hija estaba a punto de tomarla en brazos.

–Gabi, este fin de semana no la habrías visto casi aunque no hubieses ido a Zethlehan. Con esa boda y…

–Lo sé.

Trabajaba mucho tiempo y sabía que estaba pidiéndole mucho a su madre solo para conservar el empleo. Carmel había criado sola a una hija y no quería hacerlo otra vez. En ese momento, había que hacer frente a algunos gastos y su madre había accedido a ayudarla con Lucia durante unos meses, pero después…

–Podrías trabajar con Rosa –comentó Carmel.

Ella lo había pensado, pero no quería otra jefa por mucho que apreciara a Rosa. Aun así, era la solución más pragmática. En ese momento, estaba más que agotada y notaba que los sueños se le escapaban de la mano.

Carmel bajó a comprobar si había llegado el taxi y Gabi le dio un beso en la mejilla a su hija. Quería lo mejor para ella y por eso estaba a punto de embarcarse en esa aventura… ¡y menuda aventura!

Ya había viajado en avión antes, pero solo en el interior de Italia y por motivos de trabajo. Naturalmente, Bernadetta había viajado en primera clase mientras ella se había sentado en el rincón más remoto del avión.

Esa vez, todo era completamente distinto.

Le ofrecieron champán incluso antes de despegar, pero declinó la oferta y bebió agua. No había engordado mientras estaba embarazada y había estado delgada durante dos días después de que naciera Lucia, hasta que le subió la leche y había recuperado las curvas.

Le sirvieron una comida, le prepararon la cama y, mientras iba a ponerse el pijama, le preguntaron si quería que la despertaran para comer algo más antes de que aterrizaran. Era un vuelo de nueve horas y estuvo a punto de contestar que era imposible que no se despertara, hasta que se acordó de que no estaba con Lucia.

–Me encantaría –contestó a la azafata.

Apagaron las luces y Gabi se quedó tumbada, y convencida de que no podría dormir por los nervios. Sin embargo, se despertó cuando le tocaron en el hombro con delicadeza y le comunicaron que iban a servirle la comida. Había dormido siete horas. No solo había sido la primera vez que dormía bien desde que nació Lucia, había sido la primera vez que dormía bien desde que Alim había zanjado las cosas tan despiadadamente.

Se sentía descansada y nada nerviosa.

Fue a un cuarto de baño muy agradable donde había una ducha.

Le pareció maravilloso ducharse en el cielo y se tomó la píldora después de haberse lavado los dientes y peinado el pelo. No la tomaba porque fuese a necesitarla, pero la tomaba todos los días. No por la situación ni para estar preparada para Alim, sino porque le había asustado la negligencia absoluta de aquella noche. Se había dado cuenta, a la cruda luz del día, que no sabía lo que hacía cuando estaba en la cama con Alim. La había poseído por completo durante la noche. Esa falta de cabeza y de dominio de sí misma había hecho que se jurara que nunca volvería a ser tan necia, que no correría más riesgos.

Entonces, se puso los gruesos pantalones oscuros y también se juró que, si alguna vez tenía su propia empresa, la ropa estaría hecha medida.

Volvió a su asiento con el ligero tentempié, miró al mar por la ventanilla y corrigió lo que acababa de pensar. Cuando tuviera su propia empresa. El sueño era increíblemente curativo y la distancia, mezclada con el susurro del avión, le permitía pensar con más claridad.

Alim había sido desagradable cuando hablaron aquella mañana y le había dicho que su madre la utilizaba como una excusa. Sin embargo, quizá hubiese tenido razón. No le dio más vueltas a las ideas de su madre y se concentró en su propio futuro, y en el de su hija. También quería mejorar el porvenir de su hija.

Sin embargo, antes tenía que pasar esos días. ¿Lo vería? Esperaba que sí.

El daño, la rabia y que fuera a casarse debería bastar para enterrar definitivamente lo que sentía hacia él. Sin embargo, brotaba una y otra vez, y más desde que había nacido Lucia porque recordaba toda su magia cada vez que su hija abría los ojos, y lo imposible que era todo para ellos.

El piloto les había avisado de que había vientos cruzados y los notó mientras aterrizaban. Se le encogió el estómago cuando vislumbró el palacio y le recordó lo poderosa que era la familia al–Lehan. Era blanco y magnífico y se erigía en el borde de un acantilado sobre el mar y la ciudad. Zethlehan también le había sorprendido al verla desde el cielo porque era una mezcla muy variopinta de edificios antiguos con otros resplandecientes y modernos.

Había leído sobre la historia del país y sobre la familia real, cuyo linaje se remontaba a cuando el país recibió su nombre. Era un país progresista en muchos sentidos. Por ejemplo, la hija primogénita podía gobernar ese impresionante país, y lo había

hecho. El marido y los hijos de la princesa del desierto habían tomado el nombre al–Lehan. Si bien se decía que algunos hijos habían nacido en el harén, las leyes eran claras, no se consideraban parte de la dinastía al–Lehan. Los hijos como Lucia y James quedaban relegados. Eran familiares en la sombra, que estaban ocultos, no se les reconocía y nunca se hablaba de ellos. Lucia se merecía algo más y ella también. No podía olvidarse de eso, se dijo a sí misma mientras las ruedas tocaban el suelo.

Había llegado a Zethlehan, donde, según le habían dicho, eran las cinco de la tarde.

Se acordó de las instrucciones de Violetta y se puso un pañuelo sobre la cabeza y los hombros, pero no lo llevaba con la misma naturalidad que las demás mujeres.

Abrió la tableta y lo primero que vio fue un mensaje de su madre con una foto preciosa de Lucia. Estaba tumbada boca abajo, pero levantaba la cabeza y sonreía de oreja a oreja. Era su foto favorita y pasó un dedo por la sonrisa de su hija.

Llevaba tacones, por imposición de Bernadetta, y les sacaba una cabeza a todas las mujeres que desembarcaban. Recibió una bofetada de calor. El viento era ardiente y le abrasó los pulmones al respirar, pero enseguida llegó al frescor del aeropuerto y llamó a casa.

–Lucia está bien –le contó Carmel–. ¿Has recibido la foto que te mandé?

–Sí –contestó Gabi con una sonrisa.

–Te oigo muy mal, no te oigo casi –se quejó su madre.

–Volveré a llamarte mañana. Dale un beso a Lucia de mi parte.

Paso de largo por la aduana, porque tenía una carta del palacio y solo llevaba equipaje de mano, y enseguida se encontró en la terminal de llegadas.

–¡Gabi!

Reconoció inmediatamente a Violetta y le gustó ver una cara conocida aunque hubiesen trabajado muy poco tiempo juntas.

–¿Qué tal el viaje? –le preguntó Violetta.

–Maravilloso –contestó ella–. He dormido casi todo el tiempo.

–Perfecto –Violetta asintió con la cabeza–. Me alegro de que estés descansada. Vamos por aquí, vamos a tomar un helicóptero.

–¿Un helicóptero?

–Claro.

Violetta lo dijo con tanta despreocupación que Gabi supuso que, si trabajabas con la familia real, tomar era un helicóptero era como tomar un taxi. El aparato estaba esperándolas y Gabi se montó, se

abrochó el cinturón de seguridad y se puso los auriculares que le dio Violetta.

–Hace mucho viento –le avisó Violetta–. Es posible que sea un viaje agitado.

Se elevaron en el cielo y se le revolvió el estómago. El aeropuerto estaba un poco alejado y pudo volver a ver el impresionante perfil de la ciudad que había visto desde el avión. La vista era más increíble todavía que antes. El sol estaba empezando a ponerse y el cielo tenía un tono tan rosa que hasta el palacio parecía pintado de ese color. Había cierta calima sobre la ciudad, pero el helicóptero giró hacia la derecha y la perdió de vista. Estiró el cuello para ver el mar y orientarse, pero la vista había desaparecido de la ventanilla y giró la cabeza para mirar por el otro lado. Estaba alejándose y apretó los dientes al ver que el palacio se desvanecía. Miró a Violetta, quien miraba tranquilamente por la ventanilla. Sin embargo, la ciudad se había esfumado y, si miraba abajo, solo veía algún edificio antiguo de vez en cuando.

–¿Adónde vamos?

Violetta no contestó y Gabi se dijo que quizá hubiera dos ciudades y dos palacios, aunque sabía que eso era imposible. ¿Se habría desviado el piloto por el viento? Había recelado desde que aceptó ir a Zethlehan, pero en ese momento estaba empezando a saber lo que era el miedo de verdad.

–¡Violetta! –la llamó con más fuerza.

Quizá estuviese estropeado el micrófono porque Violetta no contestó cuando la llamó por su nombre. En ese momento, cuando miraba por la ventanilla, solo se veía desierto. El sol ya estaba muy bajo y la arena interminable parecía oro derretido. El viaje parecía eterno, pero por fin vio el nebuloso blanco de una tienda del desierto.

Aun así, hizo un esfuerzo para mantener la calma mientras Violetta y ella se bajaban del helicóptero. ¿En qué habría estado pensando Bernadetta cuando la obligó a llevar zapatos de tacón?, se preguntó mientras se los quitaba y corría por debajo de los rotores.

–¿La boda va a celebrarse en el desierto? –preguntó Gabi aunque los rotores apagaron su voz–. ¡Violetta!

Volvió a llamarla, pero se dio la vuelta y vio que Violetta no estaba a su lado, que había vuelto debajo de los rotores y estaba montándose otra vez en el helicóptero

–¡Espera! –gritó Gabi.

Violetta no esperó y el helicóptero se elevó. La arena se convirtió en un remolino y se tapó los ojos con los brazos y la nariz y la boca con la chaqueta. Le abrasaban las plantas de los pies y nunca había tenido tanto miedo ni se había sentido tan sola y tan necia por haberse creído que la llevaban allí por trabajo.

Por fin, cuando el helicóptero había dejado de verse y la arena había dejado de dar vueltas, se quedó asustada, pero no sola. Allí estaba Alim, pero era un Alim que no había visto nunca. Siempre había estado impecablemente afeitado, pero no lo estaba en ese momento. En vez de los trajes que solía llevar, llevaba una túnica negra y una kufiya en la cabeza. Estaba completamente inmóvil, era imponente y ella se sintió como si fuera su presa. Se acordó de cuando vio a su padre cruzando el vestíbulo del hotel y de que entonces había vislumbrado el poder de los al–Lehan; en ese momento, sentía toda su fuerza.

Efectivamente, era su presa. La había buscado, la había encontrado y la tenía a su alcance. Mientras estuvieron allí, esperando, la oscuridad cayó sobre ellos porque fue como si el desierto se hubiese tragado el sol.

Gabi echó a correr.

Era algo absurdo, pero le dio igual porque solo quería alejarse de él, aunque no llegó muy lejos. Alim la alcanzó inmediatamente y la agarró del brazo, pero sentía tanto pánico que se zafó e intentó echar a correr otra vez, hasta que se cayó al suelo y se quedó boca abajo con la cabeza en el brazo. Sabía que él estaba por encima de ella y que no tenía a donde correr.

–Gabi…

Su voz era fastidiosamente tranquila y espantosamente, dolorosamente conocida. A pesar de su vestimenta, a pesar de ese entorno desconocido, él seguía siendo el Alim que conocía. Se sintió aliviada aunque no debería porque podía notar las lágrimas de pánico. También quería darse la vuelta, quería levantarse para mirarlo, pero ganó la rabia.

–Me has tendido una trampa.

–Ven adentro.

–¡No quiero ir adentro!

Sin embargo, tomó la mano que él le tendió, se levantó y se limpió la arena mientras el viento le arremolinaba el pelo.

–¡Esto es un secuestro!

–Eres muy melodramática –replicó él encogiéndose de hombros.

–En mi país esto no tiene nada de melodramático. Tu secretaria me dijo que no tendría que verte siquiera…

–Violetta garantizó la discreción. ¿No quieres que pasemos un rato juntos? Yo sí quiero –Alim tuvo que gritar para que lo oyera con el viento–. ¿No quieres que hablemos y nos pongamos al tanto de todo lo que ha pasado?

¡Eso era lo que menos quería! Alim no podía enterarse de la existencia de Lucia mientras la tuviera allí.

–Ven adentro –repitió Alim.

El tono autoritario de su voz le indicó a Gabi que no iba a tolerar que cuestionaran sus órdenes, pero le dio igual.

–No quiero.

Ella lo gritó, pero el viento se llevó sus palabras, que se perdieron en la noche. Se le llenó la boca de arena y sabía que era una discusión inútil porque no podía sobrevivir en ese sitio. Había visto desde el cielo lo aislado que estaba.

Él le tendió la mano para llevarla a la tienda de campaña, pero ella la rechazó y se mantuvo firme unos instantes. Alim no iba a quedarse a merced del viento mientras intentaba convencerla. Si echaba a correr otra vez, la encontraría enseguida porque conocía bien el desierto y ella, con esa ropa y ese viento, no daría muchos pasos.

Aun así, sintió alivio cuando llegó a la tienda, se dio la vuelta y la vio donde la había dejado. Esperó y, después de una breve vacilación, vio que Gabi supo que estaba vencida. No tenía más remedio que entrar en la tienda y estar con Alim. El desierto no le dejaba muchas alternativas, se dijo a sí misma. La verdad era que quería estar con él.

Capítulo 11

GABI no quería entrar, pero por motivos muy personales; le daba miedo que pudiera gustarle.

Alim se apartó y ella entró en un silencio relativo. Dejó los zapatos y la bolsa de viaje y notó que él la seguía. Las alfombras le acariciaban los pies descalzos y las lámparas de aceite proyectaban una luz suave sobre las paredes, aunque daban testimonio del viento que hacía fuera.

Era un refugio e hizo un esfuerzo para no bajar la guardia. La nota exótica que captó por primera vez cuando bailaron era más evidente en ese momento, flotaba en el aire y la aislaba de todo lo que la rodeaba. Era complicado sentirse asustada cuando Alim estaba tan cerca. Sin embargo, estaba enfadada.

–No hay nadie más –le comunicó Alim cuando la vio recorrer la zona de estar.

Ella miró el techo, que estaba muy alto, y se sintió espantosamente baja.

–Entonces, gritar no sirve de nada.

Alim dejó escapar un suspiro.

–Gabi, eres muy melodramática. Lo que he querido decir es que nadie nos molestará ni oirá nuestra conversación.

Quería dejarle muy claro que, dijeran lo que dijesen, quedaría entre ellos. Por el momento.

Naturalmente, un bebé cambiaría las cosas; Violetta tendría más trabajo, pero esperaba que, cuando Gabi se marchara, sabría que se ocuparían del bebé y de ella.

Desde que se enteró de que había estado de baja por maternidad, había intentado averiguar todo lo que había podido y había utilizado todos sus contactos para reunir información. Había resultado ser sorprendentemente complicado.

Gabi no trabajaba para el Grande Lucia, pero había averiguado que estaba de baja por maternidad. Había una grabación reciente de las cámaras de seguridad en la que se veía a Gabi en el vestíbulo del Grande Lucia mientras hablaba con una mujer que le entregaba un bebé. Él había mirado con atención la grabación borrosa y se había sorprendido a sí mismo conteniendo la respiración y ampliando la imagen para intentar ver mejor a su hijo. ¡Su hijo! Había sentido un arrebato protector y los planes de llevar a Gabi al desierto se habían precipitado. Todavía no sabía si era niño o niña. Además, a juzgar por su silencio, empezaba a darse cuenta de que Gabi no tenía prisa

en comunicarle la noticia.

–Creo que hay que hablar de muchas cosas –comentó Alim–, ¿no crees?

Sin embargo, Gabi negó con la cabeza.

–No tengo nada que decirte.

Él estuvo a punto de decirle que eso no era verdad, pero prefirió esperar al momento más adecuado. Entendía que ella estuviera atónita y enfadada y por eso le dio tiempo para que se repusiera.

–¿Por qué no vas a cambiarte? –le propuso Alim mientras señalaba hacia una zona con una cortina.

–¿Cambiarme?

–Date un baño y cámbiate y podemos hablar después.

–Alim, estoy retenida en el desierto contra mi voluntad y esperas que vaya a ponerme algo más cómodo…

–No me gusta ese traje –Alim se encogió de hombros–. Además, te recuerdo que a ti tampoco.

Ella se quedó donde estaba. La verdad era que no tenía nada más cómodo. Solo tenía el pijama, otro espantoso traje negro, una falda de tubo corta y un top. Había hecho el equipaje a toda velocidad.

–Solo tengo los trajes –reconoció ella.

–Estoy seguro de que ahí encontrarás algo.

Alim volvió a señalar hacia la cortina, pero ella no se movió.

–Gabi, no estás retenida. Si quieres que te pida el helicóptero, lo haré, solo tienes que decírmelo.

Sin embargo, Gabi no se lo pidió. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la zona que la había señalado Alim. Apartó las cortinas y fue como entrar en un joyero inmenso. Las paredes eran de terciopelo rojo, que acarició, y las lámparas con cuentas de cristal iluminaban el techo. Era una colección de tesoros insólitos con una cama muy grande y con una colcha preciosa en el centro.

Se acercó y vio una túnica oscura encima. La luz era muy tenue y no pudo distinguir el color, pero la levantó y notó que la tela era tan suave como las paredes de terciopelo. También había un tocador con frascos tapados. Eligió uno, olió el aroma a almizcle y, entonces, se vio en el espejo. Su aspecto era espantoso. Tenía el pelo alborotado y lleno de arena y el maquillaje que se había puesto en el cuarto de baño del avión le caía por las mejillas.

Miró hacia la zona tapada con un biombo y la curiosidad su adueñó de ella. La iluminación era más tenue todavía, pero pudo ver una bañera profunda casi llena. Metió la mano dando por supuesto que el agua estaría fría, pero no era así. Dejó la mano

dentro un rato para sentir la calidez. Sin embargo, no lo entendía y volvió donde estaba Alim. Estaba tumbado sobre unos cojines, se apoyaba en un codo y no se inmutó en absoluto por su airada aparición.

–Dijiste que no había nadie más.

–Y no lo hay.

–Entonces, ¿quién ha llenado la bañera?

Él la miró y sonrió por el recelo que captó en sus ojos, que se convirtió en un ligero asombro cuando contestó.

–Yo.

–¿Tú?

–El agua llega directamente de unos manantiales del desierto y yo le añadí unos aceites que, en teoría, son relajantes.

Ella sintió un escalofrío, aunque uno placentero, y se imaginó a Alim allí solo y preparando el sitio para cuando llegara ella. Sabía que tenía que estar muy despierta cuando estuviese con él.

–¿Elegiste tú la túnica? –le preguntó Gabi en un tono algo sarcástico.

–No –contestó Alim–. Fue Violetta.

–¿Ella te prepara la ropa de tus amantes?

–Violetta se ha esforzado para que estemos cómodos y solos. Cenaremos cuando quieras.

–He comido en el avión.

–Entonces, no hay prisa, tómatelo con calma.

Hacía muchísimo tiempo que Gabi no oía esas palabras. Sencillamente, no había tiempo en un día para que hiciera todo lo que tenía que hacer. Que se cambiara con calma para cenar le parecía todo un lujo. Quiso decir algo punzante solo por discutir, pero no se le ocurrió nada. Quería dejar claro que estaba allí en contra de su voluntad, pero su voluntad decía otra cosa porque la verdad era que sí quería estar allí.

–Gabi –él intentó atraer su mirada, pero ella no se dejó–. Hay un asunto pendiente entre nosotros.

–No sé qué quieres decir.

–¿Vas a decirme que no has pensado en mí?

–Lo he intentado por todos los medios.

–¿Ha dado resultado?

No. El silencio de ella fue muy elocuente, pero la sorpresa llegó cuando habló él.

–A mí tampoco me ha dado resultado.

Gabi lo miró a los ojos y vio el destello de deseo. Si bien estaba enfadada, también estaba aliviada, no solo por verlo, sino porque él

también quería verla. No se había sentido dolida solo por el repentino final de su aventura, también le había dolido que hubiesen quedado muchas cosas en el aire. Durante esos meses se había sentido como si se hubiese vuelto loca lentamente. Por el embarazo, claro, pero también porque había revivido una y otra vez la noche que habían pasado juntos y la mañana siguiente, como si fuese una película que volvía a empezar cuando se acababa. Lo analizaba e intentaba entender dónde se había torcido todo, y quería saberlo.

–Adelante –le dijo Alim.

Ella se dio la vuelta y desapareció. Él se alegró porque la tentación entre ellos era muy grande y eso no era lo más indicado para mantener una conversación lógica. Durante los meses que habían estado separados se había repetido una y otra vez que lo más probable era que tuviera un recuerdo idealizado del tiempo que habían pasado juntos y que la abstinencia había hecho que el recuerdo de ella fuese mejor. No era así y por eso la alejó de él.

Ella se dio la vuelta y aquello se convirtió en un tocador cuando las cortinas se cerraron. Volvió al recinto tenuemente iluminado y se desvistió sin prisa ni miedo de que fuesen a molestarla. No había ni puertas ni pestillos, pero ese espacio era tan femenino que supo que se lo habían asignado a ella. Asignado… Se metió en la bañera. No le gustaba esa palabra, pero sabía que era la acertada.

Ese refugio en el desierto era un escondite para amantes, pero no iba a ser su amante esa noche. La rabia que sentía por estar allí contra su voluntad hacía que le bullera la sangre y lo notaba en el calor y el peso de los pechos y las entrañas

Salió de la bañera, pero no encontró nada para secarse y, desde luego, no iba a pedírselo a él. Tampoco se puso los aceites que habían dejado para ella, ni el pintalabios o el kohl para los ojos. Se limitó a pasarse un peine de plata por el pelo y, mojada, se puso la túnica sobre el cuerpo desnudo. Era morada, tenía un escote bastante abierto y el terciopelo se ceñía a la piel. Podía negarse a sí misma que deseara a Alim, pero el reflejo en el espejo decía otra cosa. Tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas como si acabase de tener un orgasmo, o estuviese a punto de tenerlo.

Alim estaba sentado a una mesa baja y la observó mientras se acercaba. El vestido se le ceñía atractivamente al cuerpo y el pelo, mojado y retorcido, le colgaba por el hombro derecho y le goteaba sobre el pecho.

–No hacía falta que te molestaras tanto –se burló Gabi mientras se sentaba enfrente.

Daba por supuesto que Violetta había preparado los manjares y que ella no se había fijado hasta ese momento.

–¿Y por qué no?

–Quería decir –contestó Gabi en un tono un poco chillón–, que, evidentemente, Violetta ha estado muy ocupada.

–Yo elegí el banquete.

Alim tomó una frasca preciosa y le sirvió un líquido muy transparente en la copa. Al hacerlo, ella captó un olor cítrico.

–Violetta se cercioró de que todo estuviese preparado. No obstante, yo me ocupé de los detalles de última hora mientras te bañabas.

Ella puso los ojos en blanco para indicarle que no se lo creía en absoluto.

–Me parece que no entiendes la intimidad que tenemos aquí –añadió Alim mientras le ofrecía uno de los manjares–. No se trae a una mujer aquí para que trabaje.

Gabi mordió uno de los hojaldres que había elegido. Estaba relleno de una carne suculenta con granos de granada. Entendió lo que había dicho él, pero no iba a sucumbir a la seducción.

–¿Por qué? –preguntó ella–. Porque no quieres que esté demasiado cansada para tener relaciones sexuales.

Él esbozó esa sonrisa lenta que tenía y ella se olvidó de su poder. Era Alim y podrían estar sonriéndose en el vestíbulo del Grande Lucia.

–O demasiado cansada para conversar –contestó Alim–. O demasiado cansada para tumbarse a mirar las estrellas. Hay muchos motivos, aparte del sexo, para venir al desierto. Vamos a conocerlos.

Gabi resopló porque él había vuelto a hacerlo. Cuando había creído que le había marcado un gol, él se tomaba la revancha. El sexo era la parte menos complicada.

–Hace mucho tiempo que no hablamos –siguió Alim.

–Creo que no hay nada de que hablar –ella sonrió, pero no fue una sonrisa dulce ni mucho menos–. Aparte del motivo para que esté aquí, ¡tu boda! –entonces la sonrisa amarga se desvaneció y estuvo a punto de desmoronarse al mostrarle algo de su dolor–. ¡Qué despiadado eres!

–Gabi, no estás aquí para organizar mi boda. Me lo inventé para que pudiéramos estar solos.

–De modo que arruinas mi carrera profesional porque quieres

tener una conversación…

Ella titubeó porque el aire estaba muy cargado y sabía que los dos anhelaban algo más que una conversación. El deseo permanecía después de todo y ese era uno de los motivos para que estuviera a la defensiva.

–¿Qué va a decir Bernadetta cuando vuelva sin el contrato?

–Ya se te ocurrirá algo.

Ella lo miró con rabia y los labios apretados.

–Sabes lo importante que es para mí el trabajo.

–Como he dicho, estoy seguro de que se te ocurrirá algo. ¿Qué tal te ha ido el trabajo?

–Como siempre.

Ella eligió un higo maduro, pero se le había quitado el apetito cuando empezaron las preguntas y se dio cuenta de que estaba jugando con la comida.

–¿Sigues teniendo mucho? –preguntó él, que sabía que acababa de volver de la baja por maternidad.

–Muchísimo.

Alim se dio cuenta de que no pensaba hablarle de su hijo. Estaba casi seguro de que era su hijo, pero tenía que cerciorarse.

–¿Y qué más has hecho aparte de trabajar?

Gabi dejó escapar una risotada amarga antes de contestarle.

–Has perdido todo derecho a preguntarme por mi vida privada.

–¿Has conocido a alguien? –le preguntó él–. ¿Por eso te incomoda tanto estar aquí?

Ella acababa de meterse la fruta en la boca y él observó cómo se la tragaba precipitadamente para contestarle.

–Me incomoda estar aquí por lo que me hiciste –contestó ella aunque sabía que se le notaban las lágrimas en los ojos–. No todos vamos saltando de cama en cama. Me hiciste daño, Alim, mucho. Entiendo que aquella noche podías estar aburrido y matando el tiempo…

–No es verdad.

–¡Basta!

Gabi se levantó de la mesa. Estaba cansada de ser educada y se alegraba de que no hubiera nadie y estuvieran en medio del desierto porque podía decir todo lo que se le pasaba por la cabeza y tan alto como le apeteciera.

–¡Ya me habías poseído, Alim! –gritó ella–. Estaba dispuesta a dejarlo así, a salir por la puerta y a volver a ser compañeros de trabajo, pero me ofreciste un año y un empleo. ¡Lo convertiste en más y luego me lo arrebataste! ¿Te excitó?

–Gabi…

Él intentó agarrarla de los brazos para contenerla, pero ella se zafó.

–Y ahora decides que quieres verme otra vez. Muy bien, Alim, pues yo no quiero verte a ti.

Unos lagrimones le caían por las mejillas y los dos sabían que estaba mintiendo. No verlo era una tortura y estar allí era un sufrimiento. Alim la tomó entre los brazos y fue un mal menor porque se dejó abrazar aunque se resistió un poco.

–No lo planeé para hacerte daño.

Él notó su rabia y su corazón acelerado antes de que replicara.

–Pues me lo hiciste.

Y mucho.

–Aquella mañana fui a desayunar con mi padre y me dijo que se había apelado al mandato.

Gabi frunció el ceño al acordarse de una conversación que tuvieron hacía muchos meses.

–¿La misma ley que se aplicó a Fleur y tu padre?

–La misma.

–¿Por qué no me lo dijiste aquella mañana y nos habríamos ahorrado todo este dolor?

–¿Dónde? –le preguntó Alim–. ¿En el vestíbulo del hotel?

–No, tienes todo un piso del Grande Lucia a tu disposición.

–Pero, según las leyes, no puedo estar con ninguna mujer a la que desee a no ser que sea mi futura esposa.

A la que desee… Sintió que ardía por dentro y apoyó la mejilla en la túnica de él para refrescarla, pero notó la calidez de su piel y oyó los latidos acelerados de su corazón.

–Está prohibido incluso que trabaje contigo y desearte. Cuando estaba enseñándole el hotel a Raul y me encontré contigo en el salón de baile, supe que tenía que marcharme o habría infringido las leyes con las que me he criado. Solo puedo tener una amante aquí, en el desierto.

–Entonces, ¿estás acampado aquí? –preguntó ella mirándolo.

Él sonrió y ella también sonrió un instante. Cuando lo miraba a los ojos, los problemas se esfumaban; cuando él sonreía de esa manera, ella se olvidaba del dolor y de lo furiosa que estaba.

–He ido al desierto –contestó Alim– solo.

–Ah…

Él la miró y se sonrojó un poco porque quería saber qué había hecho cuando estaba solo en el desierto.

–Cuando estoy aquí, pienso en ti.

–¿Y en la noche que pasamos juntos?

Ella lo preguntó porque, cuando estaba agotada, cuando anhelaba que se desvaneciera el recuerdo, la imagen de ellos dos la perseguía y no podía descansar porque él estaba en sus sueños.

–Pienso en aquella noche –contestó Alim–, y pienso en esto.

–¿En esto?

–En nosotros dos aquí.

Había pasado muchos meses resistiéndose a llevarla allí. La abrazó con más fuerza para que pudiera notar la erección. Subió una mano por la espalda hasta lo más alto de la columna vertebral sin dejar de mirarla a los ojos.

Ella sabía que tenía que dominarse, que no podía dejar que su hechizo la arrastrara más, pero también se decía a sí misma que sería la última vez. Sería la última vez que estaría en el desierto con él porque no volvería a engañarla.

Él le rozó los labios con los suyos. Ella intentó mantenerlos cerrados, pero se dio cuenta de que nunca se había olvidado de ese contacto. Alim subió la mano a su nuca y le entregó la lengua. Ella la recibió profundamente y le ofreció la suya. Se paladearon otra vez mientras él llevaba la otra mano a un pecho…

–Solo una vez –dijo ella.

Gabi lo decía en serio. No era como incumplir la dieta, era su regla más firme.

–¿Una vez? –le preguntó Alim mientras bajaba la mano entre sus muslos por encima de la túnica.

–Me refiero a una noche –ella modificó la regla mientras él le lamía la oreja–. Una noche y se acabó. No voy a ser tu amante del desierto, Alim.

Alim pensó que sería más que su amante del desierto, aunque decidió no decírselo. Como tenían un hijo, una vez casado sería su mantenida. Tenía que decírselo, pero no sintió remordimiento por guardarse esa información. Al fin y al cabo, Gabi se guardaba el mayor secreto de todos.

–Ven a la cama.

Había decidido que ella se lo diría allí, fuera como fuese.

Capítulo 12

ESA vez fueron al dormitorio porque Alim había decidido que sería una seducción más mesurada. No estaba acostumbrado a que le mintieran o le ocultaran información, al menos, por mucho tiempo.

La tomó de la mano y la llevó allí. El viento tocaba una melodía seductora cuando entraron y se miraron.

–Aquí no estamos prohibidos el uno para el otro –comentó Alim.

Sin embargo, sí era un amor prohibido.

Le pasó los dedos por la clavícula y le bajó la túnica para destaparle los hombros. Le acarició los pechos y los costados mientras su boca anhelaba la de él y deseaba sentir su peso encima.

–Te he echado de menos –reconoció Alim.

Ella no podía confesar cuánto lo había echado de menos porque la dejaría expuesta a todo lo que él pidiera.

–He pensado en ti –siguió él señalando la cama–. He pensado mucho en ti, ahí, en esa cama.

Ella tragó saliva por la imagen que había creado él y lo miró mientras se quitaba la túnica. Contuvo el aliento porque se había olvidado un poco de su belleza, pero estaba presenciándola otra vez. Le puso una mano en el pecho, cálido y granítico, y se besaron mientras hundía los dedos en la carne del torso.

–¿Has pensado en mí? –le preguntó él.

–Al principio, pero ya te he olvidado.

–No del todo –él le bajó la túnica hasta que cayó al suelo y acarició su cuerpo con avidez–. Dime qué tal has estado desde que me olvidaste.

Él la besó por todos lados mientras la bajaba con delicadeza hasta que estuvo tumbada sobre la suave seda.

–He estado… –ella vaciló y se preguntó qué diría él si le confesaba que todavía lloraba todas las noches hasta que se quedaba dormida–. Bien.

–Bien –repitió él mientras se tumbaba a su lado y se acariciaban mutuamente.

Sus brazos eran tan musculosos como recordaba y su erección todavía respondía a las caricias en el vello de los muslos. Alim se apartó de la sensual caricia y pasó una mano por el aterciopelado interior de sus muslos. Volvió a deleitarse con esa provocadora caricia, pero la atormentó al detenerse justo cuando ella estaba alcanzando la cima.

–¿Aluna vez pensaste en ponerte en contacto conmigo? –preguntó él.

Ella se mordió el labio inferior con frustración, pero fue un poco más sincera mientras él demoraba el placer.

–Quise, pero te marchaste a Zethlehan.

–Eso fue hace poco. Tuviste meses para ponerte en contacto conmigo.

–¿Para darte el placer de rechazarme otra vez?

Su respuesta, más sincera, recibió la recompensa de un beso intenso en el pecho, un beso que le dolió de lo exquisito que fue. Además, la acarició con los dedos por dentro e hizo que ardiera de deseo. Sin embargo, retiró los dedos y la boca y ella se acordó de lo bruscamente que habían acabado las cosas entre ellos. Cuando fue a separarle las piernas, ella las mantuvo cerradas, aunque acabó separándoselas con solo el roce de la palma de la mano y se puso entre las pantorrillas. Volvió a sentirse su presa. Él le levantó las rodillas y ella notó que se le encogía la garganta cuando bajó la cabeza.

–Gabi… –ella notó su aliento en su lugar más íntimo–. Dímelo…

¿Qué tenía que decirle? ¿Que lo amaba y que estaba volviéndose loca porque estaba en la cama en medio del desierto con un hombre que la había llevado hasta allí gracias a una mentira? Sin embargo, estaba haciendo un esfuerzo para no suplicarle.

Su lengua fue delicada al principio. Ella pensó que podía dejarse llevar por la caricia de su boca, hasta que fue bajando por el abdomen e introdujo la lengua dentro de ella y gimió.

–Dímelo… –repitió él.

–He pensado en ti.

Ya se lo había dicho. Su lengua estaba haciéndole el amor y sus dedos le hacían daño en los muslos, pero no habría dejado que aligerara la caricia lo más mínimo. Le daba vueltas a la cabeza buscando una almohada o un cojín, algo a lo que agarrarse, pero la paladeaba tan profundamente que acabó agarrándolo del pelo. No se había afeitado y tenía la barbilla áspera, pero había llegado a creer que nunca volvería a sentir un placer como ese.

–Alim…

Ella había vuelto a susurrar su nombre sin querer, como la noche que había nacido su hijo.

A Alim le gustó. Le gustaba que dijera su nombre mientras empezaba a llegar al clímax, pero también lo desesperaba porque no decía la verdad ni dominada por la pasión.

Se incorporó de entre sus piernas, la dejó en medio del clímax y

buscó un preservativo. Ella estuvo a punto de gritar por la desaparición repentina de las sensaciones. Él se elevó por encima de ella, quien anhelaba tenerlo dentro, aunque estaba ocupado tomando las precauciones que no tomó la primera noche.

–Por favor… –le rogó ella.

Estaba a punto de decirle que no se preocupara, que tomaba la píldora, pero ya daba igual porque estaba abriéndose paso dentro de ella.

–No queremos que te quedes embarazada…

Ella se dejó arrastrar por la felicidad, pero duró muy poco porque abrió los ojos como platos cuando Alim volvió a hablar.

–Otra vez…

¡Lo sabía! La dominaba el pánico y estaba tomándola, era un batiburrillo de sensaciones porque estaba desarbolándole todos los sentidos. Le hacía el amor sin contemplaciones y estaba llevándola al límite de la cordura. Decía cosas que ella no entendía, pero eran implacables y hoscas aunque la abrazaba con fuerza mientras acometía dentro de ella.

Ella le arañaba la espalda y también descargaba la rabia por haberla abandonado y por haber tenido que luchar para sobrevivir en un mundo donde no estaba él.

Sus dientes se chocaban, sus cuerpos se enzarzaban y ella le mordió el hombro, fue algo primitivo y se puso a gritar. Le ardían los muslos, pero le rodeaba la cintura con las piernas mientras sus rápidas embestidas la elevaban a un clímax tan profundo como lo sentía a él.

–Nunca…

Estuvo a punto de decirle que no volviera a mentirle nunca, pero ella llegó al orgasmo, él notó que sus contracciones lo arrastraban y las palabras dejaron de tener importancia. Cayó encima de ella y aspiraron un aire que les pareció limpio y fresco, como si hubiese pasado una tormenta… y había pasado.

Allí tumbados, Gabi pensó que Alim lo sabía. Él la besó con delicadeza porque la tormenta había pasado de verdad.

Capítulo 13

IBAS a decírmelo alguna vez?

Alim había esperado a que ella hubiese recuperado el aliento para preguntárselo.

–Sí.

–No te creo –él giró la cara para mirarla–. Te di la oportunidad y no dijiste nada.

–Quería decírtelo desde cierta distancia.

–¿Por qué?

Gabi no contestó porque no quería reconocer que se sentía débil cuando estaba cerca de él y que le había dado miedo lo que podría haber aceptado estando tumbada a su lado. Allí, le parecía que no podían hacer nada mal. Allí, en el desierto, ese amor no le parecía tan prohibido y, en realidad, la idea de ser su amante del desierto le parecía maravillosa.

–¿Qué tuvimos?

Su pregunta dijo algo muy importante, que aceptaba el hijo como suyo. Además, hizo la pregunta con tanta delicadeza que los ojos se le empañaron de lágrimas.

–Una niña.

Revivió aquellas horas solitarias, cuando dio a luz sin Alim al lado, pero, en ese momento, él le tomó la mano y ella le dijo el nombre de su hija.

–La he llamado Lucia.

–¿Está bien?

Ella asintió con la cabeza porque el cariño que captaba en sus preguntas había hecho que las lágrimas le impidieran hablar.

–Nunca me perdonarás, ¿verdad?

–Gabi, acepto que fue una decisión muy complicada.

A él no le gustaba y era posible que más adelante le reprochara todos los ratos que le había negado, pero ese no era el momento, todavía tenía que saber muchas cosas.

–¿Cuándo la tuviste?

–La última vez que nos vimos –contestó Gabi–. Cuando estabas enseñándole el hotel a Raul.

–¿La noche que volví a Zethlehan? –preguntó Alim con el ceño fruncido.

Gabi asintió con la cabeza.

–No parecías embarazada. Aunque reconozco que hice todo lo que pude para no mirarte.

–Adelgacé mucho –comentó ella–. Aunque ya he vuelto a engordar.

–Perfecto.

Era el hombre más desconcertante que conocía, estaba acariciándole al abdomen como si fuese el abdomen más bonito del mundo.

–Vomité mucho al principio y luego tuve mucho trabajo. Iba a pedir la baja cuando me puse de parto.

–Entonces, es muy prematura.

–Ha salido adelante muy bien. Los médicos y enfermeras se quedaron impresionados con Lucia, fue prematura, pero muy fuerte.

–Todos los al–Lehan lo son.

Algún día le contaría lo fuerte que era su linaje y las historias de bebés que no deberían haber sobrevivido, pero que habían vivido perfectamente. Sin embargo, lo haría en otro momento. Le dominaba la tristeza porque había nacido una princesa del desierto, pero su país no sabría su nombre. No existía como hija, menos allí, en el desierto.

Gabi se había levantado de la cama y había ido a buscar la tableta en la bolsa de viaje. Alim la observó mientras volvía a la cama y pensó que ella era magnífica. Sabía que era tímida, pero no lo era allí y le encantó cómo se tumbó a su lado. La rodeó con un brazo mientras ella buscaba la última foto de Lucia, la que le había mandado su madre cuando aterrizaba en Zethlehan. Nunca había dudado que fuera suya, pero tampoco había esperado sentirse tan conmovido por una foto. Tenía los ojos almendrados y una expresión pensativa, era una auténtica al–Lehan.

–¿Cuándo tomaron esta foto?

–Mi madre me la mandó ayer. La recibí cuando aterricé.

–Es diminuta –comentó él sin poder apartar la mirada de ella.

–Tiene el tamaño de una recién nacida. Ganó tamaño enseguida.

Alim fue pasando las fotos y Gabi fue explicándoselas.

–Esa es del día que la llevé a casa desde el hospital. Esa es del día que nació.

Él había estado de camino a Zethlehan. Miró a su frágil hija y a la mujer que la tenía en brazos. Efectivamente, Gabi había adelgazado. Estaba pálida y demacrada en la foto, estaba asustada, pero miraba a su hija con orgullo y a él se le encogió el corazón de miedo y dolor solo de pensar lo que podría haber pasado.

–Lo has hecho muy bien –comentó Alim mirándola.

Ella había esperado sus reproches, que estuviese furioso por haberlo privado de tantas cosas, pero le hablaba con delicadeza y lo

que decía le indicaba que estaba orgulloso por el cuidado y el cariño que había recibido su hija. Efectivamente, la había cautivado desde que lo conoció porque sus reacciones no se parecían a las de nadie, la impulsaban en direcciones distintas.

Entonces, él volvió a mirar la tableta y las fotos de su hija.

–No hay más… –comentó Gabi.

Sin embargo, había otra foto que le llamó la atención, la de los dos bailando en el salón de baile vacío. Ella se sonrojó. Le pareció como si él estuviese mirando su diario y quitó la foto precipitadamente.

–El fotógrafo había dejado una cámara con tiempo programado. Sacó esa al final…

Estaba un poco abochornada por haberla guardado, pero ¿cómo iba a estarlo cuando estaba en la cama de él y aquella noche habían engendrado a su hija?

–Te mandaré las fotos de Lucia…

–Ya está –comentó el mientras pinchaba en ellas.

Se quedaron tumbados en la oscuridad con el viento como si fuese una orquesta que tocaba solo para ellos.

–¿La traerás la próxima vez?

Ella se quedó inmóvil porque no iba a haber una próxima vez. Nada había cambiado para ella, menos que él ya lo sabía.

–¿Ha estado James alguna vez en Zethlehan? –preguntó ella en vez de contestar.

–No.

–¿Para que no se extiendan los rumores?

–Siempre hay rumores y el palacio se ocupa de ellos –contestó Alim–. No, James no ha estado aquí porque Fleur se ha negado siempre a venir.

–¿Tampoco ha venido nunca ella?

–No. Fleur dijo que se merecía algo mejor que una tienda de campaña en el desierto y mi padre se ocupó de que James y ella tuvieran una casa en Londres y un piso en Roma.

–¿En el Grande Lucia?

–No. No empezaron a comer allí hasta que yo lo compré –Alim le sonrió–. James conoció allí a Mona. Ella estaba en el aniversario de boda de sus abuelos y Fleur y James estaban con mi padre.

Se acordó de que Mona se lo había contado y de que entonces le pareció intrascendente.

–No quiero ser tu amante, Alim.

–Serías más que una amante, serías mi mantenida.

Alim lo dijo como si fuera una recompensa.

–No quiero ser como Fleur, no quiero traerla aquí y…

Sin embargo, sabía que estaba mintiendo mientras lo decía. En ese momento, lo que más le gustaría era que Lucia estuviese allí, entre ellos. Lo que más le atraía era la idea de visitar a Alim y que su hija se criara con el amor de su padre.

–¿Te parece una vida tan espantosa? –le preguntó él–. Yo también me ocuparía de vosotras dos.

Ella lo miró fijamente.

–Podrías venir aquí a menudo y tener tu trabajo.

–¿Trabajo? –ella dejó escapar una risa de incredulidad–. Creo recordar que ya me ofreciste eso una vez, y que no duró mucho tiempo.

El dolor permanecía, volvía a sentir el dolor que le había hecho con solo recordar aquel momento.

–En cualquier caso, se ha vendido el Grande Lucia…

–Los contratos no están firmados todavía.

Eso no la aplacó. Bastiano era su amigo, pero estaba segura de que eso significaba poco para Alim. Era implacable y se saldría con la suya, aunque no en eso…

–No quiero trabajar para ti –replicó ella con firmeza–. Quiero mi propio trabajo.

–Y podrías tenerlo, te vería a menudo.

–¿Dónde?

–Sobre todo, aquí –contestó Alim–. Cuando las cosas estuviesen más asentadas para mi país, podría pasar más tiempo con Lucia y contigo en Roma.

–¿Quieres decir cuando te hayas casado y tengas un heredero?

–Sí.

Aunque le horrorizaba, sabía que era la vida para la que había nacido.

–No lo aprobaste cuando lo hizo tu padre –le recordó ella.

–Entonces no sabía que habían conseguido que todo saliera bien.

Le contó por encima cómo había averiguado que su madre era más feliz de lo que él había creído que era.

–Creo que nosotros podríamos hacerlo mejor todavía.

Él conseguía que lo amargo pareciera dulce y ella casi llegó a imaginarse una pequeña familia en esa tienda de campaña. Sin embargo, cerró los ojos al disparate que su cabeza le proponía y vio la imagen de Fleur tomando un tentempié sola. Además, pensó en las otras partes perjudicadas por un amor ilícito.

–No le haría eso a tu esposa –replicó Gabi–. Tampoco se lo haría a tu hijo.

–¿Vas a negarle la posibilidad de estar con su padre?

–Jamás –contestó Gabi–. Puedes ir a verla cuando quieras.

Ella era más valiente de palabra que de pensamiento, aunque él no le dejaba mucho tiempo para pensar.

–Quiero que te mudes al Grande Lucia.

–Están a punto de comprarlo.

–Bastiano no va a expulsar a los huéspedes… Te mudarás inmediatamente.

–No –él estaba arrastrándola a su mundo y ella no iba a permitirlo–. No voy a ser ni tu amante ni tu mantenida.

Gabi se dio media vuelta y dejó de mirarlo.

–Gabi, piénsalo.

–No –ella estaba llorando porque él hacía que fuese más débil–. No has oído una palabra de lo que he dicho.

–He oído todo lo que has dicho –Alim la abrazó por detrás y le puso una mano en el abdomen y la boca en la oreja–, pero creo que tenemos que hablar largo y tendido.

Lo único largo que le parecía cierto era lo que sentía entre los muslos y sabía que pronto volvería a ser una experiencia deliciosa…

–No, tengo que volver con mi bebé.

Se sentía perdida y temeraria por estar en el desierto con él y había tomado una decisión.

–No voy a ser tu mantenida.

Casi había tomado una decisión, pero podía persuadirla si seguía entre sus brazos. Se levantó de la cama antes de que volviera a derretirse por sus caricias.

–Vuelve a la cama –le dijo él.

Estaba destapado y jamás había tenido que hacer un esfuerzo mayor para no ceder a sus exigencias.

–Solo volveré a acostarme contigo si soy tu esposa.

–¿Mi esposa? –el tono le dejó muy claro a Gabi lo imposible que era eso–. Estoy ofreciéndote…

–No quiero ser tu mantenida, Alim.

–Por favor –replicó él con enojo–, ¿quieres que se borren siglos de historia por ti?

Hacía unos meses, ella se habría echado atrás y casi le habría pedido perdón por ser tan descarada. Sin embargo, lo que habían encontrado juntos le había cambiado, y para mejor. Ella también tenía que pensar en una hija y su amor hacia que fuera más fuerte.

–No lo quiero –contestó ella en tono acalorado–. Insisto.

–Insistes, ¿no?

–Sí, y ahora quiero marcharme.

Él no se movió.

–He dicho…

–Lo he oído.

Él se dio la vuelta y el mundo irrumpió de pronto en ese refugio del desierto porque Alim tomó su teléfono.

–El helicóptero llegará dentro de una hora.

Gabi respiró con alivio, pero fue un alivio que le duró poco…

–Ahora, vuelve a la cama.

Capítulo 14

DEBERÍA sentirse de maravilla por estar en Roma otra vez y por entrar en casa de su madre para tomar a Lucia en brazos. Se llevó a su hija a su piso y cerró las cortinas al mundo para crear su propio refugio de paz. Sin embargo, sabía que la paz era frágil y que podía hacerse mil pedazos en cualquier momento, que se haría mil pedazos. Estaba segura de eso.

Los días fueron pasando y no supo nada de Alim, pero esa falta de contacto no le sirvió de alivio. Sabía que él estaba abriéndose camino hacia ellas. Durante siete días, el sol salió por el este y se puso por el oeste, como era previsible, pero la distancia y el tiempo no la tranquilizaban. Sabía que Alim mantenía cerca a la familia, se lo indicaba su empeño en mantener lazos con su medio hermano James a pesar de que su padre lo presionara para que lo dejara en paz… y Lucia era su hija.

Alim siempre iba un paso por delante de ella y decidió que no iba a intentar adivinar qué iba a hacer, que iba a concentrarse en sí misma. Si iba a ser firme contra Alim, necesitaba una vida. Tenía que ser capaz sacar adelante a su hija y no depender de él, y eso empezaba en ese momento.

–¡Esperaba algo más concreto!

Bernadetta no estaba nada impresionada por el informe de Gabi sobre su estancia en Zethlehan.

–¿Cuándo es la boda?

–El sultán Alim no está seguro –contestó Gabi antes de mirar a Bernadetta–. He estado pensando… –eso le pareció poco firme y Gabi se corrigió–. Como ya sabes, llevo mucho tiempo queriendo seguir por mi cuenta…

–¡No! ¡Otra vez! –Bernadetta puso los ojos en blanco–. ¿Tengo que recordarte las condiciones…?

–Bernadetta –la interrumpió Gabi–, sé muy bien que no puedo contratar a ninguno de tus contactos durante seis meses, pero ellos sí pueden contratarme a mí.

–¿Contratarte? –preguntó Bernadetta con una risa condescendiente.

–Rosa me contrataría sin pensárselo dos veces. He trabajado para ella mucho tiempo y, para ser sincera, ahora que Lucia es tan pequeña, me atrae la idea tener un trabajo con un horario más regular durante unos meses. Además, es posible que algunas de las futuras novias de Rosa no tengan todavía una organizadora de

bodas…

Gabi vio que Bernadetta parpadeaba rápidamente, pero se repuso enseguida.

–No durarías ni cinco minutos en este sector sin mí.

–Creo que duraría mucho más –replicó Gabi–. Supongo que lo comprobaremos, pero no todavía. He vuelto de la baja por maternidad y estoy legalmente obligada…

–Gabi –la interrumpió Bernadetta–, esto es un disparate. Se nos acerca una boda real…

–¿A nosotras?

Era la primera vez que la había incluido y había tenido que amenazarla con dimitir.

–Matrimoni di Bernadetta tiene un posible contrato y yo tengo que criar una hija. Bernadetta, creo que formaríamos una sociedad muy fuerte, pero, evidentemente, es algo que también se te tiene que aplicar a ti.

–Gabi, creo que tienes una idea equivocada sobre cuál es tu puesto.

–No –Gabi sacudió la cabeza–, tengo muchas ideas y todas están donde tienen que estar.

No salió bien. No la expulsó del despacho entre risas, como había previsto ella. Bernadetta se limitó a poner un gesto malhumorado y a no hacerle caso.

En Zethlehan las cosas tampoco iban como de costumbre. Violetta entró para ver a Alim y le dio la noticia.

–Bastiano ha retirado la oferta.

Normalmente, Alim habría dejado escapar un siseo de indignación si una venta se frustraba en ese punto tan avanzado. Nunca expresaba sus sentimientos, ni siquiera a sus empleados más fieles o su círculo más íntimo. Esa vez, sin embargo, dejó escapar un sonoro suspiro. Un suspiro de alivio. No quería vender el Grande Lucia. Amaba ese edificio, tenía muchos recuerdos y no quería que se cerrara ese capítulo de su vida.

Lucia… Tenía que verla.

–¿Qué motivo ha dado? –le preguntó a Violetta.

–Al parecer, una de las camareras tiene los dedos largos y le robaron una reliquia familiar.

–Me ocuparé de eso.

Bastiano y él eran amigos y no iban a dejar de serlo por una operación frustrada. Los negocios se mantenían al margen, pero,

aun así, llamó al hotel y pidió que le pusieran con la gobernanta para que le explicara qué había pasado antes de llamar a Bastiano.

–La joven Sophie… –le contó Benita–. Quise darle el beneficio de la duda, pero le encontraron un anillo en el bolsillo del uniforme y no hubo más remedio que despedirla.

El sabía que Sophie era amiga de Gabi. Las había visto muchas veces charlando y con el abrigo puesto después de la jornada para irse a cenar juntas.

–¿Lo reconoció?

–Claro que no –contestó Benita–, pero no conozco ningún ladrón que lo haga.

–Sí, pero…

–Alim –le interrumpió Benita–, creo que pudo haber algo entre nuestro estimado huésped y la camarera.

–Ah…

–Nos hemos ocupado de ello.

–Muy bien.

Sin embargo, no podía dejar de pensar en el Grande Lucia. Estaba mirando las fotos de Lucia en el teléfono cuando se encontró con la foto de él y la madre de Lucia. Era un retrato fantástico de una pareja que se miraba cuando un futuro se abría ante ellos… Se la aceleró el corazón, tomó la carpeta de cuero que tenía en la mesa y leyó las partes del mandato que le interesaban. Después leyó el resto.

Violetta llevó un refresco, pero en vez de despedirla le pidió que le llevara más carpetas. Carpetas antiguas con leyes antiguas que había tenido que aprender cuando era pequeño. En ese momento, las estudió como un hombre. Leyó las enseñanzas antiguas y reflexionó sobre las leyes de su país. Entonces, mientras pasaba las páginas, levantó la cabeza y vio a su padre. No se hablaban casi. Su padre lo consideraba terco.

–He elegido a mi novia –le dijo Alim.

–Esa decisión me corresponde a mí –replicó Oman, quien conocía bien las leyes.

–Entonces, será mejor que te cerciores de que es la adecuada –Alim replicó con frialdad, pero en un tono delicadamente amenazante–. Si no, no habrá boda.

Efectivamente, Oman tenía razón. El sultán Alim al–Lehan de Zethlehan era el hombre más terco sobre la faz de la tierra. No se sometería a las leyes antiguas, como había hecho su padre, trabajaría dentro de ellas.

Capítulo 15

GABI no se olvidaba nunca. Alim le daba vueltas por la cabeza aunque ella estuviese en su diminuto piso consolando a Sophie, quien se había pasado todos los días, durante casi una semana, para lamentar la pérdida del empleo y despotricar contra el hombre que la había causado, Bastiano Conti.

–Nunca robaría –aseguraba Sophie–, pero, si lo hiciera, no sería un anillo ridículo con perlas y una esmeralda, serían diamantes.

Hizo que Gabi se riera y que el mundo pareciera más despreocupado, pero, justo en ese instante, Alim irrumpió por teléfono y la frágil paz se hizo mil pedazos.

–¿Por qué sigues viviendo en ese piso cuando tienes un apartamento a tu disposición en el Grande Lucia?

Sonrió disculpándose a Sophie y se fue a su dormitorio para hablar por teléfono. Lucia estaba dormida en la cuna y ella habló en voz baja para no despertarla y que Sophie no la oyera.

–Porque me niego a que me mantengas.

–Tu hija tiene un padre que se ocupará de ella.

Alim cedió y decidió no discutir por teléfono cuando iba a verla pronto, pero había algo que tenía que saber.

–¿Qué tal está Lucia?

–Anoche durmió de un tirón por primera vez.

–Eso está bien. Estoy en Roma y me gustaría verla.

Gabi cerró los ojos con todas sus fuerzas. Lo había temido y se había preparado para ese momento. Él le había dicho que nada impediría que viera a su hija, pero, una vez más, Alim iba un paso por delante porque ella había pensado que por lo menos tendría tiempo para preparar la reunión.

–¿Cuándo?

–Esta tarde. ¿Tienes algún inconveniente?

–No –reconoció Gabi–. Tengo un par de días libres.

–¿De verdad?

–Bernadetta me dijo que no fuese a trabajar este fin de semana. La verdad es que no sé si me ha despedido. Le pedí que fuésemos socias…

Al parecer, Alim había perdido el interés por sus planes profesionales porque la interrumpió.

–¿Puedes traerme a Lucia al Grande Lucia a la una?

Ella miró alrededor y comprendió que no podía imaginárselo allí.

–¿Cuánto tiempo?

–La tarde –contestó Alim con calma–. Digamos que hasta las cinco.

Esa era la parte que temía porque sabía que tendría que reponerse de él otra vez. Era muy difícil librarse de Sophie, pero se inventó una excusa y, como si fuese Bernadetta, le dijo que tenía una migraña.

–Te ha llegado muy de repente –comentó Sophie.

–Sí, es lo que suele pasar.

Afortunadamente, Sophie se marchó en seguida y ella bañó a su hija, le lavó el pelo y le dio de comer.

–Vas a conocer a tu papá.

Aunque tenía miedo de sí misma y de su incapacidad de dominarse cuando estaba con Alim, esa vez tendría por lo menos el escudo de su hija. Alim estaría tan absorto por Lucia que no pensaría en otra cosa. Además, y lo que era más importante, ella estaba muy contenta por Lucia. La historia no iba a repetirse y esa niña tendría un padre… o algo parecido.

Justo antes de la una, entró en el Grande Lucia como había hecho docenas y docenas de veces, pero se paró en seco. El arreglo floral que había en el centro del vestíbulo ya no era el rojo de rigor, sino un arreglo impresionante de guisantes de olor. Los había rosas, morados y color crema y era tan increíble que se quedó un rato admirando el cambio.

–Son para ti –le comentó Gabi a su hija–. ¡Él lo ha hecho por ti!

Sin embargo, su alegría se esfumó enseguida. La recibió Violetta y fue como si su hija y ella necesitasen preparativos para entrar en el mundo del sultán. El orgullo se había encargado de que se hubiese arreglado lo mejor que había podido y Lucia un llevaba una ropa preciosa y estaba envuelta en un mantón de muselina. Sin embargo, no era suficiente y no había que preparar solo a Lucia. Había una túnica plateada para ella y enseguida se dio cuenta de que Violetta tenía una ayudante para que la peinara y maquillara.

–No hará falta, solo he venido para que Alim pueda ver a su hija.

–El sultán… –empezó a decir Violetta antes de que Gabi la interrumpiera.

–No me dijo que era un sultán cuando se acostó conmigo y no he venido como su mantenida. He venido como madre de su hija.

Violetta parpadeó varias veces. Evidentemente, estaba más acostumbrada a que la gente hiciese cualquier cosa por complacer al sultán. Sin embargo, esa tarde no iban a hacer cualquier cosa.

–Le presento a Hannan. Es una niñera real de mucha categoría y ayudará a preparar al bebé para que lo vea el sultán Alim.

–Se llama Lucia y ya está preparada.

Esa vez, Violetta no hizo caso, sustituyó la muselina por un mantón de cachemira y Gabi tuvo que morderse el labio inferior cuando Hannan tuvo el atrevimiento de comprobar si la niña estaba lo bastante limpia. Indignó a Gabi, pero, por el momento, no dijo nada.

Lucia, en cambio, empezó a llorar para protestar porque estaban lavándole la cara.

–Es posible que tengamos que esperar a que haya comido para que esté contenta cuando vea al sultán –comentó Hannan.

–No le toca comer hasta dentro de tres horas y como voy a marcharme a las cinco, la visita sería muy corta –replicó Gabi.

–A lo mejor si come un poco… –insistió Hannan–. El sultán no ha llegado todavía.

Gabi abrazó con fuerza a su hija y ya lo lamentaba por ella. No podía creerse que Alim pudiera llegar tarde a la primera visita a su hija. La espera fue espantosa, hasta que por fin dijeron lo que estaba esperando.

–El sultán está preparado.

La pregunta de verdad era si estaba preparada ella. La oferta de que fuera su mantenida había recibido el desprecio que se merecía. Sin embargo, hablarse a sí misma era fácil cuando Alim no estaba cerca.

Tomó en brazos a la pequeña Lucia y la abrazó. Cuando Hannan se acercó para volver a comprobar si estaba lo bastante limpia, Gabi la atravesó con la mirada y Hannan, prudentemente, retrocedió un poco.

La pequeña comitiva recorrió el largo pasillo y Gabi hizo lo que pudo para no pensar en la última vez que había estado allí, cuando la besaron contra aquellas paredes y cuando cayeron, haciendo el amor, por la puerta a la que Violetta estaba llamando en ese momento.

Entró abrazando con fuerza a Lucia y flanqueada por Violetta y Hannan. Alim estaba junto a la ventana de la impecable sala. La chimenea que había resplandecido mientras él la había desvestido estaba apagada y tenía un arreglo floral propio del otoño, una versión anodina de aquello… como el propio Alim. Llevaba traje y estaba afeitado. Aunque parecía menos imponente sin la túnica tradicional, no se olvidaría ni un instante de lo poderoso que era.

–Perdóname por haberte hecho esperar –dijo él a modo de

presentación y sin dar ninguna explicación. Luego, se dirigió a Violetta y Hannan–. Disculpadnos, por favor.

Alim, siempre cortés en todo lo que hacía fuera del dormitorio, despidió a sus empleadas y Gabi se quedó sin saber qué hacer mientras él miraba a la niña que llevaba en brazos, aunque sin acercarse a ella.

–Acaba de comer para cerciorarnos de que no va a ser un problema para ti –comentó Gabi en un tono inequívoco.

–¿También te han dado de comer a ti?

Él dio a entender que sabía que el problema era la madre y ella tuvo que contener una sonrisa.

–No –contestó Gabi.

–Entonces, tendré que tener cuidado.

Efectivamente, Gabi dictaba sus propias reglas y eso, como había señalado su padre, podría hacer que fuese una elección equivocada como esposa de un sultán.

Alim se acercó y miró al diminuto bebé envuelto en un mantón de cachemira. Gabi lo observó mientras retiraba la tela y oyó que contenía la respiración mientras veía a su hija por primera vez. Tenía el pelo oscuro, como sus padres, y las largas pestañas le abanicaban las mejillas. La boquita era como el capullo de una rosa y la piel, tan blanca como la de Gabi. Era preciosa.

Lo habían criado sabiendo que algún día sería el sultán de sultanes, pero se encontraba con la verdadera responsabilidad en ese momento porque removería el cielo y la tierra por su hija y ella ni siquiera había abierto los ojos para mirarlo. Miró a Gabi y vio la rabia reflejada en sus ojos. Aunque sujetaba a Lucia con cariño, su actitud era casi beligerante y le encantó que estuviese dispuesta a hacer cualquier cosa por su hija y por sí misma.

Era una elección acertada, y había removido el cielo y la tierra por ella. Aunque ya se lo diría más tarde, en ese momento, estaba absorto por Lucia.

–¿Puedo tomarla en brazos?

Gabi se la entregó y vio que, por primera vez, él hacía un gesto torpe. Naturalmente, fue torpe al principio porque Lucia pesaba tan poco y se movió tanto al pasar a los brazos de su padre que él la agarró con demasiada fuerza. Ella, sin embargo, no hizo nada, no le dijo que le sujetara la cabeza ni se acercó para tranquilizar a su hija, que estaba despertándose, se limitó a sentarse. Estaba a punto de llorar al ver cómo tenía a su hija en brazos y el amor evidente que sentía por Lucia. Le parecía injusto que nunca pudieran llegar a ser una familia. Quería ir a donde se había sentado él, quería estar

con las dos personas que amaba.

Su amante esporádico.

El desierto la tentaba, Alim la tentaría siempre.

Entonces, Lucia abrió los ojos. Él no había dudado en ningún momento que Lucia fuese hija suya, pero si lo hubiese hecho, habría quedado como un necio porque tenía unos ojos azules, tirando a grises, con las mismas motas plateadas que lo saludaban todas las mañanas cuando se miraba en el espejo. Llegó a esperar que se pusiera a llorar para devolvérsela a su madre porque jamás se había sentido tan conmovido. También sentía remordimientos por esos meses que Gabi había pasado sola, y cierto miedo por lo diminuta que era Lucia, aunque solo tenía tres meses. Sin embargo, Lucia no lloró. Al contrario, miró directamente a su padre, le sonrió y le robó el corazón para siempre.

–Podría haberme pasado toda la vida sin saber que existía.

–No –replicó Gabi–. Yo me pasé toda la vida sin saber quién era mi padre y no le habría hecho eso a mi hija. Iba a esperar a sentirme un poco mejor para decírtelo.

–¿Mejor? –preguntó él con el ceño fruncido al creer que había estado enferma.

–Más fuerte.

–¿Más fuerte?

–Para resistirme a ti.

Él arqueó levísimamente las cejas como si dudara que pudiera.

–Lo dije en serio, no voy a ser tu mantenida, Alim. Dejaré que veas a tu hija cuando quieras, siempre que vengas a Roma, pero no pienso ir al desierto.

–¿De verdad?

–Sí.

Debía de estar más fuerte porque casi creía que podía resistirse a él.

–Entonces, vas a ser soltera y…

–No he dicho eso. Tú te casarás con la novia que elija el sultán de sultanes y yo seguiré con mi vida. No seré Fleur, no viviré una vida solitaria contigo como amante discreto y esporádico.

–Ah, esperas conocer a alguien.

–Sí.

Él la miró fijamente y ella intentó no mirarlo a los ojos porque no podía imaginarse que pudiese llegar a estar con otro hombre, jamás. No podía imaginarse a nadie después de él, pero tenía que creerlo porque no pensaba ser su amante y tampoco iba a quedarse sola.

Se hizo un silencio tenso y todavía les quedaban tres horas. Él tomó un teléfono y Hannan apareció enseguida. Gabi apretó los labios cuando tomó a Lucia y se la llevó. Entonces, se quedaron los dos solos.

–Creía que querías verla.

–No hace falta que la mire durante toda la visita para quererla. Pediré que te traigan algo.

Hablaron de nimiedades mientras esperaban a que llevaran el té de la tarde.

–Bernadetta está muy rara –comentó Gabi–. No contesta mis llamadas.

Él se encogió de hombros y le contó su noticia.

–Yo ya no vendo el Grande Lucia.

–Creía que ya estaban firmados los contratos.

–No. Bastiano volvió a visitar el Grande Lucia y, al parecer, le robaron una joya de su suite. Tu amiga, al parecer…

Gabi no iba a sonrojarse ni a disculparse por su amiga, se limitó a encogerse de hombros.

–Ha retirado la oferta.

Gabi puso los ojos en blanco porque Alim estaría mucho más tiempo en Roma y su deseo estaba a salvo con él lejos.

Llegaron los tés árabes, el café y unos pasteles, pero Alim lo rechazó cuando la doncella fue a servirlo.

–Disfruta –le dijo a Gabi mientras la doncella se marchaba.

–¿Adónde vas?

–A la cama –contestó Alim–. He leído que deberías intentar dormir a la vez que tu hijo.

Ella hizo una mueca de incredulidad al pensar en todas las horas que había ido de un lado a otro con el bebé para echarse una cabezada de veinte minutos en el sofá. ¡No tenía ni idea!

–¿Media hora de paternidad y ya estás cansado?

–Meses de paternidad que no he sabido –le corrigió él–. Y meses de abstinencia, aparte de una noche en el desierto.

Él evocó lo que ella había estado intentando eludir. Además, miró al frente e intentó no pensar en el tiempo que había pasado en su cama.

Alim, mientras entraba en el dormitorio donde había planeado tantas cosas, estaba indignado con lo que había dicho ella. Quizá no tuviera orgullo, pero necesitaba saber no solo que Lucia era suya, sino que Gabi era suya, que siempre sería el único para ella.

Empezó a desvestirse, pero se acordó de que debería estar vestido porque pensaba pedirle que se casara con él cuando ella,

inevitablemente, entrara.

La sorpresa fue mayúscula porque no entró.

Él no se enfadaba casi nunca, casi nunca le importaba tanto alguien como para enfadarse. Además, estaba celoso. Gabi lo había alterado. ¡Había hablado de otros hombres cuando debería haber sido el más romántico de los días!

Quería demostrarle lo equivocada que estaba, no habría otros hombres.

Por eso, abrió el cajón de la mesilla en vez de poner en práctica lo que había planeado. Allí estaba la colección de diamantes. Eligió el mejor, cerró las cortinas y apagó la luz.

No se arrodillaría hasta que lo hiciera ella. Salió y vio a Gabi bebiendo té. Se fijó en que estaba tamborileando con el pie, pero, aparte, parecía tranquila, como una huésped que estaba sentada en el vestíbulo mientras esperaba a que llegara el coche o a que le dijeran que la suite ya estaba preparada.

Gabi no estaba tan tranquila, había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no seguirlo. Le temblaban las manos, sentía un deseo abrasador y anhelaba que terminaran esas horas de visita, que apareciera alguien, que tocara una campanilla y que pudiera largarse.

Entonces, salió él. Se había quitado la chaqueta y la corbata y tenía la camisa medio desabrochada, como si hubiese estado desvistiéndose y se hubiese acordado de algo de repente. Claro que se había acordado de algo.

–¿Va a haber otros?

Él lo preguntó en un tono sombrío y ligeramente burlón porque estaba seguro de que no podía haber nadie más.

Gabi supo que su porvenir dependía de lo que contestara.

No sería Fleur, que se sentaba en el vestíbulo de ese hotel y nadie le hacía caso. No sería su mantenida, no haría el amor con él y luego pasaría inadvertida cuando volviera con su esposa.

¿Cómo se atrevía?

Entonces, lo miró a los ojos y se la jugó con un sultán que no estaba muy contento.

–Es posible que solo sea uno, es posible que encuentre el amor de mi vida.

–¿Y si ya lo hubieses encontrado? –le preguntó Alim.

–¿Cómo voy a haberlo encontrado cuando habla de una futura esposa?

Comprobó lo fuerte que era porque podía mirarlo a los ojos y decirle cosas que jamás se habría atrevido a decirle antes. En ese

momento, se mantenía firme porque estaba decidida. Lo miró mientras sacaba la mano del bolsillo y dejaba un diamante al lado de la taza de té, un diamante impresionante.

–Vivirás por todo lo alto.

Ella tuvo al temple de dar un sorbo de té cuando cualquier otra mujer habría agarrado el diamante.

–No vuelvas a hablar de otro hombre –siguió Alim–. Ahora, ven a la cama.

No iba a claudicar. Gabi se levantó y cruzó la sala para mirar por la ventana. Calle abajo había una iglesia y vio que paraba el coche de una novia, que la ayudaban a bajar y que le arreglaban el vestido. La niña con el ramo de flores esperó con paciencia mientras el corazón de Gabi se aceleraba soñando con el día de su boda. Nunca había podido imaginarse como la novia y, en ese momento, sabía el motivo. Solo llegaría a ser una mantenida.

¡No!

Sin embargo, mientras miraba a la novia entrar en la iglesia, se dijo que, probablemente, era preferible ser una mantenida que ser una especie de solterona que tendría que conformarse con dos noches perfectas en toda su vida. Esa sería toda su vida amorosa. Por muchas bravuconadas que le dijera a Alim, jamás habría otro hombre, ya había encontrado el amor de su vida.

Sin embargo, si aceptaba ser su mantenida, iría contra todo lo que creía. Además, si bien la mera idea de serlo la corroía, vivirlo sería insoportable, y tampoco estaba hecha para mantener secretos. Querría proclamar a los cuatro vientos su amor y, dado su tamaño, tampoco desaparecía fácilmente en un segundo plano. No sería su mantenida, pero eso no hacía que la puerta de su dormitorio dejara de llamarla.

Se acordó de las palabras de Alim. «Pon tus límites». «Haz solo lo que se te da bien, lo que te dé resultado a ti…»

Ella sabía muy bien qué era, Alim.

Capítulo 16

GABI fue hasta el escritorio, tomo una hoja de papel y escribió dos palabras: *No, gracias.* La dejó al lado del diamante que le había dejado Alim. No iba a quedárselo, no iba a ser otra Fleur a la que pagaban con diamantes, que era rica en todo menos en respeto.

Luego, se desvistió y, desnuda, fue hasta la puerta cerrada del dormitorio. No se haría la mártir mientras daba esos pasos porque era lo que quería. Entró en la oscuridad. El olor era dulce y aromático, pero también captó el olor a almizcle de Alim cuando se acercó a la cama.

–¿Qué te ha retenido? –le preguntó Alim.

–Mis pensamientos.

–¿Qué pensabas?

–Que nunca seré tu mantenida.

–Entonces, ¿por qué estás aquí? –le preguntó Alim mientras le acariciaba el cuerpo.

–Seré tu amante –contestó Gabi mientras se arrodillaba en la cama y le besaba el pecho–. Seré tu amante en el desierto unas veces y otras veces lo seré en Roma.

Si bien había sido recatada, ya no lo era porque quería paladear hasta el último centímetro de él. Le besó el abdomen y, entre besos ardientes, le dijo lo que iba a pasar.

–No quiero tus diamantes, no te debo nada.

Ella no podía ver su sonrisa en la oscuridad, pero le encantaba que le plantara cara.

–Sin embargo, sí quiero el contrato para tu boda –siguió Gabi–. Estaré allí y podrás ver a lo que renuncias porque nunca seré tu mantenida.

Su olor era adictivo y era su perdición. Podía notarlo contra la mejilla y lo tomó con la mano mientras lo paladeaba. Se lo introdujo en la boca hasta dentro y él introdujo las manos entre su pelo elevando las caderas por el placer que le daban esos labios inexpertos y la calidez de su lengua.

Hasta que la apartó antes de que explotara, pero, aun así, ella le dijo lo que iba a pasar.

–Dejaré de ser tu amante el día que te hayan elegido una esposa.

Gabi no había terminado los estudios ni conocía las leyes, pero Alim sabía que era tan inteligente y poderosa como él.

La incorporó, la besó y la bajó, con él dentro, mientras sus lenguas se encontraban. Su alivio, dentro de ella, fue incomparable.

La agarró de las caderas y encontraron el ritmo. Ella se cimbreó como si fuese libre, se sentía así cuando estaban juntos.

Quería verlo, que la luz estuviese encendida, pero se inclinó para encender la lámpara de la mesilla y él la agarró de la mano. Perdió el equilibrio, se dieron la vuelta y él volvió a penetrarla. Se quedó tumbada mientras la tomaba. No lo había puesto de rodillas, sino apoyado en los antebrazos.

–Efectivamente –dijo Alim mientras acometía dentro de ella–, estarás en mi boda.

–Alim…

Ella se lamentó porque había querido que fuese una amenaza y parecía que lo excitaba.

Lo que le había atraído había sido su forma de decir su nombre. Había sido como una súplica que le había salido del alma y, cuando Gabi lo repitió, se endureció más todavía dentro de ella.

Gabi intentó de verdad no dejarse arrastrar por la oleada de calidez y deseo… y perdió.

Alim, casi devastado, tuvo el placer de penetrarla mientras se retorcía dominada por la pasión. Entonces, cuando ella quiso respirar, no pudo porque él la dejó sin aliento.

–Estarás en mi boda… como mi novia.

Siempre se sentía un poco aturdida cuando él estaba cerca, era la situación normal para ella. Entre sus brazos, oliendo su aroma y todavía descendiendo del clímax al que la elevaba con tanta facilidad, creyó que había oído mal. Hasta que se hizo la luz. Alim encendió la lámpara de la mesilla. Su dormitorio no era como ella lo recordaba, estaba llenó de guisantes de olor. Había miles y las flores del vestíbulo habían sido para ella. Sin embargo, no era todo. La imagen de ellos estaba ampliada y sobre un caballete al lado de la cama, era un retrato impresionante. Alim no solo había removido el cielo y la tierra, había retrocedido en el tiempo, se había pasado días escudriñando las leyes que había estudiado durante años, había buscado y rebuscado la manera de conseguir una solución para ellos.

–Lucia y tú sois lo más maravilloso que me ha pasado.

–Según tu país, yo no existo.

–No –Alim sacudió la cabeza–. Cuando el sultán ofrece un compromiso, hay que tomarlo en serio –él la abrazó–. Me comprometí contigo aquella noche.

–Me ofreciste un año.

–Te juré fidelidad y, si no se ha incumplido el juramento, sigues siendo mía.

–Alim…
–No ha habido nadie más, no podría haber habido nadie más. Si no hubieses hablado de otros hombres, me habría puesto de rodillas y te habría pedido que te casaras conmigo.
Gabi se rio. Todavía estaba aturdida y se rio porque no habría cambiado nada aunque él hubiese planeado la petición perfecta. No cambiaría nada entre ellos. Ni siquiera tomaría la píldora si pudiese retroceder a la primera noche. No cambiaría nada, menos las despiadadas leyes del país de él.
–Tu padre no dará el visto bueno –replicó ella dejando de reírse.
–A regañadientes, de mala gana, pero ya lo ha dado –Alim sonrió–. Soy más terco que él. Estudié las leyes y el mandato y le enseñé esta foto. Le dije que no había habido nadie más y que no lo habría durante el resto de mi vida si hacía falta.
–No lo entiendo.
–Mi padre accedió a las exigencias del sultán de sultanes cuando Fleur no quiso ir al desierto. Yo le dije que no lo haría.
Ella seguía sin entenderlo.
–Pensamos igual, Gabi. Tu decisión era también la mía. Habríamos sido más que amantes. Yo habría venido a Italia unas veces y te habría llevado al desierto otras, pero habrías sido la única mujer en mi vida.
Ella lo miró fijamente y vio lo profundo que era el amor de él.
–Le dije a mi padre que, si no te elegía como mi esposa, no me casaría nunca. Kaleb es el siguiente en la línea hereditaria y Yasmin va después, tendrán hijos algún día, al país no le faltarán herederos…
–¿Le dijiste que renunciarías al trono?
–No –Alim negó con la cabeza–. Yo gobernaría, pero ellos serían mis herederos.
Había preparado hasta el más mínimo detalle y se lo había presentado a su padre, como habría hecho en una reunión de trabajo. Solo que esa afectaba a su corazón.
–Él sabe que soy fuerte y sabe todo lo que lamenta. Accedió.
–¿Y Lucia…? –preguntó Gabi–. ¿Qué pensará tu pueblo?
–Mi padre ha estado enfermo y eso es motivo suficiente para que no haya habido comunicados y celebraciones. Esta foto, de la noche que me comprometí contigo, es testimonio suficiente de nuestro amor.
Era amor… Jamás había creído que lo conocería plenamente. Quizá sí una versión no correspondida, si seguía con Alim, o una versión incompleta si intentaba pasar página y conocer a alguien

más. Sin embargo, el hombre al que amaba había cambiado su mundo para que ellos tuvieran una oportunidad, y le explicó por qué.

–Gabi, el amor nunca me pareció importante. Me crié en un hogar sin amor, aunque privilegiado. Vi el dolor que causaba el amor a mi padre y Fleur…

Se acordó de cuando el amor empezó a entrar en su corazón.

–Cuando fui a comprar el Grande Lucia, tú estabas preparando una boda. Aquella fue la primera vez que te vi.

Gabi hizo memoria.

–No, la primera vez que nos vimos fue un día después de una boda. Tú habías venido a ver el hotel por segunda vez…

–No.

Entonces, Gabi se dio cuenta de que él se acordaba de cosas sobre ella que ella no sabía, de que, cuando ella había creído que era invisible, él se había fijado.

–¿Te casarás conmigo?

–Sí –contestó ella.

–Solo hay un inconveniente.

Gabi se lo había temido. Ya había llegado la cruda realidad, no podía quedarse toda la vida en una nube. Se preparó para el batacazo.

–Tiene que ser ahora.

–¿Ahora? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Sí. Ya llegamos tarde para nuestra propia boda.

–¡Quieres decir en este momento!

–El sultán de sultanes ha elegido. Tuve suerte de que nos concediera unos días. Tengo reunida a mi familia y tu madre ha dado su visto bueno si tú aceptas.

–¿Cuándo has hablado con mi madre?

–Por eso llegué tarde a conocer a Lucia.

Gabi estaba tumbada en la cama el día de su boda cuando habría que hacer muchísimas cosas.

–Alim… –Gabi se sentó–. Yo no he….

Tenía pánico porque, al fin y al cabo, era una organizadora de bodas y esa era su boda.

–Tú ni tienes que hacer nada. Ya sé que habrías soñado con este día y que es posible que no sea lo que habías planeado…

–No –Gabi sacudió la cabeza–. No había pensado nada.

–Habrá una celebración más grande en Zethlehan, pero, hoy, todo está bajo control.

¡Todo menos la novia!

Alim, en vez de contestar el millón de preguntas que le hacía ella, se vistió, leyó con una sonrisa la nota que le había dejado ella y se marchó. Ella se quedó sentada en la cama y, como no sabía qué hacer, llamó a su madre.

–Estoy muy feliz por ti –le dijo Carmel–. Fue maravilloso que fuera a hablar conmigo…

–¿Estarás ahí?

–Claro –contestó su madre–. Ya estoy en el hotel con Lucia y nos están mimando mucho. Te veré en la boda.

Al parecer, todo el mundo sabía lo que estaba pasando menos ella. El teléfono de la mesilla sonó justo cuando estaba empezando a creer que tenía que haber entendido mal.

–Gabi…

Gabi puso los ojos en blanco al oír esa voz tan conocida.

–Hoy no puedo trabajar –la interrumpió ella antes de darse cuenta de que Bernadetta no la llamaba para pedirle que trabajara.

–Si no te importa ponerte una bata, la suite nupcial está preparada para ti.

–¿Para mí?

–Gabi, no he estado eludiendo tus llamadas. Bueno, un poco sí, pero he estado preparando una boda real en Roma y me lo han pedido con solo cinco días de antelación. Afortunadamente, ¡se me da muy bien mi trabajo!

A Gabi siempre le había fastidiado que Alim fuese un paso por delante de ella, pero ese día no le importaba. Efectivamente, Bernadetta era una auténtica pesadilla, pero era la mejor en ese sector. Ella casi sintió pena por Bernadetta y por el pánico que tenía que haberle dado preparar una boda así en tan poco tiempo… casi.

Capítulo 17

GABI llamó a la puerta de la suite nupcial del Grande Lucia. La conocía muy bien, pero, normalmente, llevaba flores o el vestido de la novia. Ese día no llevaba nada, ni siquiera el bolso porque se lo había olvidado con las prisas.

Se abrió la puerta y vio a Bernadetta. Los nervios no le desaparecieron del todo, pero sí se aplacaron bastante porque Alim hizo que sonriera aunque no estuviera allí. Bernadetta no llevaba el traje negro y estaba impresionante con un traje de cuadros verdes y rosas. Efectivamente, Alim había pensado en todo.

–No tienes que preocuparte de nada –comentó Bernadetta mientras ella entraba–. He estado trabajando con Alim y Violetta y todo está bajo control, pero antes tengo algo para ti.

Bernadetta le dio una caja. Cuando Gabi la abrió, vio que estaba llena de tarjetas de visita. Eran de un tono rosa muy claro con una enredadera verde y las letras doradas.

Matrimoni Internazionali de Gabriella

–No –Gabi metió la tarjeta en la caja–. No quiero que Alim me compre una carrera profesional.

–Gabi, he pensado mucho después de nuestra discusión. Naturalmente, me puse furiosa por tu propuesta, pero luego, cundo me calmé, lo pensé mejor. Es demasiado para una sola persona. Iba a ofrecerte que fueses mi socia junior. No quiero perderte y, cuando me llamó Alim y me pidió que organizara la boda, supe que estaba a punto de perderte y tuve que tomar una decisión muy deprisa. Se me ocurrió esto. Gabi, vas a estar mucho en el extranjero y espero que vengas aquí a menudo…

Gabi asintió con la cabeza.

–Podemos comentar los detalles, pero juntas podemos tener mucho éxito.

El corazón se le echó a volar porque Bernadetta tenía razón. Si estaba casada con un sultán, la carrera profesional sería complicada sin un respaldo, pero en sociedad… bueno, quizá saliera bien para las dos. Además, había algo más.

–Han sido unos años arduos en el sector –siguió Bernadetta–, pero las cosas están empezando a cambiar y es, en gran medida, gracias a ti.

No era solo el traje, Bernadetta parecía más ligera, más joven y

más relajada. Era posible que esa sociedad también le quitara presión a ella. Sin embargo, por muy apasionante que se presentara el porvenir, solo había una sociedad que le importaba en ese momento.

Se abrió la puerta y entraron el peluquero y la maquilladora. Ella fue a darse un baño mientras se instalaban.

Era maravilloso relajarse cuando sabía que Lucia estaba atendida y que pronto estaría casada con Alim, que el día que él conoció a su hija, se convirtieron en una familia de verdad.

Después del baño, desenvolvió algunos paquetes y comprobó que la ropa interior era de encaje blanco, justo lo que habría elegido ella. Era delicada, pero increíblemente sexy, y se la tapó con un albornoz para salir. Le rizaron y recogieron el pelo, menos unos mechones largos, y la maquilladora se puso a trabajar siguiendo las instrucciones de Bernadetta porque ella cerró los ojos.

–¡Maquilladme poco! –les avisó Gabi.

–*Perfetto* –comentó Bernadetta. Gabi abrió los ojos, pero los muchos espejos estaban tapados con telas–. Quiero que veas todo el efecto de golpe.

–¿Y si no me gusta?

–Entonces, el novio tendrá que quedarse esperando hasta que te guste –Bernadetta se encogió de hombros–. Sin embargo, sé que va a encantarte.

La puerta volvió a abrirse y esa vez entró Rosa. Gabi se dio cuenta de que estaba nerviosa mientras descubrían el vestido. Aunque no tenía por qué. Rosa había hecho verdadera magia.

Era de color marfil y le recordaba a la túnica que había llevado en el desierto. Comprobó que estaba temblando mientras Bernadetta le abrochaba la hilera de botones diminutos que tenía en la espalda. Empezaba a asimilar que pronto sería la esposa de Alim.

Los zapatos que le habían elegido tenían tacón bajo y entonces se abrió la puerta y entró Angela con las flores. Tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar cuando las vio. Era un ramo de guisantes de olor envuelto en papel blanco.

–Yo quise añadir unas gardenias, pero Alim fue inflexible. Ya sabes… –Angela miró el precioso ramo del flores–. Creo que es el mejor que he hecho en mi vida.

Cada flor era tan delicada, tan olorosa y tan perfecta que Gabi no habría añadido nada más.

Entonces, Bernadetta quitó la tela del espejo de cuerpo entero y Gabi, que nunca se había atrevido a imaginárselo, vio reflejada a una novia.

–Gabi… –susurró Bernadetta.

Gabi solo podía mirarse. El vestido tenía una caída preciosa que no le restaba nada a sus curvas, los ojos tenían un tono levemente grisáceo y el pintalabios era claro, y no, no podía haber elegido mejor.

–¿Preparada? –le preguntó Bernadetta.

–Tan preparada que saldría corriendo si pudiera.

–Te caerías –replicó Bernadetta–, y no tengo un vestido de recambio.

Una novia sonriente hizo que todo el mundo la mirara mientras cruzaba el vestíbulo del Grande Lucia y se quedaba delante de la puerta doble del salón de baile. Entonces, los nervios se adueñaron de ella.

–Camina hacia delante, Gabi, solo tienes que disfrutar de cada segundo –le aconsejó Bernadetta.

Entró y allí, en ese salón de baile, estaban todas las personas a las que amaba. Miró un instante e intentó asimilarlo. Su madre estaba impresionante y tenía a Lucia en brazos, quien llevaba un vestidito rosa y tenía un rizo oscuro. Cuando se le pasara tanta felicidad, cuando hubiesen hecho el amor como esposos, habría preguntas, muchas preguntas.

Estaba Fleur, con James y Mona, y un par de filas por delante estaba sentado un hombre maduro muy atractivo y de aspecto extranjero. Todas las familias tenían misterios y secretos, pero ya no se ocultaba nada en la de los al–Lehan. Alim no quería saber si ese hombre era quien había hecho que su madre conociera el amor, pero Gabi, curiosa por naturaleza, lo averiguaría con toda certeza. Efectivamente, Violetta tenía mucho trabajo con esa familia y Gabi estaba segura de que esa noche las habitaciones contiguas en el Grande Lucia crujirían sin cesar.

Estaba Bastiano y también estaba Sophie. Entonces, Gabi entendió por qué se había pasado tanto por su casa durante los últimos días, había estado vigilando a la novia mientras se llevaban a cabo tantos planes.

–¡Lo sabías! –le dijo con los labios cuando pasó a su lado, y Sophie se rio.

Solo faltaba el novio y los nervios se apoderaron de ella. Allí estaban la díscola hermana de Alim y Kaleb, su hermano. Al lado de ellos estaba la reina, pero el más intimidante de todos era el sultán de sultanes, quien dio un paso al frente cuando se acercó ella hecha un manojo de nervios.

Él habló primero en árabe y ella no lo entendió, pero volvió a

hablar enseguida.

–El sultán de sultanes ha elegido.

Entonces, vio a Alim. Llevaba una túnica plateada, pero lo que hizo que los ojos se le empañaran de lágrimas fue el amor que vio en los ojos de él. Alim le tomó las manos y ella pudo notar la calidez de sus dedos.

–Ha elegido acertadamente –le susurró él en un tono grave.

Gabi siempre tenía la sensación de que resplandecía cuando Alim la miraba y ese momento no fue una excepción. Se arrodillaron, los bendijeron y se levantaron como esposos.

–¿Estás contenta? –le preguntó él.

–Muy contenta –contestó Gabi con una sonrisa–. ¿Qué habría pasado si me hubiese negado?

–¿Estás enfadada ahora porque di por supuesto que ibas a aceptar casarte conmigo?

–No –contestó ella porque indicaba lo seguro que estaba él en los dos.

Alim se inclinó para besar a la novia.

–Esto es amor –le susurró él–, y será nuestro para siempre.